BELLEZAS POÉTICAS

COLECCIÓN

DE

POESÍAS CASTELLANAS

DE LOS MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

Á PROPÓSITO

PARA EJERCICIOS DE LECTURA EN LAS ESCUELAS

POR

D. C. V. G.

VALENCIA

Librería de Pascual M. Villalba

Bolsería, núm. 22

1890

contienen.—Id. de la inversión ó *hipé*
final de los renglones.

EXPL

Las planas van grabadas en el mismo órd
en las planas primeras como en las segund
la del 2, esta á la del 3, etc.—Procúrese que
nociendo, si es posible, las diferentes clases d
casos de régimen y su construcción directa ó

LA PLUMA

debe tomarse con los tres primeros dedos, apoyando el índice en el mayor, este en el anular y el anular en el meñique ó pequeño, que sostiene sobre su última falange todo el peso de la mano.

MANERA DE

Antigua Casa de Labo

Bolseria, 22

BELLEZAS POÉTICAS

A-18
T-5

COLECCIÓN

DE

POESÍAS CASTELLANAS

DE LOS MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

Á PROPÓSITO

PARA EJERCICIOS DE LECTURA EN LAS ESCUELAS

POR

D. C. V. G.

APROBADA
DE TEXTO

VALENCIA

Librería de Pascual M. Villalba

Bolsería, núm. 22

1890

LE-3320

Es propiedad del editor.

VALENCIA.—Imp. de M. Alufre, Pellicers, 6.

ADVERTENCIA

Por consejo de personas respetabilísimas damos á luz esta COLECCIÓN DE POESÍAS, *en la cual hallarán los lectores excelentes composiciones no publicadas, que sepamos, en obras de esta índole; aunque su principal mérito consiste en no contener ni una sola composición en que no brille, á par de la belleza, la más alta moralidad; y de aquí el que se hayan omitido esos géneros poéticos ligeros y festivos de suyo, en que de ordinario se deja correr la pluma con harto desenfado.*

Ofrecer un libro de lectura variada y deleitable, donde la saludable máxima, la fuerza del ejemplo y el encanto de la verdadera belleza se den la mano para infundir en el corazón de los jóvenes lectores nobles y rectos sentimientos, es el objeto que nos hemos propuesto, sin ambicionar más recompensa que el puro goce de contribuir á su educación por los medios que están á nuestro alcance.

El Editor.

POESÍA LÍRICA.

I.

LETRILLAS.

LA PURIFICACIÓN.

Hermosa doncella,
Delicia de Dios,
¿A dónde caminas
Con paso veloz?
¿A qué vas al templo
Del rey Salomón,
Y tórtolas llevas
De pardo color?
¿Por qué tu semblante
Colora el rubor,
Si más pura eres
Y hermosa que el sol?
¿Si al punto que el cielo
Tu rostro miró,
De gala vestido
Sus puertas abrió?
¿Si el Dueño infinito,
Con alas de amor,

Albergue en tu seno
Dulcísimo halló?
¿Si tierno y hermoso
De tí nos nació,
Cual brota de Mayo
La cándida flor?
Mas tu vas al templo,
Llevando al Señor
De santas virtudes
Riquísimo don;
De humilde obediencia
Fragancia y primor,
Y en un lazo juntos
Pureza y amor.
Corred, fieles hijos
Del monte Sión,
Besando sus huellas,
Diciéndole en pos:
¡Bendito el instante
Que Dios te crió!
¡Bendita la hora
Que el mundo te vió!

P. R. García.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda,
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua

Edad saborearon
Deidades olimpias;
Pero es más preciosa
La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
La saluda el alba
De perlas con risa,
Faronio la besa,
Y el astro del día
Contempla extasiado
La flor de la piña.

Como si tejiéseis
Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira,
Y en cada distancia,
Que aljófar simila,
Un rubí pusiérais
Fingiendo conchitas
De aquellas pequeñas
Que el mar da en su orilla,
Así se presenta
La flor de la piña.

. . . . . .

PLÁCIDO.

AL NIÑO JESUS.

No lloréis mis ojos,
Niño Dios, callad:
¿Que si llora el cielo
Quién podrá cantar?

Si de hielo y frío,
Niño Dios, lloráis,
Turbaráse el cielo
Con tal tempestad;
Serenad los soles,
Y el cielo podrá
Deshacer los hielos
Que os hacen llorar.
Cantarán los hombres
En la tierra paz:
¿Que si llora el cielo
Quién podrá cantar?

Vuestra madre hermosa
Que cantando está,
Llorará también
Si ve que lloráis.
O es fuego ó es frío
La causa que os dan;
Si es amor, mis ojos
Muy pequeño amais;
Enjugad las perlas,
Nácar celestial:
¿Que si llora el cielo
Quién podrá cantar?

Los ángeles bellos
Cantan que les dais

A los cielos gloria
Y á la tierra paz.
De aquestas montañas
Descendiendo van
Pastores, cantando
Por daros solaz:
Niño de mis ojos,
Ea, no haya más:
¿Que si llora el cielo
Quién podrá cantar?

LOPE DE VEGA.

II.

CANTARES.

Quiero cantar la fortuna,
La grandeza, las hazañas,
Pero enmudece la lira
Cuando no invoco la patria.

—

Cubren almendros floridos
La colina de mi aldea:
Como flores del almendro
Pasó mi infancia risueña.

—

En una aurora de Mayo
Formé mi primera copla
Con los besos de mi madre
Y los trinos de una alondra

—

Yo iba solo por la tarde
A ver el mar á lo lejos
Para soñar en la noche
Otros mares y otros cielos.

—

Me dormí en honda bonanza
Junto á las olas del mar,
Y me despertó un aviso:
La voz de la tempestad.

—

Barquilla fuí pescadora
Que echó sus redes sin tino:
Sólo vanas esperanzas
En mis copos he cojido.

—

Con el llanto de mis ojos
No sé lo que lloro más,
Si la ausencia de los años
O la ausencia del hogar.

—

Guarda ilusiones, bien mío,
No las siembres á tu paso;
Que yo he sembrado ilusiones
Y han nacido desengaños.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

III.

ROMANCES.

LA CAMPANA DE HUESCA.

Don Ramiro de Aragón,
El rey monje que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban.
Que era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
Al monje que lo criara,
A San Ponce de Tomeras,
Donde el buen abad moraba,
Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
Y al abad le da una carta.
El abad no le responde,
En la huerta solo entraba
El mensajero con él,
Que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,

Que sacando allí un cuchillo
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero,
Mal contento se tornaba;
Como fué llegado al Rey
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, Rey,
Que el monje no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta;
Creo que de vos burlaba.
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones
El Rey las disimulara.
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Cortes,
A Cortes que celebraba,
Diciendo que hacer quería
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades de esto gran risa,
Los grandes de ello mofaban;
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.
Llamó un día á los señores,
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
Viéronse entre gente de armas,
Mandó cortar las cabezas
A los que más dél burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonara;

Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala;
Díjoles que de sus padres
Eran las que allí miraban,
Pues le tenían en poco
Y en su presencia burlaban;
Que viesen aquel ejemplo
Y ellos mojasen la barba.
Asi fué temido el monje
Con el són de esta campana.

R. ANTIGUOS.

ROMANCE DE CAUTIVOS.

Apriesa pasa el Estrecho,
Porque le van dando caza
A Dragut, cuatro galeras
De los cruzados de Malta.
Con la priesa de los remos
El hinchado mar traspasan,
Las pluvias suben al cielo
Muy más espesas que bajan;
Las dormidas centinelas
Despiertan á las campanas,
Y soñolientas arrojan
Hachas de fuego en las aguas.
Dragut sus forzados fuerza
Para aligerar las barcas,
Que mientras más ve que huyen
Más le parece que amainan.
No mira si es cobardía,
Ni aguarda á quien le llama,
Porque á veces del huir
Mayor victoria se saca.

Llegó de una culebrina
En un instante una bala,
Cuya penetrante furia
Dió fondo á la capitana;
La demás artillería
Se juega con tanta maña,
Que fué bastante á rendillo
Sin allegar á las armas.
Pudo Dragut con su industria,
Por ser la noche cerrada,
Dejando á España la gloria,
Poner su persona salva.
El hortelano cautivo
Que en las galeras remaba,
Fué conducido á su tierra,
A quien llorando le habla:
—¡Patria, que de mi tesoro
Has sido depositaria!
Si son purgadas mis culpas,
Recójeme en tus entrañas;
Y si este bien no merezco,
Por ser mi desdicha tanta,
Tierra tienes do esconderme,
Pues no lo han hecho las aguas.
Acabaráse de ver
El abismo de desgracias
Que conjuraron los cielos
En disfavor de mi alma.—
Contra el agua forcejea
Envuelto en congoja y ansia,
Cuando improviso le toca
Una desmandada tabla:
De ella se aferró turbado,
Y guiando hacia la playa,
Casi el aliento perdido,
Escapó libre del agua.

ANÓNIMO.

EL ULTRAJE.

—

El genio infeliz del Africa
Sobre las nubes se cierne;
Y respirando huracanes
Que el hondo abismo conmueven,
Habla con la voz del trueno
Estas palabras solemnes:
«Bravos hijos del Profeta,
Si aun en vuestras venas hierve
Sangre hermana de la sangre
Que enrojeció el Guadalete,
Sacudid el torpe sueño
Y alzad las nubladas frentes.
España yace dormida:
Que en nuestros brazos despierte.»

Dijo; y á España tornando
Los ojos que el aire encienden,
«Sultana—gritó—del mundo,
El último sueño duermes:
Donde tus glorias concluyen
Tu cautiverio comience;
Que es mío tu cielo, y mía
La tierra que te sostiene;
Mío cuanto el mar esconde
Y cuanto en el campo crece;
Mío es el oro que guardas,
Mía es la plata que tienes,
Mío es el pan que te nutre,
Mía es el agua que bebes.
Por mí tus arroyos corren,
Y deleitan tus vergeles;
Por mí se alzan tus palacios;
Por mí murmuran tus fuentes.

Ocho siglos de alegría
Fueron para mí tan breves,
Que á gozarte renunciara
Por no llegar á perderte.
No hay eternidad de dichas
Que la amargura compense
De aquel suspiro que aún vaga
Por la bóveda celeste.
Tres siglos de rabia y llanto
No hay corazón que no sequen;
Y tres siglos há que lloro
Pensando en mi España siempre.
¿No te lo han dicho las aves
Que todos los años vienen
Buscando en mi dulce clima
Abrigo contra tus nieves?
De tu libertad, sultana,
El último sueño duermes:
Mi pantera de los bosques
Contra tu león se atreve;
Y Dios querrá y su Profeta
Que el Islam glorioso impere
Desde la Meca sagrada
Hasta el nevado Pirene.
Hijos bravos del desierto,
Alzad las nubladas frentes.
No importa que un Abraham
A un Ismael desherede,
Si hay para heredar al mundo
Diez millones de Ismaeles.
España es nuestro destino:
Dios es grande, y Dios lo quiere.»

Es fama que el triste genio
Frases tuvo tan solemnes;
Frases que hoy en el abismo
Del olvido, se sumergen,
Flotando de sangre mora

Sobre piélagos hirvientes.
«España,» fieros gritaron
Los berberiscos infieles;
Y el rencor antiguo brota,
Y los odios reverdecen.
Fija su torva mirada
De nuestro campo en los fuertes,
Lo que al valor no confían
Dan á la traición aleve;
Y los fieles castellanos,
Que aun entre moros son fieles,
Del fronterizo enemigo
Reciben villana muerte,
Como el dormido cachorro
La astuta víbora hiere.

Cumplir del genio africano
La dulce ilusión no pueden:
Ni el Africa tiene Muzas,
Ni España Julianes tiene.
Allí están los que en las Navas
Mordieron el polvo leve;
Allí los que extremecidos
Del Cid ante el cuerpo inerte,
La triste vida fiaron
Al trotar de sus corceles;
Y aquí de los once Alfonsos
Lozano renuevo crece,
Y de Cides y Guzmanes
Frescos están los laureles.

Ya el Africa no se lanza
Contra las cristianas huestes:
Uno por uno asesina
A los cristianos de enfrente,
Si la impunidad la ayuda
Y las sombras la protejen.
¡Uno por uno! ¡Son tantos!...

Y si de su asombro vuelven,
Cobran á tan alto precio
La sangre hidalga que pierden,
Que es fuerza romper los diques
Y pelear: Dios lo quiere.

Y ciegos, porque Dios ciega
A aquellos que hundirse deben,
Ardiendo en cólera, corren
Del Riff los soberbios jeques;
Y la luz del sol se oculta
Tras nube de arena ardiente;
Y el suelo temblando besa
La alta palmera silvestre;
Y huyen las fieras, que humildes
El campo á otras fieras ceden,
Cuyo salvaje alarido
Los espacios ensordece.

Y llegan: y ante sus ojos,
De fuego infernal torrentes,
De su tierra y su dominio
El triste confín se ofrece.
«Hasta aquí» dice la piedra
En su inscripción indeleble:
«Más allá» gritan los bárbaros,
Y al monumento acometen,
Y la enseña de dos mundos
Al suelo en pedazos viene.

Con satánica algazara
Nuestros blasones ofenden,
Destrozan nuestros leones,
Nuestros castillos demuelen,
Del nombre español se burlan,
La santa Cruz escarnecen.
«Sultana del mundo—gritan—
El último sueño duermes;

Tus armas cayeron rotas;
Como el humo desparecen
Tus glorias; torna á mi yugo,
Cautiva del Guadalete:
El Africa te lo manda;
Humíllate: Dios lo quiere.»

Ciegos están por su daño
Del Riff los soberbios jeques;
Ciegos están: que Dios ciega
A aquellos que hundirse deben.
Mala os espera, muslines:
Mirad que España no duerme.
¡Ay, si se alzan los castillos!
¡Ay, si el león se revuelve! (1)

SEVERO CATALINA.

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquín de oro,
Que finas perlas dibujan,
Tan brillante que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El joven que de ellas triunfa.

(1) Del Romancero de la guerra de Africa.

Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras:
«Baldon y afrenta al vencido,
Loor y gloria al què triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquín salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.
Suspende á lo léjos hórrida
La hoguera su llama fúlgida
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mustias.
Llega, los suyos al verle,
Cambian el placer en furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
«Perdón, exclama, y arroja
Su collar; los brazos cruzan
Aquellos míseros séres
Que vida por él disfrutan.
«Tornad á Méjico, esclavos,
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid á vuestro amo
Vencido ya veces muchas,
Que el joven Jicotencal
Crueldades como él no usa,

Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más bravos
Y me encontrará en la lucha,
Con sola una pica mía
Por cada trescientas suyas:
Que tema el día funesto
Que mi enojo al punto suba;
Entonces ni sobre el trono
Su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.»
Dijo, y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras
Entre vítores se apura.
Siempre vencedor después
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atras los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clave,
Barreadas de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

PLÁCIDO.

Á MI MADRE

(En el primer día del año 1841.)

¡Detente viento del Norte,
Que el crudo invierno desata!
No más impelas las nubes,
Velando del sol la llama,
Ni del árbol ya desnudo
Destroces las secas ramas,
Ni del arroyo tranquilo
Turbes las ondas de plata.
No más en el mar airado
Levantes fieras borrascas,
Ni arrastres cual leve pluma
La nave que incierta vaga.
Tu raudo curso suspende
Y el triste silbido acalla,
Que un mensaje de ternura
Quiero entregar á tus alas.
Recíbelo, y después vuela
A la orilla perfumada
Que con sus ondas fecundas
El Betis risueño baña.
¡Allí respira el objeto
De mi cariño entusiasta!
¡Allí mi amiga indulgente!
¡Allí mi madre adorada!
Llévale los puros votos
Que por ella forma el alma,
Hoy que asoma un año nuevo,
Y otro el abismo se traga.
Dila que guardo de aquél
Memorias dulces y santas;

Porque son de su presencia,
Porque á su vida se enlazan.
Dila que al nuevo—que miro
Comenzar hoy, á distancia
Del caro techo materno
Que tanto afecto me guarda,—
No pido, no, me prometa
Placeres, que anhelé ávida,
Ni laureles de la gloria,
Que objeto fué de mis ansias;
Sino solo uno sonrisa
De bienhechora esperanza,
Que me anticipe el contento
De volver ¡ay! á abrazarla.
Dila que mi mente enfrían
Los soplos del Guadarrama;
Y de esta corte el tumulto
Á mi agreste musa estampa.
Dila... mas no; que no sepa
Cosa que turbe su calma,
Y de sus ojos queridos
Pueda arrancar nuevas lágrimas.
Llévale solo caricias,
Llévale dulces palabras...
¡Vuela veloz, y no temas
Desconocerla al hallarla!
Si ves hermosa matrona,
Erguida como la palma,
Frente pura, grave paso,
De halagadora mirada;
Que consuela á los que sufren,
Y á los débiles ampara;
Que al que calumnian defiende,
Y proteje al que maltratan.
Si encuentras en santo templo,
Humilde al pié de las aras,
Una figura apacible
Con negros tules velada.

Si—entre el velo transparente
De sus hermosas pestañas—
Furtiva lágrima rueda,
Que su fervor te declara...
¡Es ella! mi tierna madre,
La luz que mi noche aclara,
Y el ángel que me custodia,
Y el corazón que me ama.
¡Es ella! con mis suspiros
Llega rendido á sus plantas,
Y tráeme ¡viento del Norte!
Los ecos de sus plegarias.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

ROMANCE CORTO.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yó iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezón labrado,
Toca y albanega;
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña;
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela,
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,

Que trujo el vecino,
Cuando fué á la feria.
Iremos á misa,
Veremos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tía la ollera.
Compraremos dél;
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela,
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
Y las dos primillas,
Marica y la tuerta;
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta;
Y al son del adufe
Cantará Andregüela;
«No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas;»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas;
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la huerta
Anarangeamos
Las Carnestolendas;

Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus tranzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadameci,
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas
Yo y otros del barrio,
Que son más de treinta.

GÓNGORA.

IV.

ENDECHAS

VIVIR ES SER LIBRE.

(Ruego á una señora.)

Preciosa es la jaula
Del pájaro bello,
Que, un nido robando,
Del valle os trajeron.
Mas ved que aunque brillan
Cual oro sus hierros,
Prisión es al cabo
De un sér indefenso.

Igual su lenguaje,
Ya en gozo, ya en duelo,
Feliz el cautivo
Podrá pareceros.
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Cuando él os halaga
Con suaves gorjeos
¿Sabéis lo que dice?
¿Pensasteis en ello?
¿Sabéis si le punzan
Amargos recuerdos
Del campo que amaba,
Y el nido paterno?
¿Pensasteis que alegre
La voz lanza al viento,
Y á un tiempo bendice
Tirano y encierro?
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

A vos, que de gracias
Y nobles afectos
Dotó generosa
La mano del cielo,
¿Cruel no se os hace,
Por vano recreo,
De un ave inocente
La tumba ir abriendo?
¿Con tiernas caricias
Juzgasteis, al menos,
Que dulce le hacíais
El pan del destierro?

Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Yo sé que sois buena
Y amada por eso;
Mostradnos que siempre
Sois digna de serlo.
Soltad al esclavo;
Los rústicos ecos
Le esperan del valle
Y el monte severo.
Ser libre es su esencia;
Privado del vuelo,
Su vida no es vida,
Su vida es tormento.
Y hoy tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

RUÍZ AGUILERA.

LA MUERTE DEL PAJARILLO.

«Calló su trino dulce y sonoro;
Su vista inmóvil sin luz está;
Ya no aletea con plumas de oro,
Y á mi reclamo no acude ya.

»Al que en alegre, fácil gorjeo,
Tras mí venía siempre veloz,
Hoy en su jaula rígido veo,
Sin que me llame su amiga voz.

»Lacias, del hierro penden colgadas
Con muda pena, su muerte al ver,
Las verdes hojas, al valle hurtadas,
Que le brindaron sustento ayer.

»En vaso limpio vertió mi mano
Agua de un fresco, claro raudal;
Y el agua espera, y espera en vano,
Bañar sus alas con su cristal.

»Aunque en oriente raye la aurora
Y el sol derrame vivo fulgor,
No les saluda su voz canora
Con melodiosos pios de amor.

»Aunque mi diestra su cárcel abra
Y aunque le excite libre á volar,
Ni ya se cuida de mi palabra,
Ni ya en mis hombros viene á posar.

»¡Oh pajarillo! ¡Cuán honda pena
Me oprime al verte yaciendo así!
¡Qué desconsuelo mi vida llena
Desde el instante que te perdí!

»Crudos dolores sufrió mi pecho;
La muerte he visto sin aflicción;
Mas con angustia y á mi despecho
Hoy débil llora mi corazón.

»Y es que en tí, acaso, yo no veía
Sólo de un ave la realidad;
Sino el amigo, la compañía
Que consolaba mi soledad.»

Dijo así un rudo, viejo soldado,
Que en cien batallas sangre vertió;
Y por su rostro, ya demacrado,
Lágrima acerba lenta rodó.

A. Arnao.

V.

EPÍGRAMAS Y EPITAFIOS.

EPÍGRAMAS.

I.

Donde el sacro Betis baña
Con manso curso la tierra,
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España,
Reside Inés la graciosa,
La del dorado cabello:
¿Pero á mí qué me va en ello?
Maldita de Dios la cosa.

B. DE ALCÁZAR.

II.

Tus cabellos estimados
Por oro contra razón,
Ya se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados;
Pues querrás que se celebre
Por verdad lo que no es:
Dar plata por oro, Inés,
Es vender gato por liebre.

B. DE ALCÁZAR.

III.

De toda la vida mía,
Los agüeros más siniestros
Fueron el tener maestros,
De quien el buen gusto huía.
Y si bien de ellos me río,
Si yo llego á tener fama,
Veréis como alguno exclama:
¿Ese? es discípulo mio.

IGLESIAS.

IV.

«Para dos perdices dos,»
Dijo allá el del Castañar;
Y así lo dejó pasar,
Gente á la buena de Dios.
No lo escuchara ninguno
De estómago fuerte hoy día,
Sin replicar: «No, García,
Para dos perdices.... uno.»

HARTZENBUSCH.

V.

¿Y mi ración de tocino?
Clamó un granadero atroz;
Y su sargento ladino
Dijo: «Ahí está, gran indino,
Tras ese grano de arroz.»

VILLERGAS.

VI.

Preguntóle á un sordo Aurora
Con cierto interés y ahinco:
«¿Está buena la señora?»
Y él, no oyendo más que el... ora,
Dijo muy serio: «las cinco.»

BALDOVÍ.

VII.

De noche, en Diciembre y tarde,
Retirándose á su casa
Un chusco amigo de guasa
Llamó en la de un tal Velarde.
—Que hay?—dijo en son de reproche
Este, ya en el balcón frío;
Y aquél:—Nada, señor mío,
Pase usted muy buena noche
Y guárdese del rocío.

R. AGUILERA.

VIII,

Cierto avaro empedernido
Iba mil gracias á dar
Por un favor recibido;
Mas de pronto, arrepentido,
Escribió sin vacilar:
«Un amigo... no, un hermano
Ha sido usté en las desgracias
Que mi pelo vuelven cano;
Por todo lo cual, Mariano,
Le doy... novecientas gracias.»

R. AGUILERA.

IX.

Cuentan que un doctor (no sé
En cuantas ciencias de fijo),
Viendo un burro muerto, dijo:
«Hé aquí lo que yo seré.»
El cuento es viejo, mas cierto;
Pues según lo que discurro,
Quien es, cuando vive, burro,
También será burro, muerto.

SALES PÉREZ.

X.

Si en una faz de azucena
Pintaba el rubor colores,
Decían nuestros mayores:
Se ruboriza, qué buena!
Hoy, si acaso se desliza
Una palabra imprudente,
Dicen de alguna inocente:
Qué tonta, se ruboriza!

EPITAFIOS.

—

I.

Aquí yace un esqueleto
Tan sutil que no se vé:
Y siempre en vida lo fué,
Que tuvo vida en efecto.
En forma piramidal
Se encierra esta aguja nueva,

Nadie á tocarla se atreva
Si no fuere con dedal.

II.

En esta huesa cayó
Un letrado á la malicia,
Que para herir la justicia
Peso y espada empuñó.
A los infiernos bajó
A calentar su proceso.
Huesped, no te admires de eso,
Que su justicia vendada
Cortó la ley con la espada
Y la vendió con el peso.

III.

Á UN MAL MÉDICO.

Enseñé, no me escucharon;
Escribí, no me leyeron;
Curé mal, no me entendieron;
Maté, no me castigaron.
Ya con morir satisfice:
Oh muerte, quiero quejarme:
Bien pudieras perdonarme
Por servicios que te hice.

LOPE DE VEGA.

VI.

MADRIGALES.

Á UNOS OJOS.

Ojos bellos que me dais
Dulce muerte con mirarme;
Ojos que con no mirarme
Dulce vida me quitais.
Vuestra bondad ó rigor
Siempre á morir me condena:
Si no me miráis, de pena,
Y si me miráis, de amor;
Mas si tal es mi destino,
Que de todas suertes muero,
Morirme de amores quiero:
Miradme, Jesús divino.

ANÓNIMO.

Á UNA ROSA.

El aura matutina
Abrió tu cáliz, rosa purpurina,
Y el aura de la noche
Cerró también tu delicado broche.
Así un día de Mayo,
Vi mecerse la dicha en lontananza;

Llegó la noche, y á su tibio rayo
Vi, como tú, marchita mi esperanza.
¡Ay! de la noche al día
Va mucha diferencia, rosa mia.

CONSTANTINO GIL.

VII.

SONETOS.

BALTASAR DE ESCOBAR.

(Al pié de las poesías de Fernando de Herrera.)

Así cantaba en dulce són Herrera,
Gloria del Betis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
De su mansa corriente en la ribera;
Y las ninfas, del bosque en la frontera,
Selva de Alcides, todas escuchando,
En cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del castalio coro.
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y las ninfas del Betis esparcieron
Para enjugarlos sus arenas de oro.

Á LA VICTORIA DE BAILÉN.

Rompe el león soberbio la cadena
Conque atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena.
La espuma del furor sus labios llena,
Y á los rugidos que indignado envía,
El tigre tiembla en la caverna umbría
Y todo el bosque atónito resuena.
El león despertó; temblad, traidores:
Lo que vejez creisteis fué descanso,
Las juveniles fuerzas guarda enteras.
Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
No insultéis al monarca de las fieras.

ANDRÉS BELLO.

Á WELLINGTON.

Vuelves, oh duque, á la sangrienta arena,
A la arena de honor que al galo espanta,
De la gloria inmortal morada santa,
Y de las huellas de tus triunfos llena.
Cierra, vence, confunde y encadena
Del vándalo el poder; hunda tu planta
Ese torpe padrón de infamia tanta
Y el águila imperial arroja al Sena.
En tanto empero que el pendón britano
Por tí en el trono de las lises brilla,
Unido al español y al lusitano,

La ofrenda admite que con fe sencilla,
Ante la faz del pueblo gaditano,
Te dan los ricos hombres de Castilla.

DUQUE DE FRIAS.

Á UNA VID.

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituído.
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro hielo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando más ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues cuando en su lustre florecía
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
Es razón, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado.

RIOJA.

SUPLICA.

Dame, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sostén de la virtud;
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras, claridad.
La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perenal solicitud,

Y las ásperas fiebres en salud
Y los torpes engaños en verdad.
Así conseguirá mi corazón
Que los favores que á tu amor debí
Te ofrezcan algún fruto en galardón;
Y aún tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue á romper mi confusión
La imagen tuya, que pusiste en mí.

A. López de Ayala.

EL COHETE.

Lanzóse audaz á la extensión sombría,
Y era al hendir el céfiro sonante,
Un surtidor de fuego palpitante
Que en las ondas del cielo se envolvía.
Viva su luz como la luz del día,
Resplandeció en los aires fulgurante
Cuando la luna en el azul radiante
Como rosa de nieve se entreabría.
Perdióse luego su esplendor rojizo,
Siguió fugaz cual raudo meteoro,
Y al fin surgió como candente rizo.
Paró de pronto su silbar sonoro;
Y tronando potente se deshizo
En un raudal de lágrimas de oro.

S. Rueda.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

Un enjambre de pájaros metidos
En jaula de metal guardó un cabrero,
Y á cuidarlos voló desde el otero
La pareja de padres afligidos.
—«Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,
Ver cómo cuidan á sus padres quiero
Los hijos por amor agradecidos.»
Deja entre redes la pareja envuelta,
La puerta abre el pastor del duro alambre,
Cierra á los padres y á los hijos suelta.
Huyó de los hijuelos el enjambre,
Y como en vano se esperó su vuelta,
Mató á los padres el dolor y el hambre.

LOS HIJOS Y LOS PADRES.

Ni arrastrada un pastor llevar podía
A una cabra infeliz que oía amante
Balar detrás al hijo, que, inconstante,
Marchar junto á la madre no quería.
—«¡Necio! al pastor un sabio le decía,
Al que llevas detrás ponle delante,
Echate el hijo al hombro, y al instante
La madre verás ir tras de la cría.»
Tal consejo el pastor creyó sencillo:
Cojió la cría y se marchó corriendo,
Llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal los fué siguiendo;
Mas siguiendo tan cerca al cabritillo
Que los piés por detrás le iba lamiendo.

R. DE CAMPOAMOR.

Á JUAN VANDER.

(Pintor.)

Si cuando coronado de laureles
Copias, Vander, la primavera amena,
El lirio azul, la cándida azucena,
Murmura la ignorancia tus pinceles;
Sepa la envidia, castellano Apeles,
Que en una tabla de tus flores llena
Cantó una vez, burlada, Filomena
Y libaron abejas tus claveles.
Pero si las historias vencedoras
De cuanto admira en únicos pintores
No vencen las envidias detractoras
Y callan tus retratos sus favores,
Vuelvan por tí, Vander, tantas Auroras
Que te coronan de tus mismas flores.

L. DE VEGA.

VIII.

BALADAS

APARICIÓN CELESTE.

—¿A quién llamas soñando?
—Llamo á mi madre.
—Tu madre está en el cielo,
Llámasla en balde.
—¡Ay! la he perdido!
¿Quién me ampara en el mundo,
Solo y tan niño?

—

—Alza al cielo los ojos.
—Dejad que llore.
—La oración que vá al cielo
Dios la recoje.
—Piedad, Dios mio,
Pues me veo en el mundo
Solo y tan niño.

—

—Sígueme, pobre huerfano.
—Quien sois, señora?
—Soy la Virgen, la madre
De los que lloran.
—Yo te bendigo,
Pues su madre te aclaman
Los desvalidos!

R. AGUILERA.

LA ILUSIÓN.

¿Veis esa nube de color topacio
Que al caer de la tarde el sol colora?
Es el agua del mar que se evapora
É impalpable se cierne en el espacio.

—

Cuando llegue la noche, condensada
La veréis deshacerse gota á gota,
Cayendo del espacio donde flota
En llanto de los cielos transformada.

—

Tal es nuestra ilusión; risueña nace
Del mar del corazón, y al cielo sube;...
¡Mas ay! poco después, como la nube,
En lágrimas amargas se deshace.

LUÍS DAMIANS.

LA PROFESIÓN.

Mirad esa joven bella
Que hacia el sacro altar avanza,
Hermosa cual la esperanza
Que sonríe al corazón.
El ministro del Eterno
La interroga con dulzura,
Y ella se postra y murmura
Palabras de grato són.

—

Tropa de pobres enfermos,
De niños desamparados,

La rodean agrupados
Y la miran con placer.
Tanto su afable mirada
De santa bondad anida,
Que el alma al verla se olvida
Del amargo padecer.

—

¿Quién es que todo el que sufre
Se le acerca con anhelo?
Quién es que esparce el consuelo
Por donde quiera que está?
¿Es angel del firmamento
Que en el triste mundo habita
Y con su mano bendita
El bien esparciendo vá?

—

Miradla! virgíneo velo
Ciñen á su pura frente,
Y en su faz bella y riente
Descubro grata emoción.
¿Quién es? Contestad os ruego
A mi pregunta prolija.
—De Caridad una hija
Que vá á hacer su profesión.

MARÍA ORBERÁ.

¡CHIST!

—

I.

Tengo yo un ángel tan bello!
¡Con unos labios tan rojos!
Negros, muy negros los ojos,
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Más blanca que una azucena,
Más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el botón de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
¡Eh!....no vengais tan de prisa;
Callad, que no se despierte.

II.

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo,
Siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año....
No la beséis....duerme ahora,
Y al despertar, siempre llora
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,
Y me estoy mirando en ella.
La veo como una estrella
En la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¡qué suerte
Le guardará la fortuna!
No mováis tanto la cuna,
Callad, que no se despierte.

III.

Es un ángel de hermosura,
De esos que una madre sueña;
¡Tiene la faz tan risueña!....
¡Y la mirada tan pura!....

¡Con qué indefinible anhelo
Miro su tez sonrosada!
Es una alma desterrada,
Sí, desterrada del cielo.

Más bajo.... no habléis tan fuerte;
No turbéis su sueño blando.
¡Sueña! ¿qué estará soñando?....
Callad, que no se despierte.

SELGAS.

LOS DESENGAÑOS DEL MUNDO.

—Hijo querido del alma!
—Madre del alma querida!
—Vuelves al pecho la calma!
—Tu al corazón das la vida!
—Vienes triste, acongojado.
—Triste, acongojado vengo.
—¿Qué tienes, hijo adorado?
—No sé, madre, lo que tengo!
Cuando el hogar dejé ansioso,
El bien juzgaba fecundo;
Y el corazón candoroso

Soñó la dicha en el mundo.
Hoy dolorido suspira,
Lo ahogan los desengaños:
Mis cabellos, madre, mira!
¡No es la nieve de los años!
—Blancos están tus cabellos
De un rubio ayer tan brillante!
—Nevó el dolor sobre ellos!
Blanquearon en un instante!
—Tus ojos eran risueños...
—Las lágrimas los nublaron;
Que en pos de dorados sueños
Sólo decepción hallaron.
Vieron donde quiera el vicio,
De su poder orgulloso,
Ofrecer en sacrificio
El débil al poderoso.
La virtud, hija del cielo,
Olvidada en su retiro,
Sin atreverse en su duelo
¡Ay! ni á exhalar un suspiro.
—Encanto del alma mía!
Ven y llora entre mis brazos;
Mitigarán tu agonía
Mis maternales abrazos.
Para aliviar tus pesares
Diré, con tierno cariño,
Aquellos dulces cantares
Que oías cuando eras niño;
Y si esto á borrar no alcanza
Tu inquietud y tu desvelo,
Cifra, hijo, tu esperanza
En la eterna paz del cielo!
—Sí, con tu amor, madre mía,
Volverá al pecho la calma,
Ya que perdió su alegría
Entre martirios el alma.
Y del dolor al abrigo,

Con este pesar profundo,
Madre, lloraré contigo
Los desengaños del mundo.

D. J. Ramirez.

LA GOLONDRINA.

La golondrina se vá;
Pero con las nuevas flores,
Toda encanto, toda amores
La avecilla volverá.

La esperanza bendecida
También del pecho se aleja,
Como el pájaro que deja
El vergel en donde anida.

Huye el ave el padecer,
Y torna con la bonanza;
Mas ¡ay! la dulce esperanza
Se vá para no volver.

R. Blasco.

LA VUELTA DEL LICENCIADO.

Ese mancebo marcial
De altiva y tostada frente,
Que apaga su sed ardiente
En el claro manantial,
Es el campeón inmortal

Que decidió la victoria,
Y á su hogar lleno de gloria
Veloz torna y satisfecho,
Llevando sobre su pecho
La más noble ejecutoria.

Aquella trémula anciana
Que en el umbral de la choza
Impaciente se alboroza
Al vibrar de la campana
De humilde ermita cercana,
Y al Hacedor Soberano
Eleva preces, no en vano,
Y con la aureola ves
De la virtud, aquella es
La madre del veterano.

Una zagala donosa
Está de la anciana en pos:
Los ojos clavan las dos
En la senda pedregosa.
Ven que en marcha fatigosa,
Ebrio por el regocijo,
Avanza un joven.—De fijo
Es él,—gritan,—¡Dios clemente!
Y con explosión ardiente
Prorrumpen: ¡Mi hermano! ¡Mi hijo!

. . . . . .

MIGUEL RUÍZ.

VISIÓN.

Mis párpados dolientes se cerraron
El hálito al sentir del blando sueño:
Las horas de la noche al fin tocaron
Mi sien con su beleño.

Vago reposo de sin par dulzura
Bienhechor mis sentidos dejó en calma:
Sólo en el seno de la niebla oscura
Velaba triste el alma.

Y oyó una voz cual vaga melodía,
Dulcísima, pausada, lastimera,
Que por los mudos aires descendía
De la azulada esfera.

Leve rumor, compás imperceptible
Luego á su lado resonó un momento,
Como de un ala grácil, invisible,
Que latir hace al viento.

Y entre una luz que al iris semejaba,
Vió un ángel bello de argentada veste,
Que en silencio de amor la contemplaba
Con expresión celeste.

Lo que el alma feliz sintió primero
No lo puede narrar humana boca,
Mas á la ley cedió del puro acero
Cuando el imán le toca.

Y al ver que el ángel desplegaba ante ella
Con majestad el vuelo sosegado,

Lanzóse en pos de su esplendente huella
Con afán no pensado.

Y salvaron la mar, y enhiestos montes
Que alzaban rudos la atrevida cumbre,
Hasta que por fin llegaron á horizontes
Tintos en roja lumbre.

Melancólica, estéril y callada,
Debajo de aquel cielo se veía
Vasta extensión, llanura calcinada
Donde vida no había.

Herida estaba por el rayo ardiente,
Sin árboles, ni brisas deleitosas;
Sólo yacían junto á seca fuente
Ruínas pavorosas.

«Dime (el alma exclamó con honda pena
Mirando el llanto aquel, árido y muerto):
¿Qué mar es ese de abrasada arena?
Y él replicó: «¡El desierto!

»Esos restos que ve tu horror profundo,
Sobre los que no llora el caminante,
Son los de una ciudad, reina del mundo,
Ciudad sin semejante.

»Vió su poder en el zenit glorioso
Y la envolvió la muerte en sombra densa:
¿Sabes quién fué ese pueblo portentoso?
¡Babilonia la inmensa!

»Su soberbia la hundió. Proterva y loca
Mofarse quiso de la ley divina;
Y al murmurar sacrílega su boca
Tornóse en vil ruína.

»¿En dónde está la prístina grandeza
De la que en Asia fué gentil señora,
De la que alzaba el hierro y la cabeza
Potente y triunfadora?

»Rotas columnas en la tierra hundidas
Quedan de aquellos nítidos palacios
Que en un tiempo pudieron atrevidas
Alzar á los espacios.

»Y polvo inerte, cuya vista aterra,
Sus sabios son, sus reyes y guerreros;
Todos cuantos ayer sobre la tierra
Se erguían altaneros.

»No más á darle su esplendor augusto
Sobre ella tornará la vida grata;
Pues cuando Dios fulmina rayo justo,
Eternamente mata.

»Vengan los pueblos, do impiedades brotan,
Que sólo del deleite ávidos cuidan:
Los que niegan á Dios, los que le azotan,
Los que necios le olvidan;

»Vengan los reyes cuyo torpe labio
Vela hipócrita infames ambiciones,
Y haciendo á la justicia eterno agravio
Desgarran las naciones;

»Vengan los sabios cuya ciencia artera
Quiere arrancar el mundo de su centro:
Sepulcros blanqueados por de fuera,
Pobredumbre por dentro;

»Y aprendan todos en la vil escoria
Que resta de ese pueblo, ayer tan fuerte,

Que está la muerte tras su infanda gloria,
Y el juício tras la muerte.»

Dijo así el ángel, y en su fácil vuelo
Despareció con giro vaporoso,
Y empezó á reflejar el alto cielo
Volcán esplendoroso.

Y vió el alma en el colmo de su espanto
La tierra en vasta hoguera convertida,
Y á los pueblos vertiendo sangre y llanto
En lucha fratricida.

Y entre el humo de tronos y de altares
Su faz los astros con horror velaban,
Y un trono y un altar, entre millares,
Solos en pié quedaban.

Y vió también surgir de los escombros
De aquel horror inmenso, nunca visto,
La Fe que alzaba en sus robustos hombros
La intacta cruz de Cristo.

Torné á la vida al fragoroso estruendo;
Y al cielo alzando los nublados ojos,
La realidad de mi visión temiendo,
«¡Perdón!» clamé de hinojos.

A. Arnao.

EN LA MUERTE DE UN NIÑO.

El Alba con manto blanco,
La Noche con manto negro,
Y el Día con manto de oro

Junto á su cuna vinieron.
—«Yo soy, niño, la inocencia.»
—«Yo soy lágrimas y duelos.»
—«Yo soy risas y alegrías,»
Los tres á coro dijeron.
—«Yo asomo un instante y llanto
Sobre los mortales vierto.»
—«Yo comparto con el Día
De las horas el imperio.»
—«Yo de las sombras nacido,
De nuevo en las sombras muero.»
El niño tendió ambas manos
Del Alba al cándido genio,
Y, como el Alba, un instante
Brilló y perdióse en los cielos.

V. Querol.

IX.

ODAS SAGRADAS.

Á LA VIDA RELIGIOSA.

Mil varios pensamientos
Mi alma en un instante revolvía,
Cercada de tormentos,
De pena y agonía,
Buscando algún descanso y alegría;
Mas, como no hallaba
Contento en esta vida ni reposo,
Desalada buscaba

Con paso presuroso
A su querido amor y dulce esposo.
Y andándole buscando,
Cansada, se sentó junto á una fuente
Que la iba destilando
Un risco mansamente,
Regando el verde prado su corriente.
Las parleruelas aves
Una acordada música hacían
De voces tan suaves,
Que el alma enternecían,
Y en amor de su esposo la encendían;
Y con gentil donaire
Plegando y desplegando sus alillas,
Jugaban por el aire
Las simples avecillas,
Divididas en orden por cuadrillas;
Y en forma de torneo
Las unas con las otras se encontraban,
Con ligero meneo
Después revoleaban,
Y entre la verde yerba gorjeaban.
Gozando de esta fiesta
Mi alma, entre mil flores recostada,
Durmió un poco la siesta,
Y estando descuidada,
Oyó una voz que la dejó admirada.
«No temas, la decía;
Mas oye atentamente lo que digo:
Si buscas alegría
Y estar siempre conmigo,
Huye del mundo y de quien es su amigo;
»Que si al trabajo huyes,
Y gustas de deleites y consuelo,
Sabe que te destruyes,
Pues truecas por el suelo
La gloria eterna del empíreo cielo.
»Mira que estás cercada

De tres contrarios tuyos capitales,
Y vives descuidada
De los crecidos males
Que te podrán causar contrarios tales.
»Advierte que está el uno
Apoderado ya de tu castillo,
Y los dos de consuno
Comienzan á batillo,
Sin que tus fuerzas puedan resistillo.
»Déjalos por despojos
El contento, el regalo y la riqueza,
Y no vuelvas los ojos
A ver esa vileza,
Pues cuanto dejar puedes es pobreza.
»Que si dejares uno,
Ciento tendrás por él en esta vida
Sin descontento alguno;
Y allá á la despedida
Daráte Dios la gloria prometida.
»Verás en este suelo,
Dando de mano al mundo fementido,
Un retrato del cielo
Que Dios tiene escondido
En la celdilla pobre y el vestido.
»Ajeno del cuidado
Que al mercader sediento trae ansioso,
De solo Dios pagado,
Se goza el religioso,
Libre del mundo falso y engañoso.
»No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores;
Mas antes retirado
Goza su suerte y su felice estado.
»No tiene desconsuelo
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo:
Ni la baja fortuna

Con su mudable rueda le importuna.
»Su casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado;
La túnica deshecha
Vestido recamado;
Y el suelo duro, lecho delicado.
»El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo está ceñido,
Aparta de los males
Que causa el ciego amor con los mortales.
»La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto
Que huye á rienda suelta de lo justo.
»En estos ejercicios
Su vida pasa más que venturosa,
Apartado de vicios,
Sin que le dañen cosa
Mundo, demonio, carne pegajosa.
»Cuanto el seglar procura
Adquirir con deleites y hacienda
Se dan de añadidura,
No más de porque atienda
Al servicio de Dios, y no le ofenda.»
Gustaba en gran manera
Mi alma de la plática que oía;
Y para ver quién era
El que aquello decía,
Durmiendo, aquí y allí se revolvía;
Mas tocando la mano
El agua cristalina de la fuente,
Salió su intento vano,
Pues luego de repente
La voz se fué y el sueño juntamente.

Fr. Luís de León.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás: y llenando
La inmensa creación, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta
Y esconde en el abismo su honda planta;
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiente el Universo anima,
Me claman que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:
La yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y más: del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera

Desciende al ancho mundo, afable ríes
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves y su ardor mitigas.
Si entonce al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
«En este misterioso
Silencio mora; adórale humildoso;»
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar; los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas,
O si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
Te encuentro y siento en el florido prado
Y en el luciente velo,
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el ángel puro, que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido
Y del león el hórrido rugido.
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente,
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Oyele blando y mira
Mi deleznable sér: dignos mis pasos
De tu presencia sean,

Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazón mío
De un ardor celestial, que á cuanto existe,
Como tú se derrame,
Y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapón y el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imagen y es mi hermano.

MELENDEZ VALDÉS.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

Huyó del polo el aquilón sombrío,
Y el cielo, ya sereno,
Piadoso vierte el cándido rocío
Que ocultaba en su seno.
En tus entrañas, tierra, agradecida
Recibe el don fecundo,
Y la salud producele y la vida
Al angustiado mundo.
Florece, oh Terebinto, y de tus flores
Brille la pompa ufana
Al desatar sus claros esplendores
La plácida mañana.
Y de ellas el Aurora refulgente
Orne sus sienes puras
Cuando hoy anuncie á la oprimida gente
El sol de las alturas.
Corre alegre, Jordán, y en tus riberas,
De Jericó las rosas
Embalsamen del aura lisonjera
Las alas vagarosas.
El cedro inmenso la cerviz erguida

Levante al alto cielo,
Y su aroma dulcísimo despida
La cumbre del Carmelo.
Pasó la nieve del invierno triste,
Y del Hermón la falda
Depone el hielo rígido, y se viste
De carmín y esmeralda.
Albricias, Israel, ya compadece
El cielo tu gemido,
Vuelve al benigno sol que te amanece
El semblante afligido.
Mira el libertador, que de tu mano
Y del cuello doliente
Romperá las cadenas, y al tirano
Quebrantará la frente.
Alza del polvo; ya empezó tu Santo
La lid y la victoria,
Y ciñete, oh Sión, el regio manto
De tu esplendor y gloria.
Y convertida en gozo la amargura,
Con festivas canciones
Convoca el universo, y su ventura
Anuncia á las naciones.

LISTA.

CANTO PROFÉTICO DE DAVID.

Hierven y brotan en el alma mía
Sublimes pensamientos,
Y á tí consagro, ¡Rey!, en este día
Del arpa los acentos.
A tí los himnos de alabanza canto
Con inspirado tono:
A tí, que te alzas con el cetro santo

En inmutable trono!
Arenas son, que al respirar levantas,
El oro y el zafiro:
Y humilde alfombra de tus regias plantas
Las púrpuras de Tiro.
¡Oh tú, supremo en gracia y en belleza!
Las hijas de los reyes
La pompa dejarán de la grandeza
Por venerar tus leyes.
Serán, Señor, tus dones generosos
Del mundo maravilla,
Y ante tí doblarán los poderosos
Sumisos la rodilla.
Grande es el Rey, que con su soplo, excita
O aplaca la tormenta!
¡Su mano que al torrente precipita,
Las montañas sustenta!
¡Escuchad, pueblos! ¡Atended, naciones,
Que el arpa y el salterio
Hoy os anuncian con sencillos sones
Un augusto misterio!
Convocada será por el monarca
La innumerable gente,
En cuanto alumbra el sol y el mar abarca
De oriente al occidente.
Perderá de sus padres la memoria
La esposa coronada;
De siglo en siglo pasará su gloria
Por siempre venerada.
¡Cantemos al Señor! ¡Oh venturoso
Aquel á quien inspira...!
El labio que le anuncia tembloroso
Ignora la mentira.
¡Cantemos al Señor excelso y fuerte!
¡Al Rey del solio eterno!
¡El romperá las armas de la muerte
Y domará al infierno!
¡Oh luz divina! ¡Oh célica alegría!

¡Oh insólitos portentos...!
¡Hierven y brotan en el alma mía
Sublimes pensamientos!

G. Gómez de Avellaneda.

DESPUÉS DE LA LLUVIA.

Se abrió tu mano y descendió el rocío:
¡Gracias, oh Dios, mil veces!
¿Dudará ya de tí ciego el impío,
De tí, que previsor el bien le ofreces?
Borró de la aridez la infausta huella
Cayendo el agua pura:
La abundancia vendrá; vendrá con ella
El consuelo, y la paz, y la ventura.
Huyan del corazón negros temores,
Renazca la esperanza,
Que su manto de frutos y de flores
Ya nos muestra la tierra en lontananza.
Ya sin verdor el toro enflaquecido
No hallará los oteros,
Ni gemirán con lánguido balido
Tras sus hambrientas madres los corderos.
Del hondo valle en la tupida alfombra
Miel tendrán las abejas,
Y nido encontrará de grata sombra
El ruiseñor donde exhalar sus quejas.
Para todos el bien. Del rico Mayo
Vendrán auras amigas,
Que agitarán en plácido desmayo
Con armónico són mares de espigas.
Brindarán en Octubre su tesoro
Olivos seculares,

Llenas las trojes se verán de oro,
Colmados de racimos los lagares.
Señor, el velo de tristeza y luto
Que al mundo oscurecía,
Cual niebla disipóse, y en tributo
Himnos de amor la humanidad te envía.
Que áun el que osado tu grandeza niega
Y á tí su faz no alza,
En el noble placer á que se entrega,
Tu providencia, á su pesar, ensalza.
Ostenta tu poder el bosque umbrío,
Y ora dulces, ya graves,
Te aclaman la floresta, el aura, el río,
Los insectos, las fieras y las aves.
Al coro universal, fieles, juntemos
Nuestro sentido canto,
Y con profunda gratitud clamemos:
«¡Gloria, gloria al Creador, tres veces santo!»

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

ORACIÓN DEL PROFETA JEREMIAS.

¡Ay! de tus hijos, Señor, te apiada
En esta mísera cautividad!
Extraños pisan nuestra morada
Y es de extranjeros nuestra heredad.

—

Á nuestras cuitas ruégote acudas,
Sin padre estamos, supremo Dios,
Y nuestras madres como viüdas
Sus manos tienden rogando á vos.

—

La sed ardiente que me fatiga
Á precio de oro, Señor, templé,

Ay! y hasta el fuego que nos abriga
También á precio comprado fué.

—

De las cervices fuimos llevados
Con duros hierros por más baldón;
Los tiernos niños y los cansados
No hallaron tregua ni compasión.

—

Porque pecaron nuestros mayores
Que ya en la tumba durmiendo están,
De mil tormentos desgarradores
Llevan sus hijos al duro afán.

—

Su sien doblaron los varoniles
Altos guerreros de tu Sión,
Y desde entonces, los siervos viles
De sus señores, señores son.

—

¿Qué no sufrimos? á sus placeres
Honor y tálamo mancharon ya,
Torpes hollaron nuestras mujeres
Y nuestra afrenta miró Judá.

—

Los altos príncipes colgados fueron,
No respetaron la ancianidad,
Y los mancebos allí murieron
Al leño atados con impiedad.

—

Por eso miras hoy tan desiertas
Las dulces danzas del tañedor;
Por eso falta de nuestras puertas
El pobre anciano su guardador.

—

Murió por siempre nuestra esperanza
Al par que aumenta nuestra aflicción:
Luto y tristeza es nuestra danza;
Faltó ya el gozo del corazón.

GARCÍA GUTIERREZ.

ACTO DE AMOR.

Tan niño soy, que no sé
Cómo he de amarte, Señor;
Que en las empresas de amor
Aun lecciones no tomé;
Mas he llegado á advertir,
Tras de mucho cavilar,
Que para saber amar
No hay como saber sentir.
Si es así, mira rendido
A tus piés mi corazón;
Gobierna ya á discreción
Su generoso latido.
Brioso está por demás,
A par, mi Dios, que impaciente
De tener quien alimente
La ansiedad que tú le das.
Mas guardando en sí la idea
De tus altas perfecciones,
¿Quién busca extrañas pasiones
Ni más que en tí se recrea?
¿Quién halla nada en el mundo
Que sus esperanzas llene,
Ni á otro pecho se mantiene
Que al de tu gracia fecundo?
Ea, pues, ya estoy aquí
Lleno de ansiedad y amor;
Mírame venir, Señor,
Cual de tus manos salí.
Si algunos torpes sonrojos
Un punto ¡oh Dios! me afearon,
Ya con ellos me miraron,
Sin despreciarme, tus ojos.
Dígnate, pues, ordenar,

Y verásme obedecer;
Dime ya qué he de querer,
Y lo que he de despreciar:
Que estoy tan fuera de mí
Y de tu amor tan sediento,
Que ya más de mí no siento
Sino lo que siento en tí.
Hermosa es, Señor, tu gloria;
Infinita maravilla
Donde en todas partes brilla
Con vivas luces tu historia.
Mas pienso yo que si fuera
Otra, Señor, tu morada,
Ni un punto me fuera amada,
Ni más ¡oh Dios! la quisiera:
Que en el amante desvelo
Que así me quita la calma,
Ajena á todo mi alma,
Sólo en tí tiene su cielo.
Dame, pues, que pronto pase
La inquietud que ahora me apena,
Yendo á la región serena
Donde en tus fuegos me abrase:
Fuegos de tales ardores
Que abrasan tan dulcemente,
Que el alma entre ellos se siente
Como en tálamo de flores.

SATORRES.

LA ORACIÓN.

(*Armonía religiosa*).

—

¡Oh cuantas, cuantas veces
En este oscuro valle,

Al dolor ó al cansancio
Rindo, sin fuerza, el cuerpo miserable!...
Y ante mis ojos pasan,
Como sombras fugaces,
Junto al rey, el mendigo,
Á la par del anciano el tierno infante.
Y herido llevan todos
El corazón, que late
Cual lámpara que muere
Y un débil soplo apagará del aire.
Pero si á Dios imploran,
Vida y ánimo dales;
Que arriba está la fuente,
La fuente de consuelo inagotable;
Y es la oración escala
Por donde sube fácil
El corazón sediento
En sus tranquilas ondas á saciarse;
Vaso lleno de lágrimas,
Y de alegrías cáliz
Que á Dios ofrece el hombre
De amor y gratitud en homenaje;
Tabla de sus naufragios,
Cuando la rota nave
No halla puerto en la tierra,
Ni ve socorro humano que la salve.
Enfermos desvalidos,
Que veis aproximarse,
Desde el lecho de muerte,
La eternidad con paso formidable;
¿Quién os inspira aliento
En el último trance?
¿Quién, sino Dios, conoce
Del infortunio el íntimo lenguaje?
Sombra desventurada
Que, bajo un verde sauce,
Lloras perdidos seres,
Contemplando la tierra donde yacen;

¿Qué te queda en el mundo
Mas que su vaga imagen,
Y la sorda plegaria
Que del dolor te alivia el peso grave?...
El alma del malvado
(Negro abismo insondable)
La oración ilumina
Como fugaz relámpago un instante:
En los labios del justo,
Que de la vida parte,
Murmura dulcemente
Como el postrer suspiro de la tarde.
El contento del niño
Que, con sonrisas y ayes,
Confundidos en uno,
Dice el nombre de Dios y el de su madre;
Y de la madre el beso
Y la mirada en que arde
Su pasión infinita,
Himnos son, oraciones inefables.
Y es oración el canto
Sencillo de las aves,
El rumor de la fuente,
El susurro del aura entre el follaje;
Oración el perfume
Que de las flores sale,
La armonía del cielo,
Del irritado mar la voz jigante
Y es oración el grito
Del pueblo libre y grande
Que, por su independencia,
En inmenso tropel vuela al combate.
Escúchate el desierto;
La ciudad te da altares;
Tú fuiste la primera
Palabra de los dias patriarcales;
Tú el pan del cenobita
En su gruta salvaje;

Tú, en el circo de Roma,
El valor inflamabas de los mártires;
Tú de los mundos eres
El eco perdurable;
Sonarás en los cielos
Hasta el oscuro fin de las edades.
¡Oh santas oraciones
Que aprendí de mis padres,
Y que apenas (¡ay triste!)
La torpe lengua pronunciar ya sabe!
¡Tocad, tocad mi labio
Y en amor abrasadle,
Para que eternamente
Bendiga hasta el dolor que me anonade!

V. R. AGUILERA.

LA SOLEDAD DE LA VIRGEN.

¿Por qué, pensamiento mío,
Tiemblas y gimes cobarde,
Víctima de duelo impío,
Siempre que al bosque sombrío
Presta más sombras la tarde...?
¿Qué recuerdo ó qué emoción,
Con rudo embate te amaga...?
¿Qué melancólica unión
Hay entre el sol que se apaga
Y mi humilde inspiración...?
No más mi espíritu abrumes
Con el torcedor recelo
En que tu esencia consumes,
Y vuela con los perfumes
Que lleva la tarde al cielo.
Mira... el aire vespertino

Riza la naciente grama;
Rueda el polvo en el camino,
Y, en revuelto torbellino,
Se encrespa y se desparrama.
Todo, preludiando amores,
Se descubre ó se presiente;
Ya hay nidos de ruiseñores,
Y ya líquenes y flores
Palpitan en la simiente.
Ya el tembloroso arroyuelo
Rompió la cárcel de hielo
Que le oprimió terco y frío,
Y hay en la tierra rocío,
Y hay limpidez en el suelo.
¿Por qué tu tenaz tristeza?
¿Por qué la lucha tirana
Que con las tardes empieza...?
¡Es que escuchas la campana
Que dice: *medita y reza!*
Ves al mundo adormecido
Que al fin desgarra su seno,
Y en mi pecho endurecido
Ni un solo placer sereno
Que no duerma en el olvido...
¡Pues no es tiempo de apurar
El gozo que el mundo brinda;
Ahora es tiempo de elevar
Lo que la perfidia rinda
O el vicio quiera ocultar!...
Entra en el templo. La luz
El tenebroso capuz
Rasga de la nave fría...
Allí está sola María
Llorando al pié de la Cruz!
Ese crepúsculo incierto,
Que de misterios cubierto
Mira mi anhelo profundo,
Miró al Redentor del mundo

Rendido, injuriado y muerto.
El aire que dulcemente
Canta en la fronda naciente
Es también el mismo viento
Que ahogó el postrimer aliento
De aquel mártir inocente.
Brote, pues, santo fervor
Del corazón destrozado,
Luz, viento, sombra y color,
Venid, venid á mi lado
Para templar mi dolor.
Y tú, Madre idolatrada,
A quien la tristeza inmola;
Tú, María inmaculada,
Que padeciste apoyada
En la cruz, trémula y sola.
Deja que mi débil canto
Te acompañe en tu quebranto,
Y encuentre vida y ternura
Grande como tu amargura
Y dulce como tu llanto.
¡Pobre Madre! Tú le viste
Con el suplicio cargado;
Tú la montaña subiste,
Y al pié de la Cruz caiste
Con el pecho desgarrado.
Tú escuchaste el ronco són
Del martillo, al horadar
Fibras de tu corazón...
Y le escuchaste implorar
Perdón... ¡Y siempre perdón!
Tú viste de sangre rojos
Sus terrenales despojos;
Y miraste en su agonía
Que el orbe se oscurecía
Al apagarse sus ojos...
Luego le viste bajar
De horribles heridas lleno,

Y aún le pudiste estrechar
Contra el agitado mar
Que palpitaba en tu seno,
Como en tiempo ya perdido
Pero tranquilo y riente,
En que, por el gozo henchido,
Besó tu boca su frente
O le arrullaste dormido.
¿Cómo expresar tus pesares
Con el pobre acento mío,
Si son mis tristes cantares
Débil gota de rocío
Que pierde el alba en los mares...?
No, Madre; me infunde pena
Tu soledad..., me dá miedo
El dolor que te enagena:
¡Mi alma está de amores llena,
Pero expresarlos no puedo...!
Yo sé bien que tu agonía
Y tu martirio sublime,
Se endulzaron, ¡Madre mía!
Porque el Hijo que moría
Murió por lo que redime...
Y cada sangrienta gota
Que el Mártir Sagrado vierte
Y en el Calvario rebota,
Es una vida que flota
Sobre el pecado y la muerte.
¡Ah...! Pues déjame rogar
Al lado del triste altar
Donde tu imagen se vé...
Yo tu angustia endulzaré
Como la puedo endulzar...
Mas contempla, Virgen pura,
La soledad, la amargura
De la Iglesia sacrosanta
Que hoy, á tu divina Planta,
Rezos de dolor murmura.

Y, pues tan sola te viste,
No le dejes sin consuelo
Ya que tú no lo tuviste,
¡Ella está como tú, triste
Y abandonada en su duelo...!
Allá, sin horas serenas,
Por las colinas amenas
Que el Tiber baña, se advierte
Entre rugidos de muerte
El chocar de las cadenas.
Ten ¡oh Madre! compasión;
Brille de nuevo la luz
De la humana redención,
¡Que hay quien sufre otra pasión
Solo... y al pié de la Cruz...!
Y su padecer profundo
No encuentra reposo grato,
Que ve en su afán infecundo,
En cada hijo... un ingrato,
Y un desierto en todo el mundo...
Tú sola la mensajera
De amor celestial y eterno
Puedes ser en lid tan fiera,
Y hacer que la primavera
Surja del helado invierno...
Y lo harás; los sinsabores
Huirán á tu voz clemente,
Y entre santos esplendores
Brotarán luces y flores
En las sombras de Occidente...

ORTEGA MOREJÓN.

MEDITACIÓN.

Yo te adoro ¡gran Dios! El alma mia,
Como exhalada nube,
En alas de mi ardiente fantasía
Hasta el empíreo sube.
Sube, y el trono del querub mi asiento,
Y el cielo mi morada,
Y contemplo á mis piés el firmamento,
Los mundos y la nada.
Sube, y el rayo de la eterna lumbre
Cual un perfume aspira,
Y reina en la creación, y allá en la cumbre
Como un planeta gira.
¿Quién dijo «el mundo se engendró á sí mismo,
»Su Dios es el acaso?»
¿Quién que no halló bajo su pié el abismo
Al avanzar su paso?
¡Ay! es verdad. En mi razón la duda
Se apacentó algun dia:
Yo quise ver la realidad desnuda
Del mundo en que vivia;
Y en mi estéril razón desencantados
El mundo y su belleza,
A un confuso tropel de ciegos hados
Dí la naturaleza.

. . . . . .

Ciego embrión de seres abortados
Por un fatal destino,
Por la muerte en la tumba despeñados
En medio á su camino;
Transformación sin límites del lodo
En que mi planta hundía,
Naciendo todo y pereciendo todo

Allí donde nacía;
Eso fué el mundo para mí. Un abismo
Y en ese abismo nada;
Yo llevé la impiedad al fanatismo
La voz del alma ahogada.
Perdóname, Señor. Hálito inmundo
Bebiendo de impureza,
Sobre la tumba universal del mundo
Doblé yo mi cabeza;
Y la noche pasó, y el claro día
Con su luz, con su velo,
Y yo no levanté la frente mía
Para mirar al cielo;
Pero esa voz que en la creacion resuena
En cántico sonoro,
El almo son que el universo llena
De sus cien arpas de oro;
El eco melancólico que vaga
Por la extension vacía
Cuando la tarde en occidente apaga
Con la tiniebla el día;
Ese acento inmortal que en la mañana,
Cuando el oriente dora,
Resbala sobre el tálamo de grana
De la naciente aurora;
Esa voz, voz del cielo, de otro mundo
Vago inmortal sonido,
Volvió, volvió á sonar en lo profundo
Del corazón herido.
Yo te adoré sin sondear tu arcano,
Y sobre el alma mía
Vertió, Señor, tu omnipotente mano
Tu cáliz de ambrosía.
En todas partes ya mi vista asombra
De tu poder la muestra,
Yo contemplo en la luz, busco en la sombra
El sello de tu diestra.
De la creación en los profundos senos

Tu nombre allí, tu gloria,
Llenos están de tu grandeza, llenos
Los siglos y la historia.

. . . . . .

¡Oh Ser del ser! Los astros y los mundos
Te cantan y obedecen;
La tempestad, los piélago profundos
A tu voz se extremecen.
Tu providencia, que el misterio vela,
Desde la inmensa altura
Sobre las alas del arcángel vuela
Y encarna en la natura.
Y das la luz al sol con tu mirada,
Y al mar los aquilones,
Mueves tu voluntad y la honda nada
Se puebla de creaciones.
¿A dónde, á dónde volveré los ojos
¡oh Dios! que no te vea?
De los mundos que han sido en los despojos
La mano está que crea.
«Dios,» en la tumba en que la noche mora
Grabó su ardiente mano;
«Dios,» al mecer la cuna de la aurora
Exclama el Océano:
«Dios,» graba el rayo, al encender su lumbre
Del huracán el seno:
«Dios,» clama el eco de la ardiente cumbre
Que despedaza el trueno.
De la creación espléndida en la frente
Está tu nombre escrito:
El alma en todas partes y la mente
Encuentran lo infinito.

. . . . . .

¡Ay! aunque nunca la impiedad comprenda
Que á Tí la fe conduce,
Que á los ojos cubiertos con su venda
Un sol eterno luce,
Lo sabe el alma, y en su luz enciende

La osada fantasía,
Y las tinieblas del misterio hiende
Trás el eterno día;
Lo sabe ¡oh Dios! y á conquistar se lanza,
Desde el mezquino suelo,
Exhalada en dulcísima esperanza,
Su altar, su patria, el cielo.
. . . . . .

G. García Tasara.

X.

ODAS HERÓICAS.

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder. La triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre,
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apenas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,

Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Canas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacia el solio
Que Dido fundó un tiempo sacudía
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?
La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruína en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria:
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gades contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.
Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí; nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos
Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno:
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos osan surcar el Oceáno?
Acordaos de Abukir: sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido

Que el opulento Támesis me vea.»
Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros;
Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía;
Esos... la noche con su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa expectación; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hincha la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.
Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el amor llevándose bramando,
Hasta en las costas de Africa resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar: menos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan:
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
Á su furiosa guerra y duro encuentro

Hacen del orbe extremecerse el centro.
Tres veces fiero el insular se avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,
Miró invencible al pabellón de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fia
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla en desigual pelea,
De popa á proa; en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envía.
No; si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastara
Las ínclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entonces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronces.
Llega el momento, en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen.
Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
Á los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cíclades lo están; viuda la patria

De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera á la patria así mi inútil vida,
¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.
No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caíste;
También brotando á ríos
La sangre inglesa inunda sus navíos;
También Albión pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
También Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Solo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la aflicción hispana.
Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin. Lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
Un volcan encendido
Es cada buque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
Sí; que el cielo, ominoso á tal porfía,
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la armazón, el Océano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡Ah! pereciese yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto,
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellón ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Laura y Tovar se vían,
Avilés y Bazán, que, saludando
A los héroes de Hesperia que morían,
«Venid entre nosotros, les decían,
Venid entre los bravos que imitásteis;
Ya el premio hermoso del valor ganásteis;
Ya á vuestro ejemplo de constancia armada,
España, concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta á nuevas lides.
Volved la vista á la ciudad de Alcides:
Gravina, Escaño, y Alava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme columna,
Dulce esperanza á nuestro patrio suelo:
Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.

QUINTANA.

AL MAR MEDITERRÁNEO.

Mar de la historia; absorto en la ribera
Que enfrena tu poder, oyendo el grito
Indómito y rugiente
Del huracán que rápido levanta
En desorden los rizos de tu frente,
Yo te voy á cantar; el alma mía
Oye con ansia loca
Tu eterna y portentosa melodía,
Y vé en tu faz inquieta
La inspiración y el arpa del poeta.
Yo te voy á cantar; calma un instante
Tu faz soberbia; tén ese rugido
Que brota de tu seno delirante,
Y cruzando los golfos de la historia
Ensalzaré tu nombre
Y humillaré tus bárbaros cantares;
Porque el alma del hombre
Es más grande que el mundo y que los mares!...
. . . . . .
Tú eres el mar que el corazón admira,
No el mar rugiente que de polo á polo
Revolviéndose en sábanas de espuma
Se alza terrible y solo;
Ni el mar alborotado
Que del Africa al pié, nunca sereno,
Se asienta en el abismo
Y se corona con el ronco trueno;
Ni aquel otro magnífico Oceano
Que gira en espumante remolino,
Hasta besar del Asia envilecida

Las graves cordilleras
Asentadas en *dioses;* ni el mar bravo
Que por el genio de Colón esclavo,
Mostró, arrancando asombros
Al antiguo y soberbio continente,
Un camino de luz sobre su frente
Y un mundo virginal sobre sus hombros.
Pero tú eres el mar de lo pasado;
Libro jigante de hojas cristalinas,
Que refleja en sus páginas brillantes
Tronos, palacios, tumbas y ruínas.

. . . . . .

Tú eres el mar altivo y poderoso
Que en roncos tumbos sin cesar tronando,
Levantaba las naves
De Cartago y Bagad; el mar soberbio
Que llevaba la púrpura de Tiro
A las rocas de Calpe; el que escuchaba
Los cánticos impuros
Del fiero Baltasar, y oyó el gemido
Del Asia que se hundía,
Dejando sobre el mundo extremecido
La eterna maldición de su agonía.
El que sintió sobre su faz la sombra
Del alto Parthenón, y miró alzadas,
En sus playas amenas,
Las estátuas magníficas de Atenas
Al cielo por el arte arrebatadas;
Y á la luz del volcán con ronco acento,
De fuego entre un diluvio,
Empujó al Oceano
Los mármoles y templos de Herculano
Revueltos con la lava del Vesubio.
Tú, el poderoso mar que arrancó al Nilo
El cetro y la corona
Que ostentó Faraón; el mar severo
Que en toda la extensión de su ancha zona
Acompañaba con rumor tranquilo

Los cánticos de Homero,
Y escuchó entre el rumor de la batalla
El grito de la Grecia,
Que llorando su gloria
Se arrojaba á la tumba dolorida,
Dejando sobre el libro de la vida
La página jigante de su historia.
El que vió levantada en sus riberas
A la ciudad de Rómulo
Coronada de estátuas y jardines;
Y miró sus banderas,
Espanto de las águilas, cubriendo
Con sus anchos crespones
Al pueblo rey, que, bajo infame yugo,
Estrechaba con brazos de verdugo
La virgen libertad de las naciones.
El que sin calma en hondo remolino
Acariciando el túmulo de Roma,
Vió alzarse en sus ruínas
Al cristiano valiente
Escribiendo su código fecundo
Con sangre de Jesús; y miró un día
Retratada en sus líquidos cristales
La Basílica inmensa
Que se lanzó al espacio
De Miguel Ángel al potente anhelo,
Ofreciendo con cántico profundo
Un pedestal á Dios, á la fé un mundo,
Y un escalón al arte para el cielo.

. . . . . .

¡Cómo te admiro, mar!... si el alma mía
Frenética tuviera
De todo el universo la armonía,
La voz del huracán y la del trueno;
Y el canto del alud que se desata
De la soberbia cumbre; y el rugido
De la alta catarata
Que rueda por la sierra

Y se sepulta en remolino ciego
Buscando en las entrañas de la tierra
Al germen del volcán; si yo pudiera
Reunir en uno solo
Los gritos de las mil generaciones
Que poblaron la frente de la esfera,
Al compás de tu ronca algarabía,
Mi poderoso acento
El pasado á la muerte arrancaría.

. . . . . .

¡Quién sabe!... acaso un día
Feliz y libre la familia humana
Vendrá tranquila á remover tu frente;
Tus roncas olas abrirán camino
Á las velas de todas las naciones;
Por la estrecha garganta
Del Atlántico mar, vendrán las naves
Que en sus aguas levanta
El raudo Misurí, con las coronas
De frutos y de flores
Que crecen de la América en las zonas,
Del espléndido sol á los fulgores;
Y vendrán cual ofrenda de otros mares
Las naves del Japón, y las que rompen
De los polos los hielos seculares;
Las del Obi, del Ganges y del Lena,
Con las que empujan hacia el mar sonoro
El Rhin soberbio y el sangriento Sena,
Y el Tajo puro que se arrastra en oro.
Y rodarán tus trasparentes olas
Sin víctimas ni horror; y el blanco lino
Enjugará la sangre derramada
En Génova, Lepanto y Navarino;
Y el humo de la audaz locomotora
Se unirá con el humo
Del buque altivo, y se alzará al espacio
Plácida nube en delicado vuelo,
Llevando, como fruto de la guerra,

El beso de la mar y de la tierra
Á los azules pórticos del cielo.

. . . . . .

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Á LA ARMADA QUE FELIPE II ENVIÓ

contra Inglaterra.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el francés Pirene al moro Atlante,
Y al ronco són de trompas belicosas,
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra,
Debajo de tus señas victoriosas:
Tal, que las flacamente poderosas
Tierras, naciones contra tu fe armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan,
Y como al Sol las nieblas se revuelvan;
O cual la blanda cera desatados,
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos gravados
Queden, como de fe, de vista ciegos.
Tú, que con celo pío y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña,
Sin perdonar el tiempo, has enviado
En número de todo tan sobrado,

Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento;
Fía, que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de ruínas Oceano;
Y aunque de lejos con rigor traídas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.
¡Oh ya isla católica y potente,
Templo de fe, ya templo de herejía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun día
Ornó corona real de oro luciente,
Ciña guirnalda vil de estéril yerba!
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fe ricos;
Ahora, condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada
Del huso, en vez del cetro y de la espada!
Tú en tanto mira allá los Otomanos,
Las jonias aguas que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo, en tiempo breve,
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus remos hiriendo las arenas,
Despoblar islas y poblar cadenas.
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje
No encienda en tí un católico coraje,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Más desenvuelve, mientras más tremola,

Entre lunas bordada
Del caballo feroz la crespa cola.
Fija los ojos en las blancas lunas,
Y advierte bien en tanto que tú esperas
Gloria naval de las britanas lides,
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las colunas,
Llaves tuyas y término de Alcides.
Mas si con la importancia el tiempo mides,
Enarbola ¡oh gran madre! tus banderas,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel león fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero:
Que él hara que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

LUÍS DE GÓNGORA.

ESPAÑA EN ÁFRICA.

(FRAGMENTO.)

¿Oís?.. Truena el cañón, hiende los aires
Con ecos vencedores
El sonoroso címbalo, y despierta
Trémula la ciudad...¡Oh gozo! ¡Oh gloria!
Ciñe tu sien de flores,
Madrid: ¡hemos triunfado! ¡hermoso día!
Un nuevo sol por el oriente asoma;
El pié soberbio del corcel de Yago
Pisotea la luna de Mahoma.

—Como se tiende rápida en la esfera
La luz de lampo fúlgido, así en alas
Eléctricas volando
La nueva placentera,
Del Norte al Sur, de Oriente al Occidente,
A España toda en júbilo embriague.
Toda sea un clamor; y alta y potente,
Con hervoroso anhelo
Su grande voz, del corazón lanzada,
Deje á Europa asombrada,
Y alegre á nuestros padres en el cielo.

¿Quién mintió que rendido
A fiebre vergonzosa,
Sobre rotos blasones deslustrados
Dormiría el León eterno sueño?
¿Quién tal mintió? Ya siente
La injuria atroz, y con terrible ceño
Álzase, y mira en torno, y su melena
Aspera sacudiendo embravecido,
Fiero envía á la playa sarracena
De Lepanto y las Navas el rugido.

Albión le contemplaba
Con soberbio desdén, y se decía:
«¡Ruge!... mas no osará. Mi frente adusta
Le hará retroceder; yo, la señora,
Reina del mar, lo quiero. Su homenaje
Me rinde el mundo... no osará... perdido
Hasta el recuerdo de sus altos hechos,
Del brutal marroquí villano ultraje
Sufran—bien pueden—los hispanos pechos.»

Así dijo el tirano de los mares,
Ese que ríe cuando el mundo llora.
Mas...¿ceder de la fuerza á la arrogancia?
Jamás!... ni en Zaragoza lo aprendimos
Ni tampoco en Numancia.

De españa altiva en las hidalgas venas
Precipítase ardiendo generosa
La sangre de Vivar: de siete siglos
Rompe estallando la dormida saña.
¿A la divina Cruz la torpe luna!...
¿Africa insulta á España!
¡Oh! no será:—y del templo
Donde duermen sus padres, descolgando
La probada armadura,
La frente al cielo levantó, radiando
De fe y de amor, tan majestosa y bella,
Como en el claro dia
En que subió á las torres de Granada,
Dando alto fin á su inmortal jornada.

En el hercúleo estrecho
Ostentan fuertes naves
De Albión los rayos: llegan
También, sonando sus cortantes proras,
Las que enhiestas y ufanas
Bandera tricolor al aire entregan;
Por el lumbroso Oriente
Avanzan levantando albas espumas,
Níveos cisnes, latinas carabelas,
Mientras del Norte en la región sombría,
Allá á lo lejos entre pardas brumas
Asoman ya las moscovitas velas.
Gózate, noble España! Europa envía
Grandes testigos para el grande duelo;
Lo serán, Patria mía, de tu hazaña.
Lanza el grito de guerra!
Todos los pabellones de la tierra
Den paso franco al pabellón de España.
Infausta Libia, donde fué Cartago,
Fragosos montes, playas borrascosas,
Do en funeral estrago
El lusitano reino
Destrozado murió: ¡tierra en odiosas

Tinieblas sepultada!... Los que en día,
Que á los hombres y á Dios infando sea,
Allá en los campos de Jerez cayeron,
Antes hijos heróicos engendraron
Que, tras siglos de lucha jigantea,
A Agar en su desierto,
Lidiando en nombre del Señor, lanzaron.
Hoy le buscan en él; hoy el ultraje
Vengarán que sus timbres amancilla,
Dura razón de aleves desafueros
A la africana tierra
Van á pedir leones de Castilla...
Va con ellos la sombra de Cisneros.
¿Pero es que Dios maldice
Nuestra altísima empresa?... ¡Oh qué agonía!...
Entre montes no hollados de pié humano,
Y ese piélago insano
Que eterno azota la desnuda playa,
Contemplad un puñado de valientes.
¡Ay! que innúmeras gentes
Rugiendo á fuego y hierro los acosan
Sin tregua con furor! ¡Ay! que en sus filas
Deslízase invisible
El hijo aciago del impuro Ganges,
De oscura muerte mensajero horrible!
¡Ay! que sobre ellos entre negras sombras
En torrentes de lluvia se hunde el cielo
A truenos desgarrándose, y bramando,
De huracanes furentes sacudido,
Espumoso á sus piés el mar se arroja!
¡Piedad, Dios bueno! que en mortal congoja
Desde la opuesta orilla
La madre Patria sus amantes brazos
Pálida tiende, y palpitante mira!
Mas ni siquiera vellos
Permite ¡oh Dios! la aborrecida niebla!...
Angeles que los veis, rogad por ellos!
Son españoles, no temáis: no puede

Por siempre abandonarlos impiadoso
De sus padres el Dios. En la enriscada
Agria cumbre del áspero Apenino
Creciendo al són de recias tempestades
Se alza más vigoroso el prócer pino.
Verá la edad presente lo que vieron
Las pasadas edades.
¡Gracias, Dios de Pelayo! si conjura
Contra la gente hispana
Sus iras, sus horrores la Natura,
Gracias! ¡que digna sea
La empresa sobrehumana
Del aliento español! que el mundo ahora,
Cual siempre, en pasmo silencioso admire
Entre el estrago universal su frente
Serena y su constancia vencedora!
A veces tenebroso
Nubarrón, descogiendo el negro manto,
La luz del día pávido destierra.
Ruge la tempestad, el sol en tanto
Cruza el cielo, no visto de la tierra.
Ya la entreabierta nube lo consiente,
Y fulgurando envía
De viva lumbre vencedor torrente.
Torna la nube á encapotar el día;
Mas súbito sonando,
La rompe y la disipa airado viento:
Y el sol, en todo su esplendor triunfando,
Reina en el solitario firmamento.

La peste, el hambre, el huracán, la horrenda
Furia del moro al español á un tiempo
Combaten; y él, impávido. Tres lunas
Por cumbres árduas y fangosos valles
En bárbara pelea,
Entre sombras y truenos
Resiste, avanza y ruge y cantellea;
Pero amansados ya, suaves, serenos

Tienden los vientos apacibles alas
Y se duerme la mar, y el cielo ríe:
Campo igual nos ofrece
Dios por fin. ¡Oh mirad! que ya aparece,
Brillando al sol sus blancos alminares
La *Sagrada Ciudad*. ¿Veis! La llanura
En gran tropel golpean altaneros
Prestos corceles, que en audaz carrera
Van precediendo al céfiro ligeros.
Coronan el altura,
Cual densas nubes la montaña umbrosa,
Huestes innumerables: allí espera
Agar con frente erguida y alma fiera,
Y de allí en el hispano clava rojos
De cólera los ojos,
Como tigre que sueña entre sus garras
Presa ansiada estrechar.—¡Santiago!... á ellos!
Al fin son los vencidos de Alpujarras.
No temáis: tú, Lucena,
El pecho heróico palpitando en ira,
Lleva á España á la lid y á la victoria.
Te está aguardando en Tetuán la gloria:
Tu reina, desde el trono, en pié... te mira!

. . . . . .

APARISI Y GUIJARRO.

NIÁGARA.

Dadme mi lira, dádmela, que siento
En mi alma extremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Sola tu faz sublime ya podría

Formarme el don divino, que ensañado
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitante gocé: vi al Océano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza.
Corres sereno y majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te avalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo; mil olas,
Cual pensamientos rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan...saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados

Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.
Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín; á tí la suerte
Guardó más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te vé, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
Dios, Dios de la verdad! En otros climas
Ví mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban;
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,

Y tu profunda voz baja á mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi animo enagena
Y de terror y admiración me llena!
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta al dolor... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

. . . . . .

Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo, al hundirse el sol en occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSÉ M. HEREDIA.

TORRE DE TAVIRA.

(FRAGMENTO.)

—

Ilustres, sí; porque si allí vencidos
Cayeron, al marchar hacia la gloria,
Fué porque, alguna vez, no van unidos
El heróico valor y la victoria.

—

¡Salve, Tarifa! sempiterna valla
Al empuje feroz del sarraceno,
Que aun vé con miedo escrito en tu muralla
«Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.»

—

Si á los moros, Julián, tu puerta abriendo;
Entrada dióles expedita y ancha,
Sobre tus mismas torres combatiendo
Alonso de Guzmán lavó tu mancha.

—

¿Quién vence al pueblo donde nace un hombre
Que siempre en su deber los ojos fijos,
Idolatrando del honor el nombre,
Primero que faltar, mata á sus hijos?

—

¡Eterna gloria al que tan alta hazaña
Llevar á cabo en su heroísmo pudo;
Al que tal timbre, en ocasión tamaña,
Con sangre propia dibujó en su escudo!

—

Y una lágrima el alma enternecida
Dé tambien al dolor de aquella madre
Que vió caer al hijo de su vida
Al propio acero de su propio padre.

—

Más allá Gibraltar...pero ¿que veo?
¿Quién sus muros altísimos defiende?

¡Cual dueño de legítimo trofeo
El Leopardo inglés su garra extiende!

—

¿Y es cierta, es cierta, es cierta mengua tanta?
¡Sí, en el fuerte, en los muros, en la villa
Una bandera extraña se levanta,
Que aquel no es tu pendón, noble Castilla!

—

¿Y no reparas, dime, pobre España,
Que es ese trapo, que en tu suelo ondea,
Sello ominoso que tu frente empaña,
Llaga asquerosa que tu rostro afea?

—

Donde está, vive Dios, potente y fiero
El leon español? ¿Dó su estandarte
Que siempre audaz se desplegó y ligero
De una parte del mundo á la otra parte?

—

¡Arroja esa bandera, patria mía!
Venid sobre ella, y su altivez sucumba,
Triunfos de la Goleta y de Pavía,
Coronas de Bailén, glorias de Otumba!

—

¡Y tú, cruz de Pelayo victoriosa,
En Covadonga del Alarbe espanto!
¡Laureles de las Navas de Tolosa,
Palmas de San Quintín y de Lepanto!

—

¿Dó están tus hijos, inmortal Sagunto?
¿Dónde los tuyos, ínclita Numancia?
¿Dónde los bravos que arrollaron junto
En Roncesvalles el poder de Francia?

—

¿No hay hombres ya de aquellos que arrostraron
De otro hemisferio los ardientes soles?
¿Dó están los que en Bizancio pelearon?
¿No hay valientes aquí? ¿No hay españoles?

—

¡No, no los hay! Los unos enervados,
Son menos ya que débiles mujeres:
Los otros, por el siglo arrebatados,
O traficantes son ó mercaderes.

—

Corren, y atropellándose, presentan
A la ciega fortuna su sufragio;
De egoísmo y codicia se alimentan.
¡Dignas conquistas del vapor y el agio!

—

Vedlos guardar con ansia su tesoro,
En él viven; para ellos nombres vanos
Son Patria y Libertad... Contando el oro
Manchan el corazón como sus manos.

—

Venid, venid los que en infame calma
No veis de España la insufrible mengua,
Y la amargura que destroza el alma
En voces de dolor diga la lengua.

—

De esas *luces del siglo*, que hoy acatan,
Los triunfos ved que por doquiera encumbran;
¡Pobre honor nacional, ellas te matan;
Blandones son que tu agonía alumbran!

—

¡Oh, basta! ¡El corazón en santa ira
Siento abrasarse, y en despecho hirviente,
De la vergüenza que el ultraje inspira,
El honroso carmín sube á la frente!

—

Contempla, España, lo que vas ganando,
Y á mirar vuelve lo que vas perdiendo:
Mira esa choza vil que se vá alzando,
Y el templo mira allí que se vá hundiendo!

—

Sin ruedas ni vapor tus carabelas,
Cortando del Atlántico la espuma,

Trajeron á tus piés bajo sus velas
El cetro de Atahualpa y Moctezuma.

—

Y te acataban Albión, la Galia,
Flotaba tu pendón sobre los Andes;
Eras señora de la hermosa Italia,
Temida en Roma, obedecida en Flandes.

—

Y Murillo y Velázquez te ensalzaron;
Y la Europa escuchaba con respeto,
Cuando en lira inmortal dulces cantaron
Rojas y Calderón, Lope y Moreto.

—

Mira á tu alrededor, ¡oh España!, mira
De ese adelanto pretendido el fruto:
Junto á tu gloria que anhelante espira,
Llanto y discordias y miseria y luto.

J. Romea.

LA BANDERA.

Dícele el veterano á su bandera:
Hecha un giron estás, bandera mía,
Pero aun así brillante y altanera
Flotando vás por la región vacía.
Te amo más que el avaro á su tesoro;
No hay otra como tú vieja hermosura:
Ayer engalanó tu lienzo el oro;
Hoy con manchas te ves de sangre oscura.
Así te quiero yo, pobre bandera!....
¡Oh! tú das fuerza á mi cansada mano!
¡Oh! tú serás, mientras la suerte quiera,
La esposa del valiente veterano!....
Yo he dormido á tu sombra vencedora

Como duerme un león, ya satisfecho,
Puesto al hombro el fusil me halló la aurora,
Y á la voz del clarín latió mi pecho.
Firme y robusto como tronco erguido,
Con los ojos en tí me vió la guerra;
Silbaba el plomo, el hierro enrojecido
Cubría de cadáveres la tierra!....
¡Oh! tú no sabes bien, bandera mía,
Lo que en momento tal pasó en mi alma!
Henchido de valor «muerto (decía),
A falta de laurel, hallaré calma!»
Y vencí..... como siempre. El enemigo
Huyó cubierto de menguado espanto;
La selva en sus entrañas le dió abrigo,
La noche densa lo envolvió en su manto.....
¡Oh! recuerdo inmortal! aquí, conmigo
Dentro del corazón!... aquí te quiero!
Tú, tú serás de mi lealtad testigo,
De mis glorias futuras compañero.
Ese són!... otra vez! La trompa fiera
Torna á llamar la gente á la batalla....
¡Oh, á la lid! á la lid! Ven mi bandera
A triunfar de la bomba y la metralla.
Nada es bastante á contener mi brío;
Yo no sé qué es temor, busco la gloria;
Ella hace un trono del sepulcro frío;
Trueca el ciprés en palma de victoria.
¡Rompa los vientos el cañón sonoro!
La gloria en esos campos nos espera!.....
Vale un manto de rey, un cetro de oro
El más corto girón de mi bandera.

ZEA.

XI.

ODAS MORALES

Y FILOSÓFICAS.

LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.
No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
Esmeralda provecho;
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.
Al capitán romano
La vida, y no la sed, quitó el bebido
Tesoro persiano,
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido.
De esta sed, y más dura,
La suerte es del mezquino que sin tasa
Se cansa ansí y endura
El oro y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.
¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,

Si estrecha el nudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño?

FR. L. DE LEÓN.

LA VOZ DE LA SOLEDAD.

¡Oh tumbas, oh ruínas!
Reliquias de existencia disipada!
¡Oh cuál entre las nieblas matutinas
Contemplaros me agrada!
¡Qué placer tengo en veros,
Arcos triunfales, páginas de piedra
En que corona el yelmo á los guerreros
Un penacho de hiedra!
¡Oh templos derribados
Por la mano del tiempo asoladora,
Do aún pienso oir los cánticos sagrados
Y el órgano que llora!
De una rota coluna
En el marmóreo zócalo àpoyado,
Siempre se me figura oir alguna
Voz que habla á mi lado.
Su rústica dulzura
Baña mi triste corazón en calma.
Mira, dice, ¡oh poeta! nada dura,
Sólo es eterna el alma.
Los hombres que poblaban
Esta estéril campiña ¿dó se fueron?
¿Dónde están los proyectos que formaron
Y las cosas que hicieron?
Todo pasó cual humo
Lo que real y cierto parecía,

Y sólo queda en el espacio sumo
Lo que no se veía.
El oculto instrumento
Con que el mortal espera, y ama, y siente,
De toda acción, de todo pensamiento
El invisible agente.
¡El alma! flor preciosa
De los cielos, cual ellos duradera.
¡El alma! el alma, sí, la sola cosa
Como Dios verdadera!
¡Oh insensatos mortales
De pecho audaz, de entendimiento ciego,
Que así olvidáis las cosas eternales
Por las que pasan luego!
De las vidas terrenas
Resplandecientes cual fosfórea llama,
Leves é innumerables como arenas,
¿Qué queda? Polvo y fama.
¡Fama! Polvo más vano
Que el que cubre del tiempo estos despojos
Y que al menos palpar puede la mano
Y pueden ver los ojos!
Esta voz del desierto,
Este vago rumor que oye la mente,
¡Oh tú que aspiras á saber lo cierto!
Medita atentamente.
Este rumor pausado
Que resuena en las yermas soledades,
Es el eco que en ellas han dejado
Las pasadas edades;
Es la cifra que encierra
Tu sola y gran verdad, filosofía,
Clave de todo aquello que la tierra
De seguro sabía,
Cuando esos que delante
De tu vista se extienden hoy desiertos,
Do sólo escombros huella el caminante
Y cenizas de muertos,

Ciudades opulentas
Eran, templos, palacios y jardines,
Teatro de batallas sangrientas
Y de ricos festines.
¡Oh cual mi pecho llenan
De respeto y temor esas divinas
Y austeras voces que en vosotras suenan,
Oh sombras, oh ruínas!

EUGENIO DE OCHOA.

Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones
El mortal prosternado
Con razón cultos á Minerva y Ceres,
Que una inventó el telar y otra el arado.
Roto por él, sus dones
Y de dulce abundancia los placeres,
Prodigó el antes yermo y triste suelo
Al humanal anhelo.
El silvestre madroño
Huyó y la jara del ribazo umbrío,
Que cubrió de racimos el otoño
O coronó de mieses el estío.
Minerva, en tanto, por divino juicio,
Las pieles de leones
Por la lana trocó, que tejió grata.
En telas trocó el arte los vellones
Que el múrice fenicio
Vino á teñir de esplendida escarlata.
Cundieron luego por el mundo bajo
Los bienes del trabajo.
Mas cómoda guarida

Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;
Encantos nuevos encontró la vida,
Y sus furores mitigó la guerra.
No, pues, hoy temas que á civil pelea,
Á sacrílegas lides
De nuevo incite la discordia brava.
La altiva industria, sí, mejor Alcides
Que el que la hidra Lernea
Postró al blandir de la potente clava;
Mejor Belerofonte que el que hiriera
A la cruel Quimera,
El aliento en las fauces
Sofocará del presumir liviano,
Y raudales de bien por anchos cauces
Harán que corran por el suelo hispano.
Sí, correrán; que la común ventura
Al iluso, al malvado
Desarma, que á la patria herir amaga,
Mientras se finge su leal soldado.
De la anarquía impura
Jamás se alista en la cohorte aciaga
El que en trabajos útiles se engrie.
Mientras de la paz rie
La aurora refulgente,
Entre los campos que la esteva anima,
El viejo Pan la venerable frente
Orlada encumbra de la miés opima.
En mil canales por su ardiente tierra
Ruede sus ondas puras
El ancho Betis; riegue el turbio Duero
De Castilla las áridas llanuras;
De la empinada sierra
Del Segre bullidor corra el venero
Del Urgel á las fértiles regiones.
De recios aquilones
Libre y rudos ataques,
Vuele entre velas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,

De la imperial Toledo hasta Lisboa.
Dar cima á tan magníficos portentos
Las ciencias pueden solo.
Las ciencias, pues, cómo fanales brillen,
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo
Los altos pensamientos
Del sabio turben ni su honor mancillen.
De la felicidad guía á la cumbre
De las ciencias la lumbre.
Bajo el humilde techo
Ellas groseros hábitos suavizan,
Aliento dan al generoso pecho,
De los pueblos la gloria inmortalizan.
A par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Temis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofía.
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radiante,
El genio se levante.
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apeles;
Emulen sus cinceles soberanos
Al divino cincel de Praxiteles.
En el felice porvenir gozaos,
Que á nuestra industria mira
Correr tras la del Támesis y el Sena,
Del Chino activo y habil Cachemira.
Las españolas naos,
Ondeando el gallardete en la alta entena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;
De la rica Golconda,
Del rival con enojo,
Los diamantes cargar, y cuantas cría
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,
Y Ceilán perfumada especería.
Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora

De vida y de riqueza,
Tanto amenazan de orfandad y males
Discordia atroz ó mísera Pereza.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,
En nácar y arrebol inunda el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El rudo Bóreas, al opuesto polo,
De Paz é Industria la alabanza suene:
El cántico entonad, hijos de Apolo.

JAVIER DE BURGOS.

LA NAVE.

A MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.
¿Qué es mi ausencia, sino el vuelo
De un ave al alba? Y en tanto,
¿No nos cubre con su manto
Por doquiera el mismo cielo?
No merece tu plegaria
¡Oh alma llena de piedad!
Mi nave, aunque solitaria:
Hay otra á quien mas contraria
Amaga la tempestad.
Y, al mover tu ruego amigo,
¿Piensas que me alejo á solas,
Piensas que no vas conmigo
Porque está en tierra tu abrigo
Y mi casa va en las olas?

Todos al par tripulantes
Somos de un mismo bajel;
Todos somos navegantes:
Los guerreros, los farsantes,
Arador y timonel.
Tanto dice, tanto encierra
Contemplar en desvarío
Las estrellas del vacío
Desde un puente de la tierra
O en el puente de un navío.
Engaña el tiempo en el mar
La ociosa tripulación
Con la danza y el cantar:
Quién tira el oro al azar,
Quién juega su corazón.
Ve la gran nave que nada
En el éter cristalino;
Ciencia, gloria, cetro, espada
¿Qué son en nuestra jornada?—
Pasatiempos del camino.
Pena ó placer, dan lo mismo;
Al que muere y al que vive
Quebranta igual paroxismo;
Todos van sobre un abismo,
Hasta que el bajel arribe.
A todos nos lleva á un puerto:
Todos tributo pagamos
Al gran mareo, ello es cierto;
Pero juntos todos vamos,
Quién dormido y quién despierto.
Sí, no habrá al fin del viaje
A la voz de «¡tierra!» sordo.
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enclaje,
Cuando suelte su ropaje
La mascarada de á bordo?
¿Qué del traidor, del falsario?
¿Qué del que sangre vertiera?
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,
Halle al juez en la ribera?
¿Qué del mundo, si provoca
Las justas iras del cielo
Con saña blasfema y loca,
Y, cual disparada roca,
Al caos arrebata el vuelo?
Dí si aún temor por mí cabe
¡Oh alma llena de piedad!....
Esa jornada es la grave:
Ruega mas bien por la nave
Que lleva la humanidad.

J. A. Calcaño.

FIRMEZA DE LA VIRTUD.

Nace espirando céfiros y amores
La alegre primavera,
Torna al mundo la vida, y la pradera
Entapiza de flores;
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
El estío sediento,
Y aja su pompa y al sañudo viento
En aristas la entrega.
Templa otoño sus fuegos, y racimos
Ciñe y doradas pomas,
Y más pingües derrama los aromas
De sus frutos opimos;
Pero el cierzo invernal hórrido zumba
Con las rugientes alas,
Desnuda al año las postreras galas
Y le arroja á su tumba.
¿Qué bien, oh dulce Albino, habrá durable
En la humana ventura,

Si en volar así rápida natura
Enseña á ser mudable?
Do el grueso muro y torreón alzado
Hoy se levanta al cielo,
Mañana el tardo buey romperá el suelo
Con el tajante arado.
Voraz el tiempo, su mortal guadaña
Blandiendo en rudo encono,
Sobre las gradas del volcado trono
Asienta la cabaña.
Los reyes ata el triunfador de Jena
Al carro de su gloria:
¡Ay! robóle infiel hado la victoria
Y á un peñón le encadena.
La virtud sola es fuerte. Denegrida
Cubre su faz la esfera,
Y con luz espantosa reverbera
En rayos encendida.
O el suelo sacudiéndose hondamente,
Con pavoroso estruendo
Sus senos rasga: pálida, gimiendo
Vaga la triste gente.
Sólo entonces seguro el virtuoso
No busca el vano asilo,
Y opone audaz su corazón tranquilo
Al estrago horroroso.
En la invasión de males que en la cuna
Contra el mortal empieza,
Ni le aterró jamás naturaleza,
Ni domó la fortuna.
Si truena el cielo y de las aves huye
El temeroso bando,
Y busca en vano el nido que bramando
El huracán destruye,
El vuelo entonces rápida levanta
El águila altanera,
Y mira inmóvil desde la alta esfera
Las nubes á su planta.

Tiemble asustado en su feroz ventura
De Sicilia el tirano;
Sócrates, mientras, con tranquila mano
El letal vaso apura.
¡Ah! sólo la virtud del tiempo fiero
Triunfa y la adversa suerte:
¿Qué puede en ella, inexorable muerte,
El golpe de tu acero?
Hiere... Del justo cumples la esperanza
Rompiendo su atadura;
Ya vuela suelto á la inefable altura
Do tu segur no alcanza.

FÉLIX J. REINOSO.

GLORIA Y ORGULLO.

Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre.
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Más fatigosa cuanto más se avanza.
Regalo de indolentes sibaritas
Que velas el harem de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres,
¡Lejos de mí! No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.
No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín libre y sonoro,

De esclavos viles la menguada tropa,
Ni las llaves de espléndido tesoro.
De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de extirpe soberana;
Por llegar á jigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.
Yo no acierto á decir «la vida es bella»,
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.
De esa inmensa pasión que llaman *Gloria*
Brota en mi corazón la ardiente llama,
Luz de mi sér que abraza la memoria,
Voz de mi sér inextinguible clama.
¡Gloria! ilusión magnífica y suprema,
Ambición de los grandes, en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso.
Nada es sin tí la despreciable vida;
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño:
Sólo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.
Sólo al murmullo de la excelsa palma
El noble orgullo con su aliento agita;
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.
Zéuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.
Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora
Y empuña su bordón el peregrino.
Por tí el soldado se vendió á sus reyes
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora, pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca yedra
Otro día al pasar le lea un hombre.
Por tí acaso el cansado centinela,
Que incendió una ciudad en la batalla,
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizón en la muralla.
El polvo en que hubo sus cabañas, Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.
Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento extinto
Tumba Leónidas demandó á Platea.
Por tí trofeos el cincel aborta
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.
Por eso velo con la noche obscura
Sobre un volumen carcomido y roto,
Y una mañana sueño de ventura
Y otra existencia en porvenir remoto.
Por eso en mis estériles canciones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones
De la noche el fanal se desvanece.
Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.
Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales
O azota sus escombros amarillos.
¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,
Si soñáis que en mis cánticos murmura

Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruje en la tormenta obscura;
Si al són gozáis de mi canción, que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruído de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;
Si cuando en negra aparición nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os extremecen en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;
Si lloráis cuando un cántico doliente
Hijo extraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;
Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
Cuando os entono lastimosa endecha,
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;
Todo es una ilusión, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa:
No es esa la verdad que honda me inspira,
Que esa lágrima ardiente que me abrasa
No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia:
Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazón de gloria.
¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños;
Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.
¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo,
Templo en mi corazón alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Pindaro y Homero.

ZORRILLA.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno;
En ese bosque que oscurece el día,
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

—

En la gruta titánica que arredra
Con sus mónstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado río;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado:—¡Creo,
Creo en tu excelsa majestad, Dios mío!

—

Arpa es la creación, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro;
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
En tierra, mar y viento
Que del himno inmortal no forme coro.

—

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,

Todo exhala su nota
Que en acordádo són al cielo sube.

—

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Ese poder augusto y soberano,
Que enfrena el Oceano
Y hace girar los astros en el cielo.

—

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

NÚÑEZ DE ARCE.

XII.

ELEGÍAS.

Á SELGAS.

—

Doblaron mustias las flores
Sus corolas perfumadas:
En las verdes enramadas
Gimieron los ruiseñores:

De dolor, como tributo,
La tierra, deshecha en llanto,

Pidió á la noche su manto
Para vestirse de luto.

Y enlutada, triste, inquieta,
No ha visto día sereno
Desde que abrió su hondo seno
Para enterrar al poeta.

¡Con cuánta razon se viste
De sombrías vestiduras!
Quien cantó sus hermosuras
Con arpa de oro, ¡no existe!

No existe aquél que sabía
Por qué el ciprés meditaba,
Y el arroyo murmuraba
Y el alba se sonreía.

Muerto él, ¿quien hará alarde
De seguir del ave el vuelo
Que flota en el alto cielo
Sobre el vapor de la tarde?

¿Quién descubrirá el pudor
De la humilde sensitiva?
¿Quién, del aura fugitiva
Los devaneos de amor?

¡Ay! ya es todo ó llanto ó calma...
Calla el ave: el agua llora...
¡Al morir Selgas, de Flora
Se llevó consigo el alma!

Por eso levanta el río
Triste y húmeda su frente,
Y se desata en torrente
De lágrimas el rocío.

Por eso doblan las flores
Sus corolas perfumadas,
Y en las verdes enramadas
No trinan los ruiseñores,

Y de dolor en tributo,
La tierra deshecha en llanto,
Pide á la noche su manto
Para vestirse de luto.

VALENTÍN GOMEZ.

Á LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO

D. José M. Heredia.

Voz pavorosa, en funeral lamento,
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia! tristemente,
En són confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Oceano,
—Murió, pronuncia, el férvido patriota...
Murió, repite, el trovador cubano,
Y un eco triste, en lontananza gime:
¡Murió el cantor del Niágara sublime!
Y es verdad? y es verdad? la muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?

Bien cual cede al embate
Del aquilón sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de la edad lozana
Fué por el fallo del destino herido:
Astro eclipsado en la primer mañana
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.
¡Patria! numen feliz! nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino.....
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
Ostenta, si, tu duelo,
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío
Y hoy condena la pérfida fortuna
A suelo extraño su cadáver frío,
Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.
¡Silencio! de los hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que le defiende de la injusta suerte;
Ya reclinó su lánguida cabeza
De genio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó el otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?.....
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

. . . . . .

¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
Engañosa visión que lo extravía:
Tal vez los vanos ecos de un renombre

Que con desvelo y con dolor alcanza:
El mentido poder, la amistad fría.
Y el venidero día,
Cual el que espira breve y pasajero,
Al abismo corriendo del olvido:
El placer cual relámpago ligero
De tempestades y pavor seguido;
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas!
De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimía,
Y en alas vuela de tu genio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega
Ni la importuna queja al cielo suba.
¡Murió! A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
Que el genio, como el sol, llega á su ocaso
Dejando un rastro fúlgido su paso.

G. G. Avellaneda.

EL DOS DE MAYO.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño,
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día

Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreces fúnebres la veo;
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mántua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fía,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,

El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra en su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor, la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno los condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adaliz empedernido
De otra cuadrilla atroz. ¡Ah! «¿Qué te hice?
Exclama el triste en lágrimas deshecho;
Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed y me llamé tu amigo.
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez y engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El mónstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el infeliz espira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejean
Con inútil afán.... Vosotros sólo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir el gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida

Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la acción magnánima os eleva,
El himno oid, que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva,
Del mar de hielo á la abrasada zona.

. . . . . .

Y en ignominia tanta,
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No; que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamigeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo;
Fuego arrojó su ruginoso acero;
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heróico que los aires zumba,
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero,
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la regia frente,
Y del Patrón valiente
Blandiendo activo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heróica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa

Daros solemne y noble monumento.
Allí, en padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traición del déspota se lea;
Y altar eterno sea
Donde todo español al mónstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

XIII.

CANCIONES.

Á LA ARREBOLERA.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú, á su eterna ley mal obediente,
A no fáciles iras lo provocas.
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo,
Y mustia y encogida y desmayada,
Llegas á ver del día
La blanca luz rosada.
¡Tan poco se desvía
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es pues de alto decreto
Que el tiempo breve de tu edad incluyas

En solo el cerco de una noche fría,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto
De acrecentarle instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino,
Y en vez de la acogida
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime, ¿cuál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Oh, cómo es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano
Que impío roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú, admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol te apaga,
¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es más el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡Oh cuántas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche oscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta diosa
De tus colores bellos
Tintas para su frente y sus cabellos.
Deja el mar, ambiciosa;
Que por tu errar inmenso y dilatado

No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna,
Ni por mudar lugar tan apartado,
Que otro sol lo visite y otra luna;
Y pasa en ocio y paz aventurada
De tu vivir el tiempo oscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

RIOJA.

LA ROSA DE INVIERNO.

Flor que para dar consuelo
Estás en el campo sola,
Sin que te causen recelo
Esos témpanos de hielo
Que te sirven de aureola.

Flor comparable á la estrella
Que nos infunde alegría
Cuando entre nubes destella
Y nos parece más bella
Si es la nube más sombría.

Tú, cuyo manto de grana
Nos causa tanto placer,
Enlazando, flor galana,
Las promesas de mañana
Con los recuerdos de ayer.

Llena el alma de tristeza
Vine á contemplarte yo,
Y me dice tu belleza,

Que duerme naturaleza,
Pero no está muerta, no...

Y con voz imperceptible
Estás diciendo también:
«Para Dios no hay imposible,
»Junto al rigor más terrible
»Hace que florezca el bien.

»Seca el llanto de los ojos,
»Eleva tu pensamiento,
»Que si yo nazco entre abrojos,
»Entre lágrimas y enojos
»Podrá nacer el contento.

»La dura cerviz humilla
»Y ten en Dios confianza,
»Que una humilde florecilla
»Bien puede á un alma sencilla
»Dar consuelo y esperanza.»

¡Bien haya, flor, tu destino,
Bien hayas tú que naciste
A la orilla del camino
Para consolar al triste
Y alentar al peregrino!

Guarde tu púrpura el cielo
Y luzca en el campo sola,
Sin que te causen recelo
Esos témpanos de hielo
Que te sirven de aureola.

MICAELA DE SILVA.

Á UNA PASIONARIA.

—

Flor melancólica y pura
Que, con señales divinas,
Llevas en la frente espinas
Y en el cáliz amargura.
Tú, que, en medio del vergel,
Sagrado perfume exhalas
Entre las mundanas galas
De la rosa y el clavel,
Deja que te acerque á mí,
Y, tus hojas contemplando,
Quede absorta meditando
El misterio que hay en tí.
Clavos prenden tu belleza,
Cordeles ciñen tu tallo,
Señal de pena y desmayo
Dá tu inclinada cabeza.
Tienes pálido el color,
Ciñes punzante diadema:
Eres del dolor emblema
Y el mirarte dá dolor.

. . . . . .

El calvario fué tu cuna;
Testimonio de aquel dia,
En aquella cumbre fria
Brotaste sin sol ni luna.
Libro eterno y misterioso
Que, en doce páginas santas,
Tantas verdades y tantas
Nos revela silencioso:
El poder claro se ve
En tí que Dios darte quiso
Promesa del Paraíso
Símbolo de nuestra fe.

Mientras el tiempo infinito
Destruye con torpe afán
Hechos que escritos están
En mármol, bronce y granito;
Mientras se hunde en el olvido,
Convertido en polvo vano
El esplendor soberano
Del tirano aborrecido,
En tu cáliz misterioso,
De santo recuerdo lleno,
Del humilde Nazareno
Llevarás el nombre hermoso.

. . . . . .

Flor que, en tu contemplación,
Silenciosa y solitaria,
Elevas una plegaria
Y pides una oración.
Flor amada cual ninguna,
Libre de mano profana
Te contemple la mañana
Y te bendiga la luna.
¡Ni al cierzo ni al aura fría
Se marchiten tus primores!
¡Ni los pájaros cantores
Turben tu melancolía!

ZULEMA.

XIV.

HIMNOS.

CON MOTIVO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

MOTE.

Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!

Partamos al campo,
Que es gloria el partir,
La trompa guerrera
Nos llama á la lid:

La patria oprimida,
Con ayes sin fin
Convoca á sus hijos,
Sus ecos oid.

¡Quién es el cobarde,
De sangre tan vil,
Que en rabia no siente
Sus venas hervir!

¡Quién rinde sus sienes
A un yugo servil,
Viviendo entre esclavos,
Odioso vivir!

Placeres, halagos,
Quedaos á servir
A pechos indignos
De honor varonil:

Que el hierro es quien solo
Sabrá redimir
De afrenta al que libre
Juró ya vivir.

Adiós, hijos tiernos
Cual flores de Abril;
Adiós, dulce lecho
De esposa gentil:

Los brazos que en llanto
Bañáis al partir,
Sangrientos con honra
Veréislos venir.

Mas tiemble el tirano
Del Ebro y del Rhin,
Si un astro á los buenos
Proteje feliz.

Si el hado es adverso,
Sabremos morir....
Morir por España,
Y eternos vivir.

Sabrá el suelo patrio
De rosas cubrir
Los huesos del fuerte
Que espire en la lid:

Mil ecos gloriosos
Dirán: yace aquí
Quien fué su divisa
Triunfar ó morir.

CORO.

Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!

J. B. DE ARRIAZA.

Á LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

CORO.

Salve, salve cantaban, María,
Que más pura que tú, sólo Dios;
Y en el cielo una voz repetía,
Más que tú, sólo Dios, sólo Dios.
Con torrentes de luz que te inundan,
Los arcángeles besan tu pié,
Las estrellas tu frente circundan,
Y hasta Dios complacido te vé:
Pues llamándote *Pura y sin mancha*
De rodillas los mundos están,
Y tu espíritu arroba y ensancha
Tanta fe, tanto amor, tanto afán.
¡Ay! ¡Bendito el Señor, que en la tierra,
Pura y limpia te pudo formar,
Como forma el diamante la sierra,
Como cuaja las perlas el mar!
Y al mirarte entre el ser y la nada,
Modelando tu cuerpo exclamó:
«Desde el vientre será *Inmaculada,*»
«Si del suyo nacer *debo yo.*»
Porque tú, *Madre Virgen y Pura*
Del que dijo: *¡Haya luz!* y hubo luz,
De tus pechos bebió la ternura,
Y á tus brazos cayó de la cruz;

No pudiste llevarle en tu seno,
Si en tu seno triunfó Satanás,
¿Tú la *Madre de Dios* en el cieno?
¿Y era Dios y lo quiso? ¡Jamás!
Que á tus plantas rodó la cabeza
De Luzbel, como rueda el laud,
Y en tu sér natural la pureza
De Dios fué voluntad y virtud;
Invocándola España en sus glorias,
Dió feliz á dos mundos la ley,
Y voló de victoria en victoria,
Y de cada español hizo un rey.
Por tu nombre en Lepanto vencía,
Por tu fe dióla un mundo Colón;
Y en Otumba, Granada y Pavía,
Inmortal fué por tí su pendón;
Que al sentir de montaña en montaña
Las tormentas de noche rugir,
Se te ve protegiendo la España,
De la luna en el disco salir...
¡Flores, flores... que al templo ya viene!
Y en su trono de luz y á sus piés,
Querubines y arcángeles tiene
Más que espigas y granos la mies:
Flores, flores las nubes derramen,
De la *Virgen sin mancha* en honor;
Y su Reina los cielos la llamen,
Y los hombres su *Madre* y su amor.
Ella pide virtudes por palmas,
Corazones por templo y altar,
Para luz de sus ojos las almas
Que pretenden su amor cautivar:
Y en las iras de Dios las esconde,
Y le grita al sonar la explosión:
«*¡Son mis hijos*, piedad!» Y Él responde:
«¡Son tus hijos! Piedad y perdón.»
Salve, Salve, etc.

ANÓNIMO.

POESÍA ÉPICA.

XV.

CUENTOS.

Acudió á cierta pendencia
De noche un juez, y uno de ellos
Le hirió, queriendo prendellos,
Sin que desta resistencia
Se descubriese el autor.
El sastre nuestro vecino,
Que si ya no es con el vino
Nunca ha sido esgrimidor,
Estando en su casa quieto
Fué sin duda denunciado
De un enemigo taimado.
Prendiéronle, y en efecto,
La furia del juez fué tal,
Que sin formalle proceso
Ni averiguar el suceso,
Sobre el usado animal,
Entre la una y las dos
Le hizo dar aquella noche
Un jubón, cual él se abroche
En galeras, ruego á Dios.

Como era entonces tan tarde,
Cuál ó cuál tuvo noticia
Del rigor de la justicia;
Pero él haciendo alarde
De su injuriada inocencia,
Del juez se querelló,
Y ante el consejo probó
Que cuando la resistencia
Sucedió, estaba acostado:
Con que mandó el presidente,
En fe de estar inocente
Y el juez haber mal andado,
Restituirle la honra;
Y así por las calles reales,
Con trompetas y atabales,
De la pasada deshonra
Se purga con gorra y calza,
En medio de dos señores,
Donde de sus valedores
Toda la chusma le ensalza.
Y cada cual admirado,
Como no sabe quién es,
Pregunta: «¿Cuál de los tres
Es, compadre, el azotado?»
Y responden: «El de en medio.»
De modo que ya la fama
El *azotado* le llama.
¡Miren qué gentil remedio!
Hanle honrado, en fin, los jueces,
Y agora pasa esta calle;
Mas yo digo que el honralle
Es afrentalle dos veces,
Pues después de paseado,
Y soldado su desastre,
No le llamarán el *sastre*,
Sino sólo el *azotado*.

TIRSO DE MOLINA.

CUENTO.

Óyeme, así Dios te guarde,
Que te quiero, Inés, contar
Un cuento bien de gustar
Que me sucedió esta tarde:
Has de saber que un francés
Pasó vendiendo calderas;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Inés.
Llamélo, y desque me vido....
Escúchame con reposo,
Que es el cuento más donoso
De cuantos habrás oido.
Díjele: «Amigo, á contento,
¿Cuánto por esta caldera...?»
¿No me escuchas? Pues yo muera
Sin ólio si te lo cuento.

B. DE ALCÁZAR.

CASO RARO.

Un arriero andaluz,
Animoso como él mismo,
Viendo que herraban un macho
Tan soberbio y tan maldito,
Que nadie le sujetaba,
Lleno de arrogancia, dijo:
Déjenme sólo con él,
Que sólo y sin otro auxilio
Le sujetaré al instante.

Hiciéronlo así, y asido
A un pié del macho, al momento
El animalejo esquivo
Tiró una coz, y arrojó
Al andaluz atrevido
A la mitad de la calle.
Levantóse con ahinco,
Miraba por todas partes,
Y los demás, aturdidos
De ver su serenidad,
Le preguntaron: amigo,
¿Qué buscas? y el respondió:
¡Qué he de buscar, voto á bríos!
Busco la pata, pues ¡qué!
¿No me la traje conmigo?

SALAS.

EL NIÑO BIEN CRIADO.

A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada día; y como eran
Tantas porciones iguales,
Un día se olvidó de uno.
Él, por no pedir, que es grave
Desacato en los chicuelos,
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces;
Y dijo el chiquillo: *zape*,
¿De qué me pides los huesos,
Si aún no me han dado la carne?

CALDERÓN.

DESAGRAVIO.

Un vizcaíno insufrible
Por una calle iba andando
Y en una reja, pasando,
Se dió un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
Volvió á la reja culpada,
Y la dió tan gran puñada
Que se destrozó la mano.
Irritóse, y á dos brazos
Tomó, sacando la espada,
Y allí á pura cuchillada
La hizo en la reja pedazos.
Y luego muy consolado
Partió diciendo á su modo:
¿Manos rompes, quiebras codo?
Pues toma lo que has llevado.

MORETO.

POR HABLAR CULTO.

Pues señor, vaya de cuento.
Dolíale á un hombre una muela;
Vino un barbero á sacarla;
Y estando la boca abierta,
«¿Cuál es la que duele?» dijo.
Dióle en *culto* la respuesta,
«La penúltima» diciendo.
El barbero que no era
En «penúltimas» muy ducho,

Le echó la última fuera.
A informarse del dolor
Acudió al punto la lengua,
Y dijo en sangrientas voces:
«La mala, maestro, no es esa.»
Disculpóse con decir:
«¿No es la última de la hilera?»
«Sí, respondió: mas yo dije
«Penúltima» y usted advierta
Que penúltimo es el que
Junto al último se asienta.»
Volvió mejor informado
A dar al gatillo vuelta
Diciendo: «¿en efecto es
De la última la más cerca?»
«Sí, dijo.—«Pues véla aquí»
Respondió con gran presteza,
Sacándole la que estaba
Penúltima; de manera
Que quedó, por no hablar claro,
Con la mala y sin dos buenas.

CALDERÓN.

LOS OFRECIMIENTOS.

—

Enfermó un pobre aldeano
De San Pedro muy devoto,
De dar su pelo hizo voto
Al Santo en viéndose sano.
Su ruego no salió vano,
Pues mejoró en el momento;
Mas de su padecimiento
Tan calvo quedó, que fuera
Imposible á su mollera
El cumplir el juramento.

Entonces alzó la diestra
Con amargo desconsuelo
Y no se arrancó su pelo
Por no tener para muestra.
—«¡Fortuna, dijo, siniestra!
De hoy aprenderé á vivir,
Y si llego yo á sentir
Tentación de prometer,
Cauto seré en ofrecer,
Por si es difícil cumplir.»

B. DE ANDILIA.

LAS DOS GRANDEZAS.

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.
—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? — Yo, nada,
Que no me quites el sol.
—Mi poder.... —Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
De oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.
—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?
—Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa: ¡el poder!
—Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de tí?
—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.
—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!
—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.
—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—
Y al partir, con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice:—¡Miserable!

CAMPOAMOR.

EL CASTILLO DE NAIPES.

Sobre una mesa de tabla lisa
Materia fácil á resbalar,
Incauto niño, con ansia y risa,
De naipes quiere castillo alzar.
Agrupa naipes.... temblando mira....
Resbala uno.... se tienen tres,
Y acerca el cuarto y no respira....
¡Cuántos afanes! ¡cuánto interés!
El primer cuerpo ya se levanta;
Otro más alto quiere intentar,
Y es tal su acierto, su dicha tanta,
Que hasta un segundo logra formar.
¡Cómo enamora su infantil gozo!
¡Cómo cautiva tanto candor!
¡No causa al hombre más alborozo
Una victoria de fe ó de amor!
Mas ¡ay! que apenas ya la techumbre
Al edificio falta añadir,
Dando al artífice gran pesadumbre,
Un soplo de aire le viene á hundir.
¿Te aflijes, niño? Es justo el duelo,
Tan noble llanto deja correr;
¡Era el castillo todo tu anhelo
Y es el primero que ves caer!
Mañana, naipes, cuyos colores
Pinten creencias, noble ambición,
Sueños de gloria, dichas de amores,
Cuanto es del alma rica ilusión,
Tendrás á mano, y el mismo juego,
Siendo ya hombre, repetirás,
Y de tu vida todo el sosiego,
Toda la dicha en él pondrás;
Y, como ahora, verás que crece,

Que ya te otorgas el parabién,
Y cuando casi tu triunfo empiece,
Por tierra, en polvo, vendrá también;
Y no ese llanto, que á tu despecho
Presta consuelo, podrá salir:
Mientras te ahogue dentro del pecho,
Habrás al mundo de sonreir.

. . . . . .

Llora, sí, llora, por tu sencillo
Rostro ese llanto deja correr;
¡Llora, pues, que ese frágil castillo....
Es el primero que ves caer!

JOAQUINA BALMASEDA.

LOS DOS VIENTOS.

I.

De los antros dilatados,
En donde Eolo sombrío
Encadena el fuerte brío
De los vientos agitados,
A un mismo tiempo salían,
Mas con distinto ademán,
Dos, que con inquieto afán
Por la atmósfera corrian.
El uno, erguido, altanero,
Sus alas al desplegar,
Parecía que abarcar
Pretendía el mundo entero.
El otro con faz riente
Marchaba, y su blando arrullo
Semejábase al murmullo
De la cristalina fuente.

De su hermano por demás
Le asustaba el torvo ceño,
Y parecía que empeño
Tenía en quedarse atrás.
—No puedo seguir tu vuelo,
Déjame aquí (le decía),
Pero aquél le respondía:
—Yo voy á escalar el cielo.
Me veo en el ancho espacio
Libre sin freno ni ley.
¿Lo ves? aquí soy el rey,
Es la creación mi palacio.
Los árboles más erguidos
Puedo dejarlos tronchados;
Los montes más encumbrados
Puedo dejar conmovidos.
¿Qué viento puede igualarme
En fuerza y en poderío?
¿Quién no temblará á mi brío?
¿Quién osará contrastarme?
—Me asusta tu altivo afán:
¿Quién eres que tal pretendes?
—¿Que quién soy? no lo comprendes?
¿Que quién soy? El Huracán.
Y tú que en la faz sumisa
Retratas débil intento,
¿Quién eres? dí.—Yo... mi aliento
Es solo de suave brisa.
—¡Brisa! no en vano rastrera
Al suelo pegas tus alas,
Sólo meciendo las galas
De la flor en la pradera.
¡Grande tu gloria será
Aquí viviendo ignorado!
Tan sólo en humilde prado
Tu nombre resonará.
Yo á llenar voy con el mío
La tierra, el espacio, el cielo.

Y tendiendo raudo vuelo,
Su marcha emprendió con brío.

II.

Breves los días pasaron;
Terminada su misión,
Hacia su antigua mansión
Los dos vientos regresaron.
Sombrío y triste venía
El orgulloso huracán;
La brisa con dulce afán
Placentera sonreía.
Él, al verla alborozada,
Con acento de honda pena
Dijo: Tú de dichas llena
Tornas á nuestra morada;
Y yo que te desprecié
Al ver tu humilde destino,
Nunca la ví en mi camino,
Nunca su halago probé.
Más allá de mi esperanza
Mi ambición llena quedó,
Que el mundo entero tembló
Ante mi altiva pujanza.
Pero jamás del gozar
Probé la grata dulzura;
¿Dónde hallaste la ventura
Que yo no pude encontrar?
—No lo sé: el vuelo sutil
Por la pradera tendía,
Y de las flores mecía
El verde tallo gentil.
Mi aliento las dió el frescor
Que embelleció su existencia,
Y mi aliento de su esencia
Hizo gozar el valor.
Cuando el cansado viajero

Bajo un árbol se dormía,
Del calor le defendía
Mi blando soplo lijero.
Cuando algún tierno suspiro
Pecho afligido exhalaba,
Al sér por quien lo lanzaba
Llevéle yo en ledo giro.
¡Es tan fecundo hacer bien!
Que aunque el mío descuidaba,
Cuando el ajeno labraba,
Encontré el propio también.
Y al tornar á esta mansión,
Tranquila y feliz me siento,
Llevando el dulce contento
Dentro de mi corazón.
Dijo, y se alejó lijera
Del lado del huracán,
El que con triste ademán
Murmuró de esta manera:
Tarde comprendo infeliz,
Que el que la virtud practica
Y á hacer el bien se dedica,
Es sólo el grande y feliz.

María Orberá.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbría,
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recojía;
Un macilento sauce se mecía
Por dar alivio á su constante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena,

Al són del viento murmurar se oía:
—«¡Triste nací!.... mas en el mundo moran
Séres felices, que el penoso duelo,
Y el llanto oculto y la tristeza ignoran!»
Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
—«Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran,»
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

SELGAS.

AMBICIÓN.

Cojió un niño cierto día
Una flor bella del prado,
Y su aroma delicado
Aspiró con alegría.
Y exclamó con dulce acento
Embriagado con su olor:
—Madre, quisiera ser flor
Para embalsamar el viento.—
Entre tanto que así hablaba,
Una avecilla lijera
Cruzó la fértil pradera
Donde el niño se encontraba;
Y al verla el niño reacio,
Dijo con acento grave:
—Madre, quisiera ser ave
Para cruzar el espacio.—
La brisa entonces gimió,
Y con movimiento blando,
Una nube fué elevando
Que de vista se perdió.
Siguiendo el niño su vuelo,
Dijo con voz altanera:
—Madre, ser nube quisiera

Para llegar hasta el cielo.—
Un suspiro de cariño
La madre dejó escapar,
Y luego sin vacilar
De este modo dijo al niño:
—Insensatas ambiciones
Ocupan tu corazón,
Hoy sólo caprichos son,
Mañana serán pasiones.
Sujeta tu anhelo extraño
Y así feliz vivirás,
No hay nada que amargue más
Que la hiel de un desengaño.
Quieres, en tu empeño loco,
Ser flor, ser ave, ser nube;
Muy alta tu mente sube
Y el niño vale muy poco.
Hombre llegarás á ser,
Y cuando pierdas la calma,
¡Ay de tí, niño del alma,
Si no te sabes vencer!
No tu pensamiento asombre
Ser flor, ser nube, ser ave;
¡Dichoso el hombre que sabe
Al fin llegar á ser hombre!

RAFAEL BLASCO.

LO QUE SON LAS MARIPOSAS.

—

Del tallo de una rosa
Pálida por la edad, otra se alzaba
Inocente y hermosa,
Abriendo apenas el gentil capullo;
Y mientras que su madre la miraba

Con tierno afán y maternal orgullo,
La hija preguntaba:
—Decidme, madre mía,
Esas fantasmas breves
De nácar y bellísimos colores,
Que, volando con tímida alegría,
Fugitivas y leves
Se agitan con las flores,
Pasan del bosque á la pradera umbría,
De la enramada cruzan á la fuente;
Que vienen cada día
Y acarician mi frente,
Y como el aire blando
Me besan con sus alas dulcemente;
Y siempre presurosas,
Huyen, vuelven, se van, siempre volando...
¿Es verdad que me aman?
¿Y no es verdad también que son hermosas?
¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman?
—Se llaman mariposas,
Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos.
—¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!
Romped, romped estos estrechos lazos,
Y dadme alas, volaré con ellas.
—¿Tu infantil alegría,
Tu virginal y cándida hermosura,
Tal vez me dejaría
Sola con mi inquietud y mi ternura?
—¿Pues qué son mariposas, madre mía?
—De hermosura cubiertas,
Felices y lozanas,
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen á velar por sus hermanas.

Dos mañanas después, la jóven rosa
Huérfana se veía;
Y al beso de una blanca mariposa
Sus pétalos abría,

Exclamando afanosa:
—Velad, por mí velad, ¡oh madre mía!

SELGAS.

XVI.

LEYENDAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviese
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benavente,
Si él es Duque de Borbón;
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó

La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises,
Más bien que timbre, baldón;
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran Duque de Borbón;
El que lidiando en Pavía,
Más que valiente, feroz,
Gozose en ver prisionero
A su natural señor,
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,
De pié estaba Carlos quinto,

Que de España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto;
Dejando ver un justillo
De raso jalde cubierto,
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de Oro pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso masquero;
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.
Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
Ó del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
Ó de asuntos de Alemania,

Agitada por Lutero;
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego;
Alzase al fin la mampara
Y entra el de Borbón soberbio.
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto,
Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.
Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del Conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Goza á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbón le debe,

Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo;
Y llamando á un gentil hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

III.

Sostenido por sus pajes
Desciende de la litera
El Conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas;
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birrete de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra:
Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso proceda,
Salones atravesando,
Hasta la cámara regia.
Pensativo está el monarca
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe
Aun mucho más de él espera.
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se lo recuerdan.
En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.
Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,

Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.—
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra;
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbón ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
»Que á mi me sobra en Toledo,
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo sólo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV.

Muy pocos días el Duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo.
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba las calles
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embrevecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador, confuso,
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño

Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

DUQUE DE RIVAS.

XVII.

CANTOS ÉPICOS.

LA HIJA DE JAIRO.

(FRAGMENTO.)

I. Jairo ante el cadáver.—II. Non est mortua.—III. Vuelta á la vida.

I.

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas plañideras?
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo
Solemne funeral?

Del opulento Jairo
Aquella es la morada,
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;
Allí contempla un padre
Con aterrados ojos
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

—

Trocara el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones
O humano poderío
Pudieran aquel frío
Cadáver animar.

—

Cadáver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura
Dechado de candor.
Fué su existencia breve,
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.

—

Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.

—

Semeja de alabastro
Bellísima escultura,

De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresión revela
Que un dulce pensamiento
La suavizó el momento
Amargo de morir.

—

Más lívida de Jairo
Se ve la faz sombría,
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó.
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.

—

Y ya desesperado
Su luenga barba mesa;
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El mísero le dá.

—

Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesús,
Del justo Nazareno
A cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.

—

Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento
Y varonil rigor,

Aplaza su quebranto,
Lijero se levanta,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

—

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías,
Del lúgubre Ezequiel;
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

II.

Con paso infatigable,
Henchido de esperanza,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesús,
Del Jefe prometido
De la nación hebrea,
Del Mártir de Judea,
Del Hombre de la Cruz;

—

Del Hombre á quien le deben
Su luz la inteligencia,
Sus fueros la conciencia,
Su vida el corazón;
La muerte sus encantos,
Su palma el sacrificio,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdón.

—

Y Jairo, ante el Mesías,
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apenas puede alzar,
Su mal y su deseo

Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.

—

Jesús, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
—«Tan sólo está dormida
La que juzgasteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz.»

III.

Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.

—

En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Lijero rosicler;
El padre queda inmóvil,
Atónito, suspenso,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.

. . . . . .

LARMIG.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO.

(CUATRO CANTOS.)

II. La luz.—X. El llanto de Débora.—XI. Al destierro.—XII. Conclusión.

II.

«Del sol la etérea, la fecunda llama,
Iluminando la celeste esfera,
Júbilo y vida por doquier derrama
En su triunfal espléndida carrera.

—

»Himno ferviente al Hacedor entona
La humanidad, y olvida sus pesares
Cuando del sol la vívida corona
Se desprende del fondo de los mares.

—

»Abre la flor sus hojas virginales,
Trinan las aves, plácido se agita
El pez entre los móviles cristales
Y del orbe la máquina palpita.

—

»Ay del que, como yo, desventurado
No rinde al regio sol digno tributo,
Y vive en este mundo condenado
A noche eterna y perdurable luto.

—

»¡Con qué belleza para mí tan triste
La estación germinal de los amores
En mi arrobada mente se reviste
Con sus galas de arroyos y de flores!...

—

»Ya me figuro ver mieses doradas,
Que al afanado labrador consuelan,
Ya las ramas del bosque entrelazadas
Á dó las aves á arrullarse vuelan,

—

»Ó la diáfana gota de rocío
Que el puro cáliz de la rosa embebe,
Ó en el silencio del invierno frío
Las deslumbrantes sábanas de nieve,

—

»Ó ya las olas de la mar henchidas
Que amenazantes á la playa llegan,
Y obedeciendo á leyes no sabidas,
Con murmurio imponente se repliegan...

—

»¿Quién no adora el poder almo y fecundo
De la sabia y divina Providencia?
¿Quién puede inerte contemplar el mundo
Con ojos de insensible indiferencia?

—

»¡Oh padre de la luz, astro de fuego!
Si en el templo brillante de tu gloria
No te puede admirar el vate ciego,
Te admira en el altar de su memoria.

—

»Y si mis muertos ojos un instante
Se volvieran á abrir y á ver el día,
¡Con qué placer mirara tu semblante,
Hija del corazón, Débora mía!

X.

»La condición mortal de nuestra vida
Es el dón más precioso de la suerte,
No con temor imbécil me intimida,
Antes con avidez llamo la muerte.—

—

»Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!
Oyendo estoy tu congojoso aliento;
Lloras, sí, y es por mí... tus penas calma,
Que más tu lloro que mis males siento.

—

»Comprendo bien tu queja lastimera,
Amor me prueba tu inocente llanto,

Y mientras haya un alma que nos quiera,
La vida tiene objeto y tiene encanto.

—

»Quiero vivir, pero vivir contigo,
Y aprecio tanto tu filial ternura,
Que desdeño mis penas, si consigo
No darte por herencia mi amargura.

—

»Cuando cubra la tumba mis despojos,
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,
En el cristal de tus azules ojos
Con viva luz reflejará mi gloria.

—

»Eres, Débora, el aura de bonanza,
Que en primavera el manantial deshiela,
El ángel celestial de la esperanza
Que acompaña al dolor y le consuela.

—

»¡Te hará gemir el que te debe tanto!
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso,
Fueran tus penas mi mayor quebranto,
Sé tú feliz, y me verás dichoso.»

XI.

El bajel, de la orilla ya cercano,
Ancla y bota á la mar lancha ligera,
Que, encomendada á la robusta mano
De hábil remero, atraca á la ribera.

—

Entra en el bote el ciego desvalido,
Y Débora tras él rauda se lanza,
Boga la lancha al barco detenido
Y en instantes brevísimos le alcanza.

—

De nuevo el barco su derrota emprende
Dejando alrededor montes de espuma,
El seno de la mar lijero hiende
Y desparece entre la densa bruma.

—

XII.

Los que sabéis que el alma atribulada
Necesita de Dios en sus dolores,
Y no cerráis del corazón la entrada
De la ajena desdicha á los clamores,

—

Venid, venid á mí, y si os contrista
El lamentar del inspirado ciego,
Á las alturas dirigid la vista
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

—

¡Que amanse su furor el Oceano!
¡Que no se nuble la polar estrella!
¡Que Dios proteja al venerable anciano!
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!

LARMIG.

XVIII.

POEMA HISTÓRICO.

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA.

(FRAGMENTO.)

Cóncavas rocas donde nace el Nilo,
Llanos do cruza el Guir la seca Libia,
Cuya corriente enturbia el cocodrilo
Y en que el ronco león su sed alivia;
Lagos de Zit donde su tienda de hilo
Alzó el Lamtuni junto á su onda tibia;

Agujas de Stambul y de Medina,
Deliciosa campaña Damasquina;

Águilas que os cernéis con corvo vuelo
Sobre el Atlas y el Cáucaso; pastores
Que sesteáis á la sombra del Carmelo
Y bajáis al Jordán los baladores
Ganados: y vosotros los que en pelo
Montáis salvajes potros voladores
Hijos de los ardientes vendabales
Que barren los egipcios arenales;

Tribus perdidas y á las de hoy extrañas
Para quienes la Europa no se ha abierto;
Incógnitas y torvas alimañas
Que la Zahara cruzáis con paso incierto;
Gacelas de las árabes montañas,
Enamoradas palmas del desierto,
Caravanas errantes á quien ellas
Dátiles dan, y leche sus camellas;

Palomas de los cármenes floridos
Que bordan las colinas de Granada;
Golondrinas leales que los nidos
En la Alhambra colgáis; enamorada
Raza de ruiseñores que escondidos
De sus bosques cantáis en la enramada;
Arroyos que á su sombra bullidores
Laméis su césped y mecéis sus flores;

Sierras que cubre el sempiterno hielo
Donde Darro y Genil beben su vida;
Valles salubres, transparente cielo
De la Alpujarra aun mal conocida;
De Málaga gentil alegre suelo,
De la hermosura y del amor guarida;
Mar azul cuyo lomo cristalino
A las quillas de Azar prestó camino:

Abridme los tesoros encantados
De vuestras tradiciones orientales;
Dadme á beber los que guardáis cerrados
De inspiración inmensos manantiales;
Germinad en mi mente inesperados
Vuestros cantos de amor meridionales,
Por que pueda brotar del arpa mía
Vuestra oriental y virgen poesía.

Sí: yo os voy á cantar la historia bella
De esos á quien llamáis fieros salvajes;
Y fio en Dios que aprenderéis por ella
Que no puede sentir vuestros ultrajes
Quien Alhambras dejó sobre su huella,
Quien labró fortalezas con encajes,
Y quien llenó por cóncavo arrecife
Las albercas del Real Generalife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto,
De esa por ellos habitada tierra,
Y sabréis lo que en este laberinto
De jardines y alcázares se encierra:
Porque en su llanto y en su sangre tinto
Quedó tan fértil con su amor y guerra,
Que las plantas más secas fecundiza
Y los hechos más pobres poetiza.

Allí sobre arcos de alabastro y oro
Veréis los babilónicos pensiles
Producir junto al cedro el sicomoro;
Junto al nudoso abeto las gentiles
Palmeras; junto al plátano inodoro
El perfumado tilo; las sutiles
Hebras de la ancha pita entre rosales,
Y el fragante limón entre nopales.

Allí veréis un pueblo primitivo
Vivir mitad pastor, mitad guerrero;

Veréis al rudo labrador activo
Cambiarse con honor en caballero;
Veréis la lucha del numida esquivo
Con el ginete colosal de acero,
Que aplazan tras la lid treguas extrañas
Toros para lidiar y correr cañas.

Veréis para la guerra y los placeres
Sus alcázares regios construídos
Donde leeréis en ricos caracteres,
De cobalto y de nácar embutidos,
Los nombres de su Dios y sus mujeres
Con sacra fe caballeresca unidos:
Sin que halléis en la tierra que fué suya
Nada que de ellos en favor no arguya.

Allí anidan al par todas las aves
Y se abren á la par todas las flores:
Con la rápida alondra águilas graves,
Con la murta el clavel de cien colores.
Se respiran allí cuantos las naves
De Oriente traen balsámicos olores,
Y allí dá el suelo deliciosas frutas
Y encierran minas las silvestres grutas.

. . . . . .

ZORRILLA.

POESÍA DIDÁCTICA.

XIX.

FÁBULAS.

MERCURIO Y EL ESTATUARIO.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimación que en el mundo
Su deidad pudo tener.
Y halló ser necesario,
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho
De un insigne estatuario.
En esto, pues, resumido
Hizo al punto su viaje,
Mudando el divino traje
Para no ser conocido,
Sin mirar cuán fácil es,
Al escarbar la gallina

Descubrir la aguda espina
Que le lastima los piés.
Vido llena la oficina
De tablas artificiosas,
Todas de dioses y diosas
De belleza peregrina.
También vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demás con la ventaja
Que el sol hace á las estrellas.
Hallóse á todo presente
El artífice discreto,
Con quien este dios inquieto
Tuvo el coloquio siguiente:
«Esta tabla principal
De Júpiter ¿cuánto vale?
—Esa de ordinario sale
Vendida en medio real.
—¿Y está de la diosa Juno
En qué se suele vender?
—Esta, por ser de mujer,
Suele venderse por uno.
—¿Y esta del famoso dios
Mercurio en qué sueles dalla?
—De balde suele llevalla
Quien me compra esotras dos.»
Amargóle esta verdad;
Pero juzgó sin pasión
Que la propia estimación
No suele dar calidad,
Y que los que más están
Con su estimación casados,
Sólo tienen de estimados
Lo que los otros les dan.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones
Hijas de su cultivo,
Veia calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
«¿Por qué la Providencia,
Decia entre si mismo,
Puso á la ruín bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería
Que trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?»
Bien oportunamente
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso:
«Pardiez, prorrumpió entonces
El labrador sencillo;
Si lo que fué bellota
Algún gordo melón hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido
En caso semejante
Quedar desnarigado, pero vivo.»
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso,

Que supo á cada cosa
Señalar sábiamente su destino.
Á mayor bien del hombre
Todo está repartido;
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

SAMANIEGO.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De reliquias cargado
Un asno recibía adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba
Y le dijo: «Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor Jumento,
Que sólo vá en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.»
Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo ó gran riqueza
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza,
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor Jumento, no se engría tanto,
Que si besan la peana, es por el santo.

SAMANIEGO.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

—

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja:
«Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y más cucú
Y siempre una misma cosa.»
—«Te cansa mi canto igual?
El cuclillo respondió:
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento
En tí es viejísimo todo.»
A esto la abeja replica:
«En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que más perjudica;
Pero en obra destinada
Sólo al gusto y diversión,
Sino es varia la invención,
Todo lo demás es nada.»

IRIARTE.

LA HORMIGA Y LA PULGA.

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo:
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por más nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen
Y á tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar por vida mía,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un día.
A la pulga la hormiga refería
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana;
De qué suerte fabrica el hormiguero,
Cuál es la habitación, cuál el granero,
Cómo el grano acarrea
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.
A todas sus razones
Contestaba la pulga, no diciendo
Más que estas, ú otras tales expresiones:
Pues ya; sí; se supone; bien; lo entiendo;
Ya lo decía yo; sin duda; es claro;
Ya ves que en eso no hay nada de raro.
La hormiga, que salió de sus casillas
Al oir estas vanas respuestillas,
Dijo á la pulga: «Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,

Siquiera para muestra
Ayúdenos en algo de provecho.»
La pulga, dando un brinco muy lijera,
Respondió con grandísimo desuello:
«Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse á ello.....
Pero..... Tengo que hacer..... Hasta otro día.»

IRIARTE.

EL RUISEÑOR, EL CANARIO Y EL BUEY.

Junto á un negro buey cantaban
Un ruiseñor y un canario,
Y en lo gracioso y lo vario
Iguales los dos quedaban:
«Decide la cuestión tú»
Dijo al buey el ruiseñor,
Y metiéndose á censor
Habló el buey y dijo: «*¡Mu!*»

ARRIAZA.

LA PERA PODRIDA.

Llena de frutas traía
Su cesta una jardinera,
Y entre ellas iba una pera
Que por la flor se podría.
No la quitó: al otro día
Las podridas ya eran más.

Lo corrompido jamás
Debe estar junto á lo sano,
Que si nó, tarde ó temprano,
Corromperá lo demás.

El Baron de Andilla.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera
Y decía entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero:
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pío, pío.*
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino.
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:

Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.»
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! A Dios leche, dinero,
Huevos, pollo, lechón, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

SAMANIEGO.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos
Las indirectas son del Padre Cobos;
Mas como habrá sin duda quien aprecie
Que le declare alguno lo que fueron
Las tales indirectas en su especie,
Trasládole el informe que me dieron.
Parece, pues, que había
En cierta población de Andalucía

Un convento ejemplar con un prelado
Siervo de Dios perfecto y acabado,
Que de ciencia y paciencia era un portento.
Por lo cual uno á uno
Dió en irle á visitar á su convento,
Sin qué ni para qué, tanto importuno,
Que siempre andaba el pobre atropellado
Para cumplir las reglas de su estado.
Era portero de la casa un lego,
Catalán ó gallego,
Cobos apellidado,
Bartolomé de nombre, alto, robusto,
De resuelto genial y un poco adusto.
Llamóle el superior, y dijo: «Mire
Si puede hacer, por indirecto modo,
Que esa gente comprenda
Que de tanta visita me incomodo.»
—«Yo haré que se retire
La tal familia presto,»
Respondió el motilón.—«Sí; ponga enmienda,
Pero indirectamente por supuesto.»
—«Fíe, Padre, en el tino de Bartolo:
Para indirectas ¡oh! me pinto sólo.»
Viene al siguiente día,
Madrugando solícito, un molesto:
Llama: tilín, tilín... «Ave María.»
Dice el madrugador:—Hermano, trate
De ir á otro manantial que no se agote:
Desde hoy ningún pegote
Prueba de mi Prior el chocolate.»
Oyendo el hombre la indirecta rara
Se fué brotando bermellón su cara.
Llega un necio enseguida
Y Cobos dice: «Escuse la venida;
Mientras el cargo ejerza de portero,
No entra ni gandul ni majadero.»
Despedido el segundo visitante,
Cata el número tres.—«Coja el portante,

(Interrumpe el fiero Cobos) Usiría:
No está bien entre monjes un espía.»
Con una añadidura semejante,
Y en tono proferida nada blando,
Bartolo á cada cual fué despachando;
Y desde entonces al Prior bendito
No perturbó en su celda ni un mosquito.
Contento el Padre y á la par confuso,
Al lego preguntó:—«¿De qué manera
Con aquella familia se compuso,
Para que así de verme desistiera?»
—«Fué cosa muy sencilla,
Mi querido Prior (Cobos repuso),
Cada quisque llevó su indirectilla,
Y huyó de mi la incómoda cuadrilla.»
—«Cuénteme las discretas expresiones,
Cuya virtud á la razón los trajo.»
—«Les dije la verdad: sois un atajo
De tunos, de chismosos y de hambrones.»
—«¿A eso llama indirectas en efecto?»
—«Yo en ellas nunca fuí más circunspecto.»
—«Pues, hermano, mentiras ó verdades,
Sus indirectas son atrocidades.»—
Dijo bien el Prior; mas como hay entes
En grado escandaloso impertinentes,
Échaseles también de buena gana
Tal cual indirectilla *cobosiana*.

HARTZENBUSCH.

EL ÁGUILA Y EL CARACOL.

Vió en la eminente roca donde anida
El águila real, que se le llega
Un torpe caracol de la honda vega,

Y exclama sorprendida:
«¿Cómo con ese andar tan perezoso
Tan arriba subiste á visitarme?»
«Subí, señora, contestó el baboso,
A fuerza de arrastrarme.»

HARTZENBUSCH.

LA SARDINA Y LA OSTRA.

A la ostra le dijo la sardina:
Qué se hace usted, vecina?
Por mas que nado yo, por más que miro,
Solo en este rincón alcanzo á verla.
En qué se ocupa usted en su retiro?
—En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida Rosa.
Dichosa tú! ¡Dichosa
La niña á quien instruya
Madre tan ejemplar como la tuya.

HARTZENBUSCH.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

Llevaban á enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz Fermín Trigueros
Embrollón sin igual, que de un balazo
Cayó sin menear ni pié ni brazo.
—Hoía, sepultureros!
Les dijo un oficial), murió ese tuno?

—Murió (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresión, dice con sorna:
Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi teniente.—
Á lo cual replicó su camarada:
No dé usted á Fermín crédito en nada.
Siempre embustero fué; su fin es cierto;
Pero aún miente el bribón despues de muerto.
Quien falte á la verdad, con eso cuente:
Dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

HARTZENBUSCH.

EL MÉRITO Y LA FORTUNA.

Caminando á sol y á luna
Con extraña intrepidez,
Se encontraron una vez
El Mérito y la Fortuna.
Ambos entonces á una
Dijeron: «¿Quién esto vió?
¿Quién así nos reunió
En dulce fraternidad?»
Lo oyó la Casualidad,
Y exclamó riendo: «Yo!»

PRÍNCIPE.

EL LEOPARDO Y LA ARDILLA.

Cor pravum dabit tristitiam.
Ec. XXXVI, 22.

Saltando y triscando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona ardilla.
¡Mas ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pié del tronco dormía.
¡Qué horror! ¡Qué espanto! Su alteza
Despierta azorado, y mira,
Crispando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.
Encójese la cuitada...
Tiembla... dobla su rodilla...
Al cabo le habló la fiera
Así, templando sus iras:
«Te perdono la vida, bestia inerme,
Con una condición, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El por qué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en tí siempre rebosa;
Mientras yo, que soy rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.»
«¡Ah! señor (le responde), tan rendida
Por ese don que me otorgais me veo,
Que os diré la verdad; pero... subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida
Que suba en alto el orador pigmeo.

¿Lo consentís, señor?» «Vé sin demora.»
«¡A...ja...ja! Puesta en salvo, escucha ahora:
¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?
La inocencia,
Ve la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, dime, quién?
Sin congojas,
Frutos, hojas
Son mi pasto siempre igual;
Nunca mato
Ni maltrato,
Ni á ninguno quiero mal.
Pura el alma,
Duerme en calma
Sin gusano roedor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.
Aunque frágil,
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me dá el cielo
Cuando es fuerza padecer.
¿Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad?
¡No! la sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad.

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambición,
La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razón.»
Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la fiera con horrible saña,
Tan gran rugido, su furor mostrando,
Que hizo el bosque temblar y la montaña.
«¿Qué os sucede, señor,» (dijo saltando
Con irónica risa la alimaña).
Su alteza comprendió en aquel momento
Que sin virtud la vida es un tormento.

FERNÁNDEZ.

LA CARAMBOLA.

Pasando por un pueblo un maragato
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible,
Y herido entonces el sensible macho,
Pegó una coz y derribo al muchacho:
Es el mundo, á mi ver, una cadena
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena
Refluye en nuestro mal por carambola.

CAMPOAMOR.

LA ABEJA Y EL ZÁNGANO.

—Qué causa, infeliz, he dado
Para que me desterréis?
Triste un zángano decía
Á una abeja, que al dintel
Se hallaba de la colmena.
¿Quieres indicarme á quién
He causado el menor daño?
—Á nadie, seguro es,
Respondió al punto la abeja.
Pero ¿cuándo hiciste bien?
¿Basta ser inofensivo
Para que comas la miel
Que cojemos de las flores?
¿Te gusta holgar? Marcha, pues,
Á donde por no hacer nada
Casa y comida te den:
Que aquí tan sólo el trabajo
Con fruto consigue prez.—
Sabia y concisa la abeja,
Hizo al zángano entender,
Que no basta no hacer mal,
Es necesario hacer bien.

BAEZA.

LOS NIÑOS Y LOS GALGOS.

Por no saber la lección
Estaban dos niños presos;
Libres dos galgos traviesos

Jugaban á discreción;
Y de la triste pareja
Viendo las caras llorosas,
Que se asomaban curiosas
Por los huecos de la reja,
Les dicen:—¿Os gusta el juego?
Pues á estudiar daos traza,
Que antes cojimos la caza
Para divertirnos luego.

BAEZA.

LAS ILUSIONES.

—

¿Las ilusiones qué son?
Un niño le preguntaba
A su abuelo en ocasión
En que otro niño formaba
Con espumas de jabón,
Globos de feble cristal,
Do el iris se vé luciendo,
Que van á un soplo naciendo,
Y sin que dejen señal
Los va otro soplo rompiendo.
Con la mano enflaquecida
Mostrándolos el anciano,
Hijo, dice, *de mi vida*,
Una cosa parecida
A esos juegos de tu hermano.

E.

LA ABEJA.

Se acerca un niño goloso
A un panal de rica miel
Y al contemplar, envidioso,
Posada una abeja en él,
Matarla quiere furioso.
Mas de su mala intención
Hubo luego de quejarse,
Pues al consumar su acción
Sintió en su dedo clavarse
La punta del aguijón.
Ayes de dolor exhala,
Y al querellarse no advierte
Que su ingratitud propala.
Ella su miel le regala
Y él en pago le da muerte.

MIGUEL GUTIÉRREZ

EL LEÓN ENFERMO Y LA ZORRA.

Como enfermase el León,
A visitarle llegaron,
Según es uso y costumbre,
Inquietos los cortesanos.
Muy infelices seremos,
Decían, si nos quedamos
Sin monarca tan piadoso,
Tan liberal y tan sabio.
Animal hubo en el corro
Que en tono muy encumbrado

Puso al León en las nubes
Con los encomios más altos.
Accidentóse el enfermo
De suerte que breve rato
Corrió entre los animales
Que el rey había espirado.
En esto dijo la Zorra,
Que más le había elogiado:
Pues, señores, si está muerto,
Bien podemos hablar claro;
Digamos ya sin rodeos
La verdad en canto llano.
El tal rey ha sido siempre
Un verdugo sanguinario,
Un déspota, el más injusto,
El más ingrato tirano....
Pero al oir un rugido,
Añadió: ¡Cuerpo de tantos!
¿Aún vive? no he dicho nada.
¡Viva nuestro soberano!

JÉRICA.

XX.

POESIAS DESCRIPTIVAS.

DESCRIPCIÓN DE LAS RIAS BAJAS.

Dichoso aquel que no ha visto
más rio que el de su patria.
. . . . . .

Cuando cansada de la lucha inquieta
Á que vive sujeta
El alma en el bullir de las ciudades,
Dirijo como el ciervo hacia la fuente
Mis pasos nuevamente
De mi patria á las dulces soledades,

—

No voy ni á las cantábricas riberas,
Que rebaño de fieras,
Azotan en su cólera las olas;
Ni á las sierras abruptas, sus vecinas,
Donde viejas encinas
Se elevan melancólicas y solas;

—

No recorro de Orense los senderos,
Los mil desfiladeros
Que surcan la granítica montaña,
Ni á la fértil Mariña á la aldeana,
La del *dengue* de grana,
Pido un puesto al hogar de su cabaña.

—

Yo sé de un rinconcito de Galicia,

Que bajo la caricia
De un sol digno de Nápoles ó Malta,
Produce limoneros y granados
Y sus alegres prados
Con flores de los trópicos esmalta.

—

Donde el mar que es azul como el zafiro,
Con el blando suspiro
De la brisa, se riza mansamente,
Como de la pasión ante el lenguaje
Palpita bajo el traje
El seno de la virgen inocente.

—

Donde en noches profundas, estrelladas,
Las auras van cargadas
De perfumes de azahar y madreselva,
Y remeda un fantástico gemido
El trémulo chasquido
De los pinos jigantes de la selva.

—

Tiene de su celaje en los fulgores,
En sus extrañas flores,
La gracia sensual del Mediodía,
Y en sus grandes florestas, salpicadas
De arroyos y cascadas,
Del Norte la tenaz melancolía.

—

El aloes sus hojas africanas
Opone á las lianas
Que le ciñen de blancas campanillas,
Y los bíblicos nardos sus corolas
Al rumor de las olas
Despliegan de la ría en las orillas.

—

De la luna á los pálidos fulgores,
Los dulces ruiseñores
Recelando la luz de la mañana
Lanzan sus trinos, sus canoras notas,

Que mece el aire rotas
Como un hilo de perlas se desgrana.

—

¡Qué es dejar con el alba el lecho blando,
Y, la costa orillando,
Ver cuajarse la mar de blancas velas,
Que á la pesca al salir de la sardina,
Como el ave marina
Van trazando en el agua sus estelas!

—

¡Qué grato cuando en calma religiosa
La tarde misteriosa
Espira entre celajes del Poniente,
Ascender por veredas escondidas
Al altar de druídas
Que á despecho del tiempo alza la frente!

—

Aquí el sombrío augur habrá cortado
El muérdago sagrado,
Y, ceñidas las sienes de verbena,
La galáica virgen como un hada
Cruzó por la enramada
A la nocturna claridad serena.

—

Mi deseo á la playa me encamina,
Y sobre arena fina
Huella mi pié mil conchas caprichosas,
Y viendo como muere sesgo y manso
El mar en un remanso,
Me complazco en cojer las más hermosas.

—

O bien en tardes de huracán y bruma
Reventando en espuma
Oigo la voz de los abismos grave,
Viendo de la tormenta que la azota
Huir á la gaviota
A posarse graznando en una nave.

—

Veo, desnudos los robustos brazos,
Entre redes y lazos
Cojer al simple pez los marineros,
Y con gritos de júbilo, arrancados
De los centros salados,
Amontonar los pobres prisioneros.

—

Del pescador el inocente hijuelo,
Revuelto el rubio pelo
Con rostro que tostó brisa marina,
Trémulo de ansiedad, con faz risueña
Parece allí en la peña
Una estátua de bronce florentina.

—

Con leve planta y vivo movimiento,
Suelta la trenza al viento,
Cruzan por los extensos arenales
Las hijas de la costa, en cuyas venas
De griega sangre llenas,
Una savia febril corre á raudales.

. . . . . .

Yo las he visto, con sus grandes ojos,
Con sus pañuelos rojos
Que se anudan atrás á la cintura,
Mirando al mar, absortas en un sueño,
Y hallé que en su diseño
Es la Venus de Milo menos pura.

—

¿Y quién sabe si en épocas remotas,
Cuando las griegas flotas
Vinieron á abordar á estos lugares,
El modelo que fué de Praxiteles
No huyó de sus cinceles
Y alzo aquí sus domésticos altares?

—

¿Y por qué nó? De su inmortal belleza
Aquí Naturaleza
Revela los misterios seductores,

Y una corriente universal de vida
Parece difundida
En el mar, en las selvas, en las flores.

—

Se percibe el secreto movimiento
Del gran renacimiento
Que está incesante renovando al mundo,
Y activo aún en la nocturna calma,
Habla el paisaje al alma
Con verbo elocuentísimo y profundo.

—

Si en la arena abrasada del desierto
Como en el polo yerto
Dios anima la nieve y las llanuras,
¡Cuánto en el deleitoso panorama
Le siente el que le ama
De los mares, los montes y espesuras!

—

Tanto diverso cuadro que me encanta
El himno son que canta
A su gloria la tierra, el mar, el cielo,
Y surge, al espectáculo imponente,
Más hondo y más ardiente
De comprenderle el infinito anhelo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Á LAS NUBES.

—

¡Cuán bellas sois las que sin fin vagando
En la espaciosa altura,
Inmensas nubes, pabellón formando
Al aire suspendido,
Inundáis de tristura
Y de placer á un tiempo mi sentido!

¡Cuán bellas sois bajo el azul brillante
Las zonas recorriendo,
Ya desmayando leves un instante
Entre la luz perdidas,
Ya el sol oscureciendo
Y con su llama ardiente enrojecidas!
Y ya brilláis como la blanca espuma
En las olas del viento,
Y ya fugaces como leve pluma,
Y de sombras ceñidas,
Cruzáis el firmamento
Las pardas frentes de vapor henchidas.
¡Cuán dulce brilla en su mortal desmayo
Rompido en vuestro seno
Del sol ardiente el amarillo rayo!
¡Y cuán dulce y templado
El resplandor sereno
Del astro de la noche sosegado!
Y cuánto ¡oh nubes vuestro errante giro
Place á mi fantasía!
Triste y callada y solitaria os miro
Flotar allá en el viento,
Y por celeste vía
Melancólico vaga el pensamiento.
Y yo os adoro si con tibio anhelo
Adormís las centellas
Del vivo sol en el tendido cielo;
Si en delicioso manto
Veláis de las estrellas
Y la pálida luna el triste encanto.
¡Oh, yo os adoro del espacio inmenso
Deleidades vagarosas,
No cuando hirvientes desde el seno denso
En ronco torbellino
Arrojáis espantosas
Vívidas llamas del furor divino!
¡Ay! qué medrosa entonces se ahuyentara
La inspiración sublime;

Ni medrosa la cítara ensalzara
Del cielo la belleza,
Cuando mi sien oprime
Nubloso manto de mortal tristeza.
Muda contemplo de vapor cercada
La turba misteriosa
Que en pos del huracán revuela osada:
Así errante la vida
Se arrastra lastimosa
A la senda fatal do el mal se anida.
Allá en la inmensidad os mueven guerra
Furiosos aquilones:
Así de desventuras en la tierra
Nos cerca turba insana;
Así de las pasiones
Es juguete infeliz la vida humana.
Ella varia también la faz ostenta,
Y brilla y se oscurece,
Y cual vosotras rápida se ahuyenta,
Y es nube que exhalada
El aire desvanece
En la corriente de la triste nada.
Mas ¡ay! vosotras revagad en tanto
Que la cítara mía
Os puede consagrar su débil canto.
Del sol al rayo bello
Tended el ala umbría,
Y apacible volvedme su destello.
Y dadme inspiración; yo mis cantares
Daré á vuestra hermosura.
Las que sorbéis el agua de los mares,
Vagad tranquilamente
Con nevada blancura
En la encendida cumbre del Oriente.

C. Coronado.

EL AGUA Y EL CIENO.

EL AGUA.

Broto espumante, corro serena,
Dejo á mi paso músicas suaves
Y me dá el bosque su sombra amena,
Donde hallo flores, céfiros y aves.
Luego entre riscos me quiebro y salto,
Matiza el iris mi tul de bruma,
Y al sepultarme desde el más alto
Inundo el valle de blanca espuma.
Si me fatigo veloz corriendo
Y aspiro á un dulce reposo vago,
Paro mi curso, lenta me extiendo,
Y el cielo copio formando un lago.
Jóvenes bellas y virginales
En mí refrescan su blanco seno,
Sin que recojan en mis raudales
Flotante lama ni oculto cieno.
Después me duermo tan transparente
Sobre mi lecho tranquilo y hondo,
Que el que se inclina sobre mi frente
La última arena cuenta del fondo.
Á mí tan pura cual la inocencia,
¿Quién jamás turbia podrá ponerme?

EL CIENO.

Para quitarte la transparencia
Me basta sólo con removerme.

BELMONTE.

LA NOCHE-BUENA.

Madre del alma, cese tu pena,
Calma tu angustia, por Dios no llores,
Que ya bendicen la Noche-Buena
Los reyes magos y los pastores.
Bordan los valles blancos corderos,
Hay regocijos en las cabañas,
Y los tomillos y los romeros
Llenan de aromas nuestras montañas.
Nos dá la noche calma infinita;
Y hacen más dulce nuestra ventura,
Mi limpia mesa, tu fé bendita,
Nuestros recuerdos y tu ternura.
Acompañando tus devociones
Contigo, á solas, feliz me quedo,
El aire azota los torreones
Y la lechuza silba de miedo.
Sueñan lejanos dulces cantares;
Voces muy tristes, vaga armonía,
Esta es la noche de los hogares,
Y el alma siente melancolía.
Déjame, madre, que te recuerde,
Al són medroso del ronco viento,
Mi edén de niño, la alfombra verde
Con que imitabas el *Nacimiento*;
La pastorcilla de gracias llena
Que en frágil barro nos la fingían,
Los vidrios rotos sobre la arena
Que á un arroyuelo se parecían;
Del hogar, bosque, valle galano,
Fruta fingida, monte divino,
Huerto bendito donde tu mano
Á los pastores abrió camino;
El fiel rebaño que se apacienta,

El hondo cauce de la cañada,
La choza humilde, la blanca venta
Donde la Virgen buscó posada;
La abierta roca del monte oscuro,
La azul corriente del manso río,
La anciana pita formando un muro
En los vallados del caserío;
La sombra opaca de la arboleda,
Los frescos juncos sobre los lagos;
Allá trotando por la vereda
En sus corceles los reyes magos;
Y por las cuestas de las montañas,
Rubias pastoras, de talle erguido,
Frutas y mieles de sus cabañas
Llevando al Niño recién nacido.
Horas felices del alma mía,
Breves, tranquilas y seductoras,
¡Madre del alma, cuánto daría
Por un instante de aquellas horas!
Huye del niño la edad serena,
Jamás tornaron tiempos mejores,
Y sólo vuelve la Noche-Buena
Con sus veladas y sus pastores!
Noche sublime, yo te bendigo,
Cuando otros años toques mi puerta,
Haz que mi madre viva conmigo,
Haz que mi casa no esté desierta!

GRILO.

EL CONDOR.

En la empinada roca
Que los valles domina
Y con su frente hasta las nubes toca,

Hé allí el águila andina,
El soberbio condor, rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en lumbre
Del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello
Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vívido destello
Penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase á escalar el firmamento,
Devora espacio, y á través del viento
Lleva flotante la rizada pluma.
Atrás deja la nube,
Donde el rayo se forja y brama el trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
Ni el aire enrarecido ni la llama
Del astro abrasador—candente hoguera
Que los mundos inflama—
Parar pueden un punto su carrera.
Nada ataja este ardor, esta osadía:
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y luz é inmensidad le brinda el cielo,
Y hacia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extensión figura
Que humano sér á distinguir no alcanza:
No más pronto del mar por lontananza
Alíjero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambición la intrepidez corona:
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del dia,
Y debajo los mares luchadores
Y por doquiera la región vacía.

En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y á sus piés la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
Y á la gloria inmortal se abre camino.

VICENTE CORONADO.

XXI.

EPÍSTOLAS.

Á FABIO.

Fabio, las esperanzas cortesanas,
Prisiones son, do el ambicioso muere
Y donde al más activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caído:
Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasión terrible é importuna

De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astréa fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó en qué confía?
Ven, y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea cuyo clima
Te será más humano y más sereno;
Adonde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima.
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro
O cuando su pavón nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y claro,
Como en la oscura noche del Ejeo
Busca el piloto el eminente faro.
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: *lo que desprecio he conseguido:*
Que la opinión vulgar es devaneo.
Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquél que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios,
Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios,
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!
Las enseñas gracianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡oh, ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?
Como los ríos, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¡O que tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero,
Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se le entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfía

En nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien asi lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre solo es dada
Sacra razón y pura me despierta
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fría región, dura y desierta,
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasara entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
De pecar: la virtud es más barata;
Ella consigo mesma ruega á todos.
¡Pobre de aquél que corre y se dilata
Por cuanto son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe

Naturaleza al parco y al discreto,
O algún manjar común, honesto y leve.
No porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio;
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta al que empieza á aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseña á ser modesto:
Despues le será el cielo más propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que áun el vicioso
En sí propio le nota de modesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duración de todo á su talento.
Flor la vimos primero, hermosa y pura;
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruído
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir del roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó como si fuera vil gaveta,
Del cristal trasparente y luminoso.
¿Sin la templanza viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,
Como sueles venir en la saeta;
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor: que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confío;
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brío.
¡Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la orguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas;
Y la ambición se ríe de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé, rompí los lazos,
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

FRANCISCO DE RIOJA.

Á. D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE,

Con motivo de su libro GRITOS DEL COMBATE.

¿Quién mintió que la noble,
Sagrada Musa de mi patria, aquella
Que con laurel y roble
Perpétuos coronó la sien divina;
La que orgullosa renovó en Lepanto
El himno triunfador de Salamina;
La que aún más orgullosa, alzó su canto
De Trafalgar en los funestos mares,
Diciendo el alto honor de los vencidos;
La que osó el dos de Mayo
Por gritos de venganza los gemidos,
Y por glorias cambiar hados adversos;
Quien mintió que olvidaba en cruel desmayo
Su plectro de oro y sus antiguos versos?

—

Callaba cuando impura
Rasgaba la bacante en nuestra escena
Los pliegues de su ténue vestidura,
Del vulgo infame entre la risa obscena;
Callaba cuando el labio
De oscuros vates pronunciar solía
La ruín lisonja ó el cobarde agravio,
La mofa torpe ó la blasfemia impía;
Callaba cuando, en medio
De la común desolación, tronaban
Las báquicas estrofas de la orgía;
Callaba cuando el tedio
Falso, ó el falso amor ¡ay! arrancaban
A la materna lira,
No el triste verso ó la cancion sonora,
No el rugir de la guerra bramadora,

Sino el eco fugaz de la mentira;
Callaba...mas no ha muerto,
¡Que ella las puertas sobre el férreo gonce
Dobló, cerrando el templo antes abierto,
Y de pié en el dintel guarda con ira
Mudo en las manos su clarín de bronce!

—

Ella, la Musa egregia
De nuestros siglos de oro, que en las cimas
Del Helicón naciera, y en la regia
Pompa educóse de la eterna Roma,
Te dió el secreto de las doctas rimas
Y el decoro inmortal del patrio idioma.
Mas no con la radiante
Luz de la gloria en los ardientes ojos,
Me aparece en tus versos, ni la fibra
Hiere en mi de la saña y los enojos
Cuando las cuerdas con tu plectro vibra,
Ni, en el aire extendiendo el áureo cetro,
Los rumorosos vientos y los mares
Sojuzga al són del cadencioso metro.
¡Cuál plañe en tus cantares!
¡Cómo la frente mustia
Dobla en silencio sobre el casto seno,
Y el rostro, antes sereno,
Reprime mal su abrumadora angustia!

—

Yo sollozo leyéndote, y oculto
Mi rostro entre ambas manos, pienso en duda
Si es lo que siento, en mi vergüenza muda,
Flaca abyección ó rabia ante el insulto.
Como el acero que deslumbra y mata,
Tu verso hiere y brilla:
Poeta, me arrebata
Tu estrofa; y, ciudanano, me mancilla.
Y á tan confusa turbación me obligo,
Que, cuando el vuelo raudo
De tu indignada inspiración yo sigo,

La ira sublime entusiasmado aplaudo;
Mientras me duelo de que en bronce esculpas
Con un buril de fuego nuestros males,
Y hagas eterno, en versos inmortales,
El infame baldón de nuestras culpas.

—

¿Por qué tu canto, émulo
Del de los viejos vates,
Suena febril y trémulo,
Y el rostro anublas y la frente abates?
¿Por qué cuando las nombras,
Pasan por él como angustiadas sombras
La fe, rasgando su piadosa venda,
Ebria la Libertad y envilecida,
Y, con sangrienta herida,
Muerta la Patria en la civil contienda?
¿No será que tu espíritu conturba
El que atruena el espacio
Grito feroz de la mudable turba,
Ó que abandonas, lacio,
La lanza el día en que el combate estalla,
Arrojando en los campos de batalla
El escudo de Horacio?

—

¿Quién sabe?... Yo en el puerto,
Desde la húmeda playa,
Miré á lo lejos la argentada raya
Que el buque deja tras el surco abierto;
Mas no seguí tu estela,
Ni osé cortar del muelle el rudo cable
Para fiar mi vela
Al viento loco y á la mar instable.
¿Cómo hablar de tormentas no sufridas?
¡Dejad que de ellas hable
El nauta audaz, cuya tostada frente
Quemó el sol de otras zonas no sabidas
En busca de ignorado continente;
Que á la borrasca negra

Venció en jigante lucha en mar remoto,
Y al puerto vuelve, que su vista alegra,
Desecho el casco y el velamen roto.

—

¿Quién sabe?... Es el poeta
Fiel sacerdote que custodia oculto
Del viejo dogma el profanado culto,
O es del lejano porvenir profeta.
Es nube en la que arde,
O el primer rayo de la nueva aurora,
O el último destello de la tarde;
Y de su lira en la vibrante cuerda
La canción ansía ó llora,
Vaticina ó recuerda.

—

Cuando la lucha arrecia
Entre los pueblos de Ática, levanta
Su voz Homero y las hazañas canta
De la pasada Grecia;
Cuando en locas orgías
Judá los dioses de metal adora,
Retumba en los espacios vengadora
La voz de Jeremías;
En poema ó idilio,
Recuerda á Roma, meretriz ó esclava,
Su excelso origen, ó del campo alaba
La dulce y santa libertad, Virgilio;
A los tiranos de su pueblo Dante
Condena en el infierno á eternos duelos;
Y á su patria angustiada, agonizante,
Milton abrió las puertas de los cielos.

—

No arroje, pues, tu mano
Flaca el acero y con injusto mote
Llames á la virtud un nombre vano,
Condenando tu patria al duro azote
Del vulgo necio ó del audaz tirano.
Cuando tu lira vibres,

Haz que en las almas libres
La fe, el amor ó el entusiasmo brote;
Marca su ruta al caminante incierto;
Muestra el redil á las dispersas greyes;
Sé como fué la nube del desierto;
Sé como fué la estrella de los Reyes.
¡Poeta! tú, que labras
Hondo surco en las ánimas sencillas,
Y arrojas á los vientos tus palabras,
Cual fecundas semillas;
Que no pasen cual ráfagas de estío
Por los espacios tersos,
Sino cual fresco y matinal rocío
De los cielos tus versos.
Y sé como el arbusto que levanta
Su tallo entre las charcas cenagosas,
Y el lodo vil, en que fijó la planta,
Trueca en capullos y en fragantes rosas.

V. W. QUEROL.

POESÍA DRAMÁTICA.

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

(COMEDIA.)

ACTO PRIMERO.

ESCENA SEGUNDA.

El Rey, D. Mendo y el *Conde de Orgaz.*

MENDO. Pedí con satisfacción
La banda, y no la pidiera,
Si primero no me hiciera
Yo propio mi información.
REY. La información como está,
Que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efecto
De don Mendo, hízose ya?
CONDE. Si, señor.
REY. Cómo ha salido?
La verdad, que resultó?
CONDE. Que es tan bueno como yo.
REY. Siendo así, dichoso ha sido:

Qué hay de nuevo?

CONDE. En Algecira
Temiendo están vuestra espada:
Contra vos el de Granada
Toda el Africa conspira.

REY. Hay dineros?

CONDE. Reducidos:
En este veréis, señor,
El donativo mayor
Con que el reino os ha servido.

REY. Quiero ver, Conde de Orgaz,
A quién debo hacer merced
Por sus servicios: leed.

CONDE. Lo que ofrecen los vasallos
Para la empresa á que aspira
Vuestra alteza de Algecira
En gente, plata y caballos:
«Don Gil de Albornoz dará
Dos mil hombres sustentados;
El de Orgaz dos mil soldados;
El de Astorga llevará
Cuatro mil; y las ciudades
Pagarán diez y seis mil.
Con su gente hasta el Genil
Irán las tres hermandades
De Castilla; el de Aguilar
Con mil caballos lijeros,
Mil ducados en dineros:
García del Castañar
Dará para la jornada
Cien quintales de cecina,
Dos mil fanegas de harina
Y cuatro mil de cebada,
Catorce cubas de vino,
Tres hatos de sus ganados,
Cien infantes alistados,
Cien quintales de tocino:
Y doy esta poquedad

Porque el año ha sido corto:
Mas ofrézcoles que importo
También á su majestad
Un rústico corazón
De un hombre de buena ley,
Que aunque no conoce al Rey,
Conoce su obligación.»

REY. Grande lealtad y riqueza!

MENDO. Castañar, humilde nombre.

REY. Dónde reside ese hombre?

CONDE. Oiga quién es, vuestra alteza.
Cinco leguas de Toledo
Al pié de una sierra fría,
Hay una dehesa, donde
Este labrador habita,
Que llaman el Castañar,
Y dá su nombre á García.

. . . . . .

Es un hombre bien dispuesto
Que continuo se ejercita
En la caza, y tan valiente,
Que vence un toro en la lidia.
Jamás os ha visto el rostro,
Y huye de vos, porque afirma,
Que es sol el Rey, y no tiene
Para tantos rayos vista.
García del Castañar
Es este, y os certifica
Mi fe, que si le lleváis
A la guerra de Algeciras,
Que lleváis á vuestro lado
Una prudencia que os rija,
Una verdad sin embozo,
Una agudeza advertida,
Un rico sin ambición,
Un parecer sin porfía,
Un valiente con discurso,
Y un labrador sin malicia.

REY. Notable hombre!
CONDE. Os prometo,
Que en él las prendas se incluyen,
Que en palacio constituyen
Un caballero perfecto.
REY. No me ha visto?
CONDE. Eternamente.
REY. Pues yo le tengo que ver;
De él experiencia he de hacer:
Yo y don Mendo solamente
Y otros dos hemos de ir,
Pues es el camino breve:
La cetrería se lleve
Por que podamos fingir
Que vamos á caza, que hoy
De esta suerte le he de hablar,
Y en llegando al Castañar
Ninguno dirá quien soy:
Qué os parece?
CONDE. La agudeza
A la ocasión corresponde.
REY. Prevenid caballos, Conde.
CONDE. Obedezco á vuestra alteza.

. . . . . .

FRANCISCO DE ROJAS.

GUZMAN EL BUENO.

(DRAMA.)

ACTO TERCERO.

ESCENA NOVENA.

Guzmán.—D. Pedro.

GUZMÁN. Acércate. Por qué lejos
Así de tu padre estás?
Huyes, cuando á partir vas,
Mis abrazos, mis consejos?
PEDRO. Señor...
GUZMÁN. Ven... dame la mano...
Vive Dios, temblar la siento!...
Qué se hizo aquel ardimiento
Que ostentabas tan ufano?
Es miedo? Es vergüenza? Dí.
Ah! mi pecho en furor arde!
Estoy mirando á un cobarde,
Ó á un hijo digno de mí?
PEDRO. Cobarde!... Si otro, señor,
Esa pregunta me hiciera,
De existir dejado hubiera.
GUZMÁN. Pues bien, si tienes valor,
Si hay en tu pecho virtud,
Por qué temblar y turbarte?
Pero comprendo... arredrarte
No puede la esclavitud...
Fué tu flaqueza ficción:
De tu madre viste el llanto,
Y ahorrarle mayor quebranto
Quisiste á su corazón.

PEDRO. No, no .. yo soy criminal,
Y mi lengua os lo confiesa:
De no partir la promesa
Hizo aquí mi amor filial.
Una madre lo exijía:
Quién á una madre resiste?
Lloró, suplicó, y ¡ay triste!
Conmigo morir quería.
Dadme un contrario, señor,
Que á mi altiva audacia cuadre;
Mas combatir á una madre!
Ah! no tengo ese valor.

GUZMÁN. Y dime: si ese contrario
A tu vista se ofreciera,
Si morir lidiando fuera
Por la patria necesario;
Y entonces, para guardar
Una vida que infamara,
Esa madre te mandara
La noble lid evitar:
A sus ruegos, á su llanto
Cedieras con vil flaqueza?
Cegárate su terneza
Hasta aceptar baldon tanto?

PEDRO. Ah!

GUZMÁN. No lo aceptaras, no.
Callas... te asusta esa mengua...
Mucho mejor que tu lengua,
Tu silencio respondió.

PEDRO. Conque es preciso cien dagas
Clavar en su corazón?

GUZMÁN. Cumplir con tu obligación,
Eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero:
Oídos un caballero
Para otra cosa no tiene.
Piensas tú que es este pecho

Sordo de natura al grito?
También sollozo y palpito
En triste llanto deshecho:
También padezco al mirar
De una esposa á quien adoro,
El justo dolor y el lloro
Que no me es dado secar.
Tú, al menos, te marcharás;
Y en el árido desierto,
Ora estés esclavo ó muerto,
Su pena ya no verás;
Mas yo la tendré á mi lado,
Oiré su queja incesante,
Y de impío á cada instante
Seré por ella acusado;
Y para doble dolor,
Deberé en mi afán prolijo
Sufrir la falta de un hijo
Y de una madre el furor.

PEDRO. Ah! perdonad mi flaqueza:
Me avergüenzo de mí mismo...
Mas para tanto heroísmo
¿Dónde encontráis fortaleza?

GUZMÁN. Qué, sólo el valor se muestra
Por ventura en la batalla?
Ese facilmente se halla,
Pero hay más ruda palestra:
Palestra, sí, donde son
Inútiles peto y lanza;
Que en ella á lidiar se lanza
Sin defensa el corazón.

. . . . . .

PEDRO. Basta... no vacilo... Adios,
Padre: do el honor lo exije
Vuestro hijo se dirije,
Y digno será de vos.
Sólo os pido al ausentarme
En este instante fatal,

Un favor inmenso.

GUZMÁN. Cuál?
Dí.

PEDRO. Que os dignéis perdonarme,
Y me abracéis.

GUZMÁN. Hijo, sí,
Ven sobre este pecho, ven;
Hijo, mi prenda, mi bien,
Abraza á tu padre... así.

PEDRO. Ah! siento en el corazón
Un consuelo celestial.

GUZMÁN. El ósculo paternal
Recibe, y mi bendición.
Recibe también el llanto
Que de mis ojos te envío...
Perdonádmelo, Dios mio...
Soy padre... y le quiero tanto!

PEDRO. Dios!... qué veo? Lloráis?... Vos!
Vos! Guzmán!

GUZMÁN. Nadie nos ve?
No... nadie... Llorar podré,
Que estamos solos los dos.

PEDRO. Oh dulce llanto! Oh placer!
Mil veces feliz instante!

GUZMÁN. De esos crueles distante,
Pueda este llanto correr:
Deja, sin que á nadie asombre,
Ni mi dolor nadie vea,
Que padre un momento sea:
Después volveré á ser hombre.

. . . . . .

GIL DE ZÁRATE.

ISABEL LA CATÓLICA.

(DRAMA.)

JORNADA CUARTA.

ESCENA SÉPTIMA.

La Reina.—Colón.

REINA. (Buen talante... en su favor
Habla esa frente elevada...
Y hay en su limpia mirada
Inteligencia, valor.)
¿Eres tú la maravilla
A quien Gonzalo encarece?
¿El hombre tenaz que ofrece
Un nuevo mundo á Castilla?
¿El que ha sido origen y es
De tanta opuesta opinión...

COLÓN. Yo soy Cristóbal Colón
Que humilde os beso los piés.

REINA. Con grande interés te admito
En esta audiencia...

COLÓN. Señora,
El favor que alcanzo ahora,
Años há que solicito.
Sólo Dios puede apreciar
Cuanto sufrí.., mas sin duda
Hoy mi destino se muda,
Pues logro hasta vos llegar.

REINA. Levanta, Colón, del suelo,
Porque estar en él no debe
Quien á dirigir se atreve
A nuevos mundos su vuelo.

COLÓN. Señora... si habláis así...
Si participáis también
Del irónico desdén
Que en tantos labios oí;
Si pensais que de Colón
Enfermo el cerebro está...
¡Oh Reina! en vano será
Que canse vuestra atención.
REINA. Colón... me sorprende mucho
Esa advertencia, y á fe
En qué la fundáis no sé,
Pues que te llamo y escucho.
COLÓN. Perdonad mi extraño porte;
Con él no os quise faltar,
Como educado en la mar
Entiendo poco de corte.
¡Tantos son los que halagaron
Mi esperanza tal cual es...
Y ¡tantos los que después
De ella impíos se burlaron!
Que pienso que burlas son
Las lisonjas que á mi oído...
REINA. Veo que me has confundido
Con la vulgar opinión.
COLÓN. ¡No os ofendieron mis labios...
REINA. Mas tú pensamiento inquieto,
Me juzga... está bien; respeto
Hasta el desaire en los sabios.
COLÓN. Señora!
REINA. Pero verás
Después de hablarme y oirme,
Que vas errado al medirme
Con tan mezquino compás.
Sé muy bien, por mi fortuna,
Que es más sublime en su esencia
La majestad de la ciencia,
Que la alteza de la cuna.
¿Entiendes bien lo que digo?

¿Conócesme ya mejor?
Háblame, pues, sin temor
De burlas, Colón amigo.
No como á una Reina ya;
Sino como á una mujer
Que reverencia el saber
Adonde quiera que está.

COLÓN. Oh!... que ese rasgo os levanta
Al cielo! tenéis razón...
Vuestras palabras no son
De reina, son de una Santa!
¡Qué venturoso me hacéis
Mi humildad honrando así...
Os lo diré todo... sí!
Y vos me comprenderéis.
Vos, ¡oh Reina bienhechora!
Me comprenderéis bastante....
¡Oh, sí... porque vais delante
De nuestro siglo, señora!
Mas de vuestra huella en pos,
Colón os sigue el primero...

REINA. Bien, Colón, así te quiero...
Habla en el nombre de Dios.

COLÓN. Pues que henchís de aliento ahora
Mi esperanza, á vuestra alteza
A hablar voy con la franqueza
Que exijís de mí, señora.
Es de menor importancia
El mal que causa á mi ver
La ignorancia del saber,
Que el saber de la ignorancia.
Oye el que ignora y aprende,
Pero con rebelde labio,
El que presume de sabio,
Rechaza lo que no entiende.
En su orgullo, su opinión
Es la buena: si él no ve,
No hay nada, porque la fe

No mora en su corazón.
Por eso á mí, poco á poco,
Como no me han entendido,
Su modestia ha concluído
Por declarar que estoy loco.
Loco ya... ¿quién hace caso
Del capricho de un demente?...
Es claro... así facilmente
Los cuerdos salen del paso.
Mas ¿por qué exijir al mundo
Mayor justicia? ¿Qué idea,
Siendo nueva, hay quien la crea?
¿Qué pensamiento profundo
No tuvo trabas mezquinas?
¿Qué verdad no ha sido error?
¡El mundo dió al Redentor
Una corona de espinas!
En su vanidad pretenden...
Pero molestándoos voy...

REINA. No!... Colón, habla; yo soy
De las que escuchan y aprenden.

COLÓN. ¡Bien haya, señora mía,
Ese bondadoso anhelo
Con que os ha dotado el cielo!
En su vanidad, decía,
Los hombres no creen el bien,
Ni lo aceptan sus antojos,
Hasta que con manos y ojos
La verdad palpan y ven...
No saben mas que negar...
Y ¡todo me lo han negado!
Señora... á mí! que he llegado
A encanecer en la mar.
Que mientras en fiera guerra
Los elementos chocaban,
Mis cálculos abarcaban
Cielos y mares y tierra...
A mí que estudié y medí,

Y al cabo la forma hallé
De la tierra y empecé
Mi plan y lo concluí...
Ellos!... que en nada meditan...
Ellos... que entre sombras moran...
¡Que hasta las leyes ignoran
Del planeta en que se agitan!...
Mas ¿qué importa su desdén
Y ultrajes?.. ¡nada por Dios!
Al fin os encuentro á vos
Que sois el genio del bien!
Perdonad si mi relato
Por largo os llega á cansar...
Es fuerza... os debo probar
Que no soy un insensato,
Lo manda así mi destino,
Y cumplo con él... ahora
¿Queréis que os hable, señora,
De mi plan como marino?
Pues sea con brevedad,
Y basta ya de protestas:
Mis cartas de mar son estas;
Este es el globo—mirad:
Asia... Europa... ¿las veis?

REINA. Sí.

COLÓN. Este es el suelo africano:
Contemplad del Oceano
La inmensa extensión aquí.
Dicen que esto solo encierra
El globo, y dan bien contados
Trescientos sesenta grados
Al ámbito de la tierra.
Pero resulta medido,
Según las leyes del arte,
Sobre una tercera parte
De mundo desconocido.
Mis cálculos la avaloran
En grande riqueza y gente,

Y esta parte, está al Oriente
Cuyos límites se ignoran.
Ved esta línea què cierra
A Oriente y Poniente juntos,
Y hallaréis por estos puntos
La redondez de la tierra.
Porque es redonda y cabal,
Seguro!... si no lo fuera,
Turbaría de la esfera
El concierto universal.
Pues bien: siendo así, veamos
Si de hallar la tierra hay traza...
Cuanto mi compás abraza
Es la tierra que buscamos.
Aquí está... aquí mi señal
La tiene ha tiempo marcada...
Vedla, señora... cortada
Por la línea equinoccial.
Tanto seextiende hacia el Sud,
Que baja hasta los cincuenta
Y dos grados, por mi cuenta:
Y en punto á su latitud
Norte, marcar puede sólo
Dios la que le corresponde...
Tan alta vá que se esconde
Entre los hielos del polo.
Fijada ya... sólo quiero
Que los rumbos observéis:
Aquí en mi carta tenéis
Señalado el derrotero.
Navegando al Occidente,
De Atlante cruzando el mar,
Yo me propongo encontrar
los límites del Oriente.

REINA. ¡Cruzar el grande Oceano!
Y eso ¿podrá ser, Colón?

COLÓN. Para la fe y la razón
Cualquiera camino es llano.

Con ellas ¿qué os maravilla?
¿Qué glorias no habéis logrado?
Con ellas habéis lanzado
A los moros de Castilla.
Pues con ellas, no me ofusco,
Cruzaré ese inmenso mar,
Y en su confín he de hallar
La pingüe tierra que busco.
Azares tendrá sin duda
Tan dilatado camino...
Mas Dios le dará al marino
En las borrascas su ayuda.
Dios, señora, en el misterio
De su poder, salvará
Mi nave, y la llevará
Del uno al otro hemisferio.
Allá una vez... sobran modos
De alcanzar justo renombre:
Allá una vez, no os asombre,
Habrá gloria para todos...
Para todos!... sí, señora;
Pues doquiera que arribemos,
De Cristo proclamaremos
La doctrina salvadora.

REINA. Oh!... basta... basta, Colón!
Tus cálculos, aunque quiero,
No puedo seguir, no... pero
Me llenas de admiración.
No alcanza mi ceguedad
Nada en estudios tan graves...
Pero comprendo que sabes
Y que dices la verdad.
Si!... yo en tus palabras creo,
Ricas de fe, de elocuencia,
Y también en la existencia
De ese mundo, porque veo
Que en tu frente el genio brilla...
Pero ¡ay Colón!... ¡ay de mí!

¿Qué me es dado hacer por tí?
¡Está tan pobre Castilla!
¿Cuánto necesitarás
En tu empresa por ahora?

COLÓN. Un cuento á lo más, señora,
De maravedís.

REINA. No más?
Calla!... no más?.. ¡me consuelas!
Y... ¿podras ir?...

COLÓN. Y volver:
Con él os puedo poner
Sobre el mar tres carabelas.
Me basta...

REINA. Pues bien... Colón...
Está exhausto mi tesoro...
Mas de mis joyas el oro
Monta doble... ¡tuyas son!

. . . . . .

ESCENA ÚLTIMA.

La Reina, El Rey, Doña Beatríz de Bobadilla, Gonzalo, Colón y todo el acompañamiento.

GONZ. ¡Oh Reyes
De Aragón y Castilla! Como bueno
El mandato imperial de vuestras leyes
Cumplo, de honor y de ventura lleno.
De vuestra voluntad bajo el amparo,
Mi diestra ha conducido reverente
Hasta el trono español al varón claro,
Al héroe de los mares de Occidente:
Al que de Alcides para siempre ha roto
La estrecha valla, y con saber profundo,
Valiente arroja desde el mar remoto
A la Corona de Castilla un mundo.

Mi seno ante su gloria conmovido,
Alborozado obedeció el mandato:
Hora vénia le dad, y que cumplido
De su viaje inmortal haga el relato.

REINA. ¡Habla, Colón!... y que la corte mía
El triunfo admire que alcanzó tu mente:
¡Habla, Colón!... que en tan supremo día
Está mi reino de tu voz pendiente:
¡Escuche la Española Monarquía
Cuánto debe al espíritu ferviente
Del que supo vencer con su ardimiento
Del mar las iras y el furor del viento!

COLÓN. Monarcas españoles... soberanos
Del India Occidental... genios augustos!
Ricas hembras, de encantos sobrehumanos!
Varones de blasón; prelados justos!
Dignidades; sufridos castellanos;
Hijos del Ebro y Llobregat robustos...
A cuantos oyen la palabra mía,
¡Salud el labio de Colón envía!
¡Oh!... No os admire si encontráis turbado
En tan solemnes horas, y en presencia
De tanta pompa, al navegante osado
Que arrostró de los mares la inclemencia;
Hijo del ronco mar, no acostumbrado
Al brillo y terrenal magnificencia,
Sereno á las borrascas me abandono...
Pero ¡me asombra el resplandor del trono!
Hubo un tiempo fatal en que el marino
Habló de sus incógnitas regiones,
Y fué de corte en corte peregrino
Brindando con riquezas y blasones.
¡Cuántos años de afán!... mas su destino,
A despecho de sabias opiniones,
Mostróle de Isabel la clara estrella,
Y al mar salió bajo el influjo de ella.
Oid... oid... los que la rara historia
Saber queréis de la primer jornada

Que, para honor del castellano, y gloria
De su Reina inmortal, dejo acabada;
Mis discursos harán desde hoy notoria
La prez de la sin par tierra ignorada...
Discursos que si halláis de gala ajenos,
Verdad os juro que tendrán al menos!
En el nombre de Dios... y confiados
En su amparo y ayuda soberana,
Asaltamos serenos los costados
De la *Pinta*, la *Niña* y *Capitana*.
La Niña... ¡gran bajel! Purificados
Con devota oración y fe cristiana,
De Palos á la vez cazando velas
Salieron á la mar mis carabelas.
Era la aurora... trémula, indecisa
Despuntaba su luz allá en las rocas
De la banda del Sud, y en faz sumisa
De sus brumas rasgó las blancas tocas
El Atlas colosal: fresca la brisa
A un largo nos llevó, y en horas pocas
Gimiendo oí bajo la quilla esclavas
Del Atlántico mar las ondas bravas.
¡Oh Dios!... Tú entonces comprendiste solo
Mi arrebatada, férvida alegría!
¡Por fin llegó de caminar de un polo
Al otro polo el suspirado día!
¡Libre por fin y sin baldón ni dolo
Del grande Océano la extensión corría...
Y respiré feliz, de gozo henchido,
Sólo en su augusta inmensidad perdido!
Y en ella quiso Dios probar mis naves
Y la fe de mis gentes no segura;
A la luz, á los céfiros süaves
Sucedió el huracán; la noche oscura
Peligros abortó y angustias graves:
Llenó sus almas de mortal pavura;
Y al són del oleaje turbulento
Tronó su voz y enrarecióse el viento.

Eran mis gentes por demás sencillas...
De la ciencia dudaron, y creyeron
Que por mares sin límites ni orillas
Navegaban... y al fin se resolvieron:
Tornar la prora hacia las dos Castillas
Más de una vez en su pavor quisieron...
Pero yo en el timón puesta la mano
Seguí mi rumbo por el grande Oceano.
Una noche que en pié sobre el castillo
Del alta popa con afán velaba,
Al lejano horizonte hirióme el brillo
De una luz que á una estrella semejaba;
Fijé en ella mis ojos... y ¡me humillo
Ante Dios!... era luz.... luz que vagaba...
Y... ¡tierra! gritó al punto la voz mia...
Y... ¡tierra vieron al romper el día!
¡Estaba allí la tierra... y habitada!
Cubierta de verdor, resplandeciente
Con sus galas de virgen, alumbrada
Por el sol de los Trópicos ardiente.
¡Oh de Castilla Reina venerada!
Allí vuestro pendón flotó al ambiente
Del Indiano archipiélago profundo,
Y allí la cruz del Redentor del mundo
Elevamos también. Reina y señora
De una tierra sois ya, cuyas montañas,
Que el Can abrasador activo dora,
Ocultan plata y oro en sus entrañas;
Aves pintadas hay de voz canora,
Y allí tenéis y tienen las Españas
A la orilla del mar para cojerlas,
En rocas de coral bancos de perlas.
A vos la rica, la sin par matrona
España debe tan feliz portento:
Por vos Colón á la abrasada zona
Llevó sus naves con seguro aliento:
Sin joyas se quedó vuestra corona...
Pero otras de más brillo y valimiento

Os traigo yo de la región extrema
Para adornar vuestra imperial diadema.
¡Oh, señora, aceptadlas... en albricias
Esto os pido no más! Esas riquezas
Del indiano confin son las primicias
Y pueden adornar regias cabezas.
Más merecéis... pero verá propicias
Colón galardonadas sus proezas,
Si acojéis el presente de sus manos.

REY. Saludad á la Reina, castellanos.

REINA. ¡Oh nó..., primero á Dios! Él ha velado
Por mi reino infeliz... En la pendiente
De un abismo sin fondo hallé el Estado:
Invoqué su favor... y de repente
A la pobre Castilla ha transformado
En un imperio rico, floreciente.
Él con su aliento la sacó del lodo...
¡A Dios... á Dios se lo debemos todo!
Él de sus templos me ofreció la plata
Y animó nuestro brazo y fe sencilla:
Él destruyó la muchedumbre ingrata
De los hijos de Agar... y en Colón brilla:
Por Él hoy nuestro imperio se dilata,
Y eterno el sol alumbrará á Castilla...
Nuevos mundos nos dá, ricas preseas.
¡Oh Supremo Señor! ¡bendito seas!

(Cae de rodillas.)

Desde esa tu mansión de eterna vida,
De ardiente gloria y de vapor cubierto,
La ofrenda ve de un alma agradecida
En estas dulces lágrimas que vierto.
¡Oh!... cuando llegue mi final partida
Y allá descanse en el sepulcro yerto,
Ten en mi patria ¡oh Dios! los ojos fijos...
¡Vela, Señor, por mis augustos hijos!

RODRIGUEZ RUBÍ.

FIN.

ÍNDICE

PÁGINAS

Advertencia del Editor 3

POESÍA LÍRICA.

I. Letrillas. 5
La Purificación.—*P. R. García* 5
La flor de la piña.—*Plácido*. 6
El Niño Jesús.—*Lope de Vega*. 8
II. Cantares.—*Miguel Gutiérrez* 9
III. Romances. 11
La campana de Huesca.—*R. Antiguos*. 11
Romance de cautivos.—*Anónimo*. 13
El Ultraje.—*Severo Catalina*. 15
Jicotencal.—*Plácido*. 19
A mi madre.—*G. G. de Avellaneda*. 22
Romance corto.—*Góngora*. 24
IV. Endechas. 26
Vivir es ser libre.—*Ruiz Aguilera*. 26
La muerte del pajarillo.—*A. Arnao*. 28
V. Epigramas y epitafios. 30
Epigramas.—*Alcázar, Iglesias, Hartzenbusch, Villergas, Baldovi, Aguilera, Sales Pérez*. 30
Epitafios.—*Lope de Vega*. 33
VI. Madrigales. 35
A unos ojos.—*Anónimo*. 35
A una rosa.—*Constantino Gil*. 35
VII. Sonetos. 36
Baltasar de Escobar, al pié de las poesías de Herrera. 36
A la victoria de Bailén.—*Andrés Bello*. 37
A Wellington.—*Duque de Frías*. 37
A una vid.—*Rioja*. 38

PÁGINAS

Súplica.—*López de Ayala*. 38
El cohete.—*S. Rueda*. 39
Los padres y los hijos.—*R. Campoamor*. . . . 40
Los hijos y los padres.—*R. Campoamor*. . . . 40
A Juan Vander (pintor).—*Lope de Vega*. 41
VIII. Baladas. 42
Aparición celeste.—*R. Aguilera*. 42
La ilusión.—*Luis Damián*. 43
La profesión.—*María Orberá*. 43
¡Chist!—*Selgas*. 44
Los desengaños del mundo.—*J. Ramírez*. . . . 46
La golondrina.—*R. Blasco*. 48
La vuelta del licenciado.—*Miguel Ruiz*. . . . 48
Visión.—*A. Arnao*. 50
En la muerte de un niño.—*V. W. Querol*. . . . 53
IX. Odas sagradas. 54
A la vida religiosa.—*Fr. Luis de León*. 54
La presencia de Dios.—*Meléndez Valdés*. . . . 58
Al nacimiento de Nuestro Señor.—*Lista*. . . . 60
Canto profético de David.—*G. G. de Avellaneda*. 61
Después de la lluvia.—*Antonia D. de Lamarque*. 63
Oración del profeta Jeremías.—*García Gutiérrez*. 64
Acto de amor.—*Satorres*. 66
La oración.—*R. Aguilera*. 67
La Soledad de la Virgen.—*Ortega Morejón*. . . 70
Meditación.—*G. García Tasara*. 75
X. Odas heróicas. 78
Al combate de Trafalgar.—*Quintana*. 78
Al mar Mediterráneo.—*B. López García*. . . . 84
A la Armada que Felipe II envió contra Inglaterra.—*Luis de Góngora*. 88
España en Africa.—*Aparisi y Guijarro*. 90
Niágara.—*José M. Heredia*. 95
Torre de Tavira.—*J. Romea*. 99
La bandera.—*Zea*. 102
XI. Odas morales y filosóficas. 104
La avaricia.—*Fr. Luis de León*. 104
La voz de la soledad.—*Eugenio de Ochoa*. . . . 105
A los progresos de la industria.—*Javier de Burgos*. 107
La nave.—*J. A. Calcaño*. 110
Firmeza de la virtud.—*Félix J. Reinoso*. 112
Gloria y orgullo.—*Zorrilla*. 114
En el monasterio de piedra.—*Núñez de Arce*. . . 118

Páginas

XII. Elegías. 119
A Selgas.—*Valentín Gómez.* 119
A la muerte del célebre poeta cubano D. José M. Heredia.—*G. G. Avellaneda.* 121
El Dos de Mayo.—*Juan Nicasio Gallego.* 123
XIII. Canciones. 127
A la arrebolera.—*Rioja.* 127
La rosa de invierno.—*Micaela de Silva.* 129
A una pasionaria.—*Zulema.* 131
XIV. Himnos. 133
Con motivo de la guerra de la independencia.—*J. B. de Arriaza.* 133
A la Inmaculada Concepción.—*Anónimo.* 135

POESÍA ÉPICA.

XV. Cuentos. 137
El azotado.—*Tirso de Molina.* 137
Cuento.—*B. de Alcázar.* 139
Caso raro.—*Salas.* 139
El niño bien criado.—*Calderón.* 140
Desagravio.—*Moreto.* 141
Por hablar culto.—*Calderón.* 141
Los ofrecimientos.—*B. de Andilla.* 142
Las dos grandezas.—*R. de Campoamor.* 143
El castillo de naipes.—*Joaquina Balmaseda.* . . . 145
Los dos vientos.—*María Orberá.* 146
El sauce y el ciprés.—*Selgas.* 149
Ambición.—*Rafael Blasco.* 150
Lo que son las mariposas.—*Selgas.* 151
XVI. Leyendas. 153
Un castellano leal.—*Duque de Rivas.* 153
XVII. Cantos épicos. 161
La hija de Jairo.—*Larmig.* 161
Querellas del vate ciego.—*Larmig.* 166
XVIII. Poema histórico. 169
La Cruz y la media luna.—*Zorrilla.* 169

POESÍA DIDÁCTICA.

XIX. Fábulas. 173
Mercurio y el estatuario.—*B. de Alcázar.* 173
El labrador y la Providencia.—*Samaniego.* 175
El asno cargado de reliquias.—*Samaniego.* 176

Páginas

La abeja y el cuclillo.—*Iriarte*. 177
La hormiga y la pulga.—*Iriarte*. 178
El ruiseñor, el canario y el buey —*Arriaza*. . . 179
La pera podrida.—*B. de Andilla*. 179
La lechera.—*Samaniego*. 180
Las indirectas del Padre Cobos.—*Hartzenbusch*. . 181
El águila y el caracol.—*Hartzenbusch* 183
La sardina y la ostra.—*Hartzenbusch*. 184
La verdad sospechosa.—*Hartzenbusch*. 184
El mérito y la fortuna.—*Príncipe*. 185
El leopardo y la ardilla.—*Fernández*. 186
La carambola.—*Campoamor*. 188
La abeja y el zángano.—*Baeza*. 189
Los niños y los galgos.—*Baeza*. 189
Las ilusiones.—*E*. 190
La abeja.—*Miguel Gutiérrez*. 191
El león enfermo y la zorra.—*Jérica*. 191

XX. Poesías descriptivas. 193
Descripción de las rías bajas.—*Emilia Pardo Bazán* 193
A las nubes.—*C. Coronado*. 197
El agua y el cieno.—*Belmonte*. 200
La Noche-Buena.—*Grilo*. 201
El condor —*Vicente Coronado*. 202

XXI. Epístolas. 204
A Fabio.—*Francisco de Rioja*. 206
A D. Gaspar Núñez de Arce.—*V. W. Querol*. . 210

POESÍA DRAMÁTICA.

García del Castañar.—*Francisco de Rojas*. . . . 215
Guzmán el Bueno.—*Gil de Zárate*. 219
Isabel la Católica.—*Rodríguez Rubí*. 223

OBRAS DE VENTA

en la

LIBRERÍA DE VILLALBA, BOLSERÍA, 22, VALENCIA

LA GIMNASTICA DEL ESPÍRITU

(Método maternal). Primera parte.

Observación de las cosas y de los seres, modelos y asuntos de ejercicios orales y escritos para los niños de ambos sexos, por A. Pellissier, traducidos de la 7.ª edición francesa con la competente autorización. En este nuevo método ó ejercicios de lectura, se propone el autor desterrar de las escuelas la estéril rutina; y que la lectura principalmente, una vez conocidos sus preliminares, sirva de poderoso auxiliar para habituar á los niños á observar, descomponer, recomponer y hasta diseñar los objetos y los seres que le rodean. La primera parte de la obra se concreta á nombrar los objetos ó las cosas de clase, de la iglesia y de la casa, los seres del campo, y así sucesiva y gradualmente, ya por medio de nombres aislados, ya con frases cortas, ya con períodos y cláusulas sencillas, va informando al alumno en el primer grado de la lectura corriente.

Forma un tomo en 8.º prolongado, de 108 páginas, adornado con profusión de grabados y tipos gruesos y claros, para primer libro de lectura, encuadernado en holandesa, á 0'63 pesetas ejemplar y 6 id. la docena.

LA GIMNÁSTICA DEL ESPÍRITU

Segunda parte.

Juícios y razonamientos acerca de las cosas y los seres, por Pellissier.

El objeto de estos nuevos ejercicios, no es en modo alguno dar á conocer la naturaleza del *juício* y del *raciocinio*, sino habituar el entendimiento á estas operaciones, educarle y acrecentar sus fuerzas por medio de un trabajo gradual. Con toda espontaneidad el niño juzga y discurre, porque el juzgar y discurrir constituyen la vida del alma; mas en este manual hallará el modo de formular sus juícios y de hacer discursos con más método y precisión.

Forma esta segunda edición un tomo en 8.º prolongado de 190 páginas, encuadernado en holandesa, á 0'75 pesetas ejemplar y 7'50 docena.

EL BUEN HABLISTA

Colección completa de trozos escogidos en prosa y verso, de nuestros mejores hablistas castellanos antiguos y modernos, muy á propósito para los ejercicios de lectura en las escuelas. Forma un tomo de 374 páginas en 8.º prolongado, en buen papel y esmerada impresión, á 15 pesetas docena en holandesa fuerte.

Véndese también por separado cada una de las dos partes que se compone, una en prosa y otra en verso, á 9 pesetas docena.

LA AURORA DE LA INFANCIA

Primer libro de lectura para las escuelas de ambos sexos, por D. José González Pérez, aprobada por la autoridad eclesiástica. Forma un volumen en 8.º de 168 páginas de excelente impresión, de letra grande y tipos variados é ilustrada con grabados, á 0'75 pesetas ejemplar y 7'50 la docena en holandesa.

ES PROPIEDAD D

LA ESCRITURA INS

DON FROILÁN F

PROFESOR DE IN

SÉPTIMO

PRO

PLANA PRIMERA.—PRÁCTICA: E
pectivas —Id. de oraciones gramatical
y submúltiplos del metro, de una ma
las primeras y segundas de activa y p
tan en las oraciones que se incluyen.
construcción regular.—Id. de las pal
múltiplos y submúltiplos de las unida
y del valor que corresponde á cada pal
damente las diferentes unidades del ex
—Id. de la manera de formar los múlti

PLANA SEGUNDA.—PRÁCTICA: E
pectivas.—Id. de oraciones en que se
abreviaturas.—TEORÍA: Conocimiento
pronombre se.—Id. de las de verbo su

LIBRERIA

DE

PASCUAL M. VILLALBA

Bolsería, 22.—VALENCIA

Esta obrita se halla de venta en esta librería, al precio de ***UNA peseta*** el ejemplar y ***10 pesetas*** la docena, encuadernada en holandesa.

OTRAS OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA

EL MENTOR DE LA NIÑEZ, por *D. Froilán F. Fuster;* libro de lectura, único en su clase; segunda edición corregida y aumentada.—Forma un libro de 240 páginas en 8.º, y cuesta ***una peseta*** el ejemplar y ***10'50 pesetas*** docena, en holandesa.

COMPENDIO DE HISTORIA SAGRADA, por *D. José T. Burgos.*—En este librito, acomodado á la capacidad de la niñez, y aprobado por la autoridad eclesiástica, se expone la historia de la Religión en forma catequística, reuniendo la mayor parte de los sucesos del *Antiguo y Nuevo Testamento;* forma un tomito de 123 páginas, en 8.º, y se vende á ***0'75 pesetas*** el ejemplar y ***7'50 pesetas*** la docena, en holandesa.

COMPENDIO DE LA ARITMÉTICA, puesto á la capacidad de los niños, por *J. A. V.*, con una exposición de las principales definiciones y reglas para resolver las operaciones.—Consta de un tomito en 8.º de 107 páginas, á ***0'62 pesetas*** ejemplar y ***6 pesetas*** docena.

LA GIMNÁSTICA DEL ESPÍRITU (Método maternal) LIBRO TERCERO. Educación del sentimiento moral y religioso, por *A. Pellissier*, traducido de la novena edición con autorización.—Forma un tomo en 8.º prolongado de 240 páginas, y se vende á ***una peseta*** ejemplar y ***10 pesetas*** la docena, en holandesa.